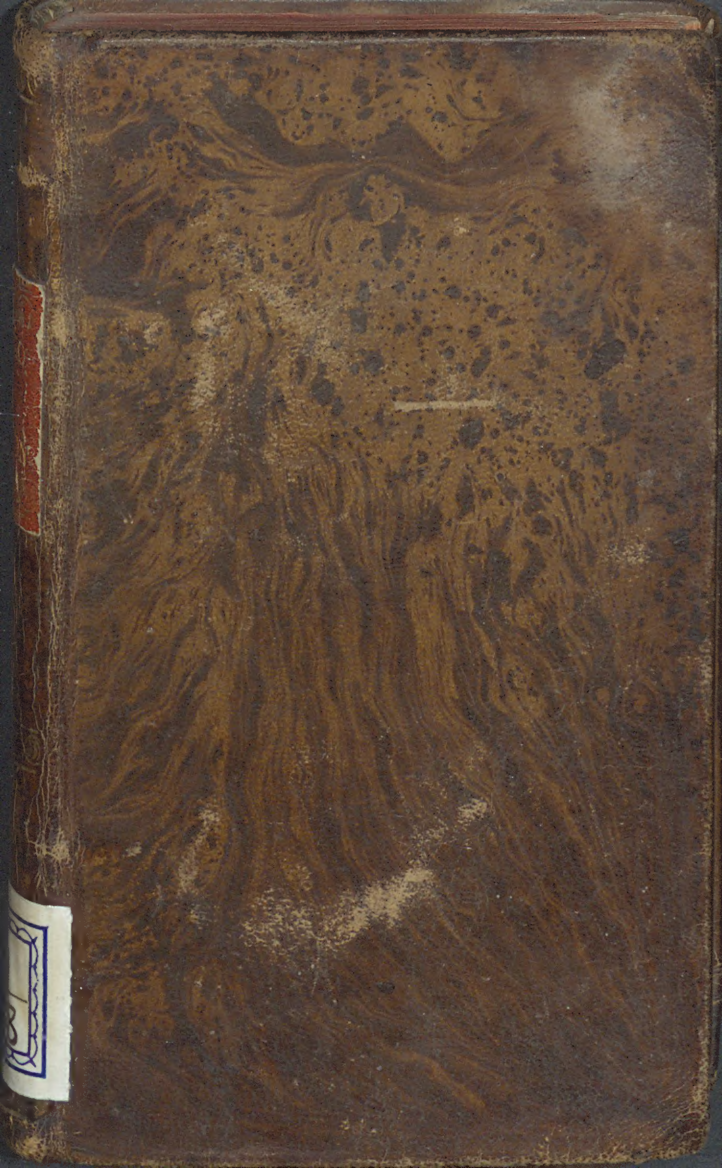
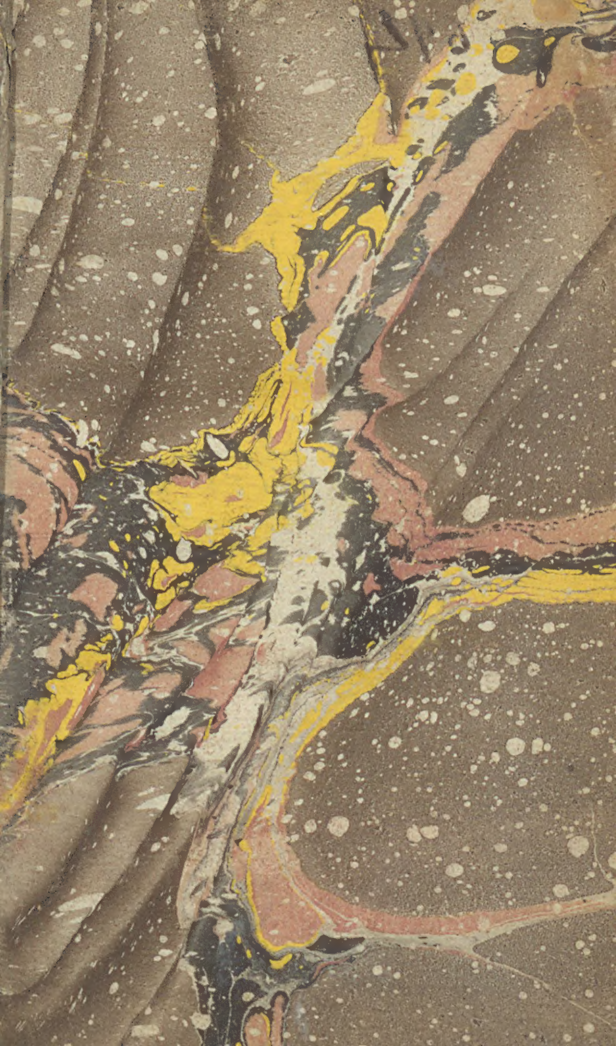
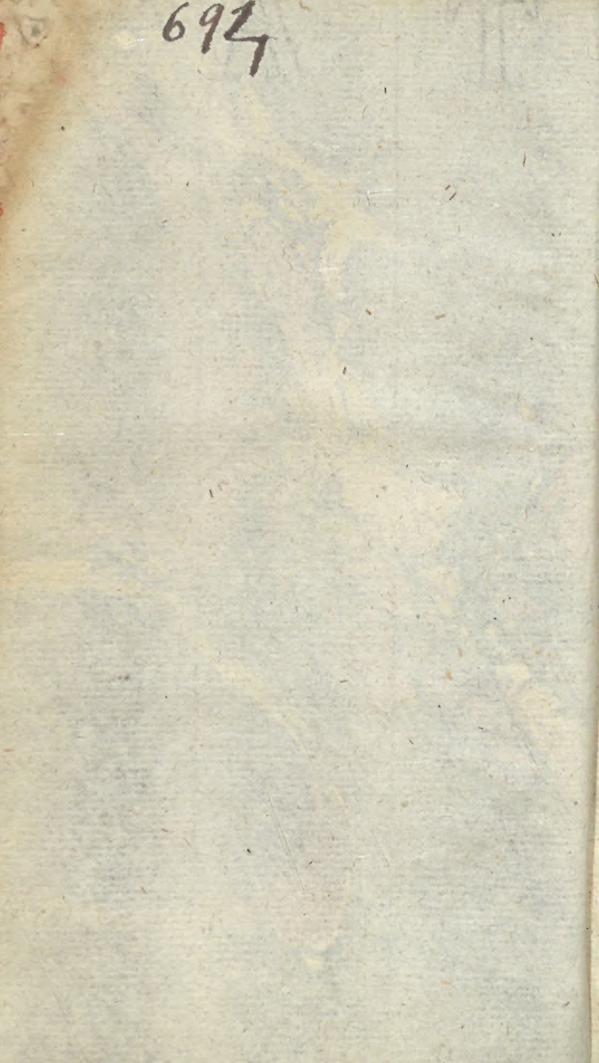



ela de




692

UN
GRANADERO
DE LA GUARDIA IMPERIAL.



El viejo granadero se descubre, pone el goro á sus pies, y se inclina con el ademan del profundo respeto y del dolor. *Pag.ª 4.*

Fco.° Blasco Sculp.

UN GRANADERO

DE LA GUARDIA IMPERIAL

sobre el sepulcro

DE NAPOLEON BONAPARTE.

HISTORIA

de la vida pública y privada del ex-emperador.



VALENCIA : IMPRENTA DE GIMENO, frente al Miguelete. 1830.

El Editor.

La asombrosa elevacion de Napoleon Bonaparte, que desde la clase de subalterno del cuerpo de artilleria subió á uno de los primeros Tronos de la Europa; sus numerosas y vastas conquistas; sus brillantes victorias; su rápida caida, y la influencia que ha tenido este héroe en los grandes acontecimientos que forman la historia admirable del siglo, han despertado justamente una viva curiosidad de conocer los pormenores y las circunstancias de su vida.

Desfigurados éstos comunmente por los diferentes sentimientos que

han guiado las plumas de tantos escritores, se ha lanzado el público con igual ansiedad sobre sus diatribas y sus exaltados encomios; y suspendido el juicio del lector imparcial, por la contradiccion con que se pintan y describen los hechos, apenas puede formar una opinion exacta del estraordinario caracter de este guerrero ilustre.

La imparcialidad que aparece reinar en las veladas sobre el sepulcro, y las particularidades que contiene de su vida privada, nos han determinado á ofrecerlas al público español; y si los estrechos límites de esta obra pueden satisfacer á un lector ilustrado, en ella hallará una historia coordinada de los sucesos de su vida, afirmados por un testigo presencial.

El granadero de la antigua guar-

dia que los refiere se ha encontrado en el sitio de Tolon, en donde se abrió la puerta á su carrera militar, y en los desastrosos campos de Waterloo: le ha acompañado á la roca elevada de Longwood, y colocado su gorra de cuartel sobre la tosca piedra que cubre su sepulcro en el valle solitario de Hut's Gate en la remota isla de Santa Elena.

La admiracion y el entusiasmo que le hacen seguir en su último infortunio al hábil general que le ha guiado tantas veces á la victoria, podrán ciertamente traslucirse en la sucinta relacion de sus grandes proezas; pero la rectitud y la justica no le permiten disculpar sus errores, ni omitir los irreparables defectos que acarrearon su inmediata ruina.



UN GRANADERO

DE LA GUARDIA IMPERIAL

sobre el sepulcro

DE NAPOLEON BONAPARTE.

La noche del 9 de Mayo.

Introduccion à las veladas.

Anhelaba yo con veemencia velar la primera noche cerca del sepulcro del héroe que una muerte prematura acababa de arrebatar á mi admiracion, y obtuve esta licencia del coronel. Dos horas habian discurrido en profundas reflexiones sobre la instabilidad de

las cosas humanas, cuando me sacó de esta meditacion el ruido de unos pasos lejanos que el eco del valle hizo resonar en mis oidos. El ruido se iba poco á poco acercando; reconocí con facilidad que los pasos se dirigian al monumento confiado á mi celo, y distinguí aun dos personas de diferente sexo que parecian hablar con un vivo interes. Puesto al instante sobre mi dí la voz del quién vive con el posible esfuerzo, y otra de una muger dijo en frances, aunque mal pronunciado: «Huyamos, que hay guardia en el sepulcro. — Y es guardia estrangera, respondió otro que hablaba mejor esta lengua: ellos intentan perseguirle mas allá de la muerte. ¡Oh Napoleon! ¿podrias temer semejante humillacion? —¿Quien vive? replico yo segun-

da vez. — Frances: un antiguo soldado de Bonaparte. — ¿Que quereis? — Cumplir con un deber sagrado. — ¿Que deber es ese? — Orar sobre el sepulcro del general. — ¿No traeis armas ni malas intenciones? — Nada de eso, señor soldado, respondió con presteza la jóven. Felix y yo, que soy su esposa, no podíamos dormir, y nos hemos convenido en dedicar esta primera noche á nuestro bienhechor. — Buenas gentes, unos sentimientos tan nobles están fuera del alcance de las sospechas. Acercaos; orad, llorad tambien, y yo uniré mis votos y lágrimas á las vuestras. — Muchas gracias, señor oficial, me dijo Felix despues de haberse adelantado para reconocer mi grado. ¿Ves, querida, como no tenias motivo para asustarte?

El marido me saludó cordialmente y su muger con un resto de timidez. Despues se colocaron al estremo de la piedra casi en bruto que cubria el despojo mortal de nuestro héroe. El hombre llevaba un capote pardo de uniforme de la *guardia vieja*, y un gorro de granadero del mismo cuerpo, cuyo mugre atestiguaba sus antiguos servicios, y la muger estaba vestida como las aldeanas del pais. El viejo granadero llegado cerca de la tumba, se descubre, pone el gorro á sus pies, y se inclina con el ademan del profundo respeto y del dolor, mientras que su jóven esposa se prosterna al otro lado sobre la piedra y la rocía con sus copiosas lágrimas.

Yo no pude resistir á este interesante espectáculo sin tomar la

parte propia de mi entusiasmo por todo lo que es grande, generoso y heroico. Insensiblemente me encontré á la cabeza del monumento, y por un movimiento involuntario me descubrí la cabeza con una mano, mientras que con la otra me apoyaba sobre la espada que tenia desnuda.

«¡Oh tu, dice por fin el guer«rero frances, oh tú que recibiste «mis juramentos, y en cuyo servi«cio contaba yo terminar esta vi«da. Mi general, pues que es el «solo título que no se atreven á «disputarte tus enemigos, ¿es po«sible que tu viejo camarada te ha «de sobrevivir? ¡Ah! desde el al«to cielo á donde te habrán lle«vado tus grandes cualidades, mi«ra á dos esposos que te deben su «union, y una cómoda subsisten-

«cia bajo de un clima tan distante «de la Europa, y vélos presen«tarte el solo homenage que te «pueden rendir. Te prometemos «estimar tu memoria, hacerla res«petar á nuestros hijos, y opo«ner sin cesar á las viles calumnias «de tus detractores malévolos la «sencilla é interesante relacion de «todo lo que hiciste sublime y ge«neroso. Puedas desde el reino de «la verdad velar siempre sobre no«sotros para que conservemos has«ta el fin de nuestros dias la dulce «paz en que tu genio ardiente no «te ha permitido vivir."

Dijo el granadero, y permaneció inmóvil algun tiempo en la misma actitud. Lanzó despues un profundo suspiro, tomó su gorra, y cubriéndose con ella, y dirigiéndose á su esposa: »Vamos,

Mariquita, la dijo, volvamos á la cabaña: allí honraremos del mismo modo la memoria de nuestro bienhechor, y no importunaremos á este caballero oficial, cuya consigna estamos violando tal vez. —¿Importunarme, queridos mios? esclamé yo viendo que con efecto se disponian ambos á partir. No sabeis el placer que me ha ocasionado vuestra accion. Del mismo modo que vosotros soy un admirador del grande guerrero que llorais, y mi consigna se limita á impedir la violacion de su tumba. No hay pues necesidad de que nos separemos tan pronto. La tierra forma aqui una especie de banco; si la presencia de uno de los guardas de vuestro bienhechor no os inspira un horror invencible, venid ambos á sentaros conmigo,

y conversaremos de sus grandes cualidades, de su generosidad, de su gloria y de nuestra respetuosa admiracion hácia él, libre ya de los tiros de la emulacion y la envidia.

Felix volvió la vista hácia su compañera; y no notando en ella la menor repugnancia, me tendió la mano en señal de su consentimiento. Nos colocamos pues los tres sobre el banco de verdura, y viendo que mis amigos conservaban todavía demasiada emocion para que rompiesen el silencio, tomé yo la palabra en los términos siguientes.

«Ved en mi un hijo de la antigua Inglaterra. Mi familia, sin ser una de las principales del Reino, ocupa un rango distinguido; pero yo como el menor de seis hermanos no podia aspirar sino á conse-

guir algun adelanto en la carrera de las armas. Por fortuna mi inclinacion natural me llamaba á esta gloriosa profesion. Recibí una educacion regular y aprendí muchas lenguas, entre ellas la francesa, que hablo bastante correctamente para ser un ingles. Apenas salí de la infancia leí con preferencia á cualquier otra obra las vidas de los grandes capitanes; este gusto se aumentó con la edad, y en los últimos tiempos la lectura que mas me gustaba era la de las campañas de Napoleon Bonaparte, que como buen ingles habia dejado de aborrecer desde el momento en que su estrella, por decirlo asi, se habia eclipsado delante de la nuestra. En todas las circunstancias de su vida militar me parecía que este héroe, aun vencido, llevaba á

sus rivales unas ventajas. que le daban una superioridad conocida. No pude ocultar el entusiasmo que habia logrado inspirarme; este me acarreó enemigos, y desde que entré en el servicio tuve muchas veces la gloria de sostener mi opinion contra compañeros de quienes, sea la justicia de mi causa, ó el ardor que tenia en defenderla, me hacia casi siempre triunfar.

Habia logrado por fin una plaza de abanderado: pero la guerra del continente se habia concluido, y este grande hombre víctima segunda vez de la traicion de aquellos que le debian mas; y mas bien acosado que vencido por los repetidos esfuerzos de una coalicion de que no ofrecen egemplo los anales del mundo, vino á acogerse á la generosidad de mis compatrio-

tas. ¡Ah! si se hubiese consultado individualmente la nacion, se hubiera concedido un destino honroso y agradable á un hombre que no era ya temible para ella; pero los ministros habian decidido de antemano su reclusion perpétua: y al otro dia de dar este paso el célebre prisionero engañado en su esperanza navegaba ya en direccion á estas rocas estériles. Yo me enfurecí á la noticia de una resolucion, que á mi modo de ver deshonraba mi patria. Queria dejar el servicio y renunciar á mi carrera, cuando supe por los papeles públicos los regimientos encargados de custodiar nuestro cautivo héroe. Un pariente lejano tenia en uno de ellos un grado inferior al que obtenia yo en el mio, y estaba desolado con la órden de emprender

semejante viage. Le busqué, y con consentimiento de nuestros gefes respectivos hicimos una permuta que nos colmó á los dos de alegría y de gozo. Asi es que me embarqué con mi nuevo regimiento, y despues de una travesía feliz llegamos á esta isla.

Desgraciadamente no debo felicitarme del éxito de mi empresa, porque despues de cinco años que estoy aquí no he podido acercarme á la persona de Napoleon cual deseaba. Yo me habia lisongeado de que circunscrito á un espacio tan estrecho, y del que tenia una imposibilidad física de salir, se le dejaria gozar de una libertad de que no habia ningun riesgo abusase. Pero me engañé enteramente. Blanco continuo de las impertinencias de Sir Hudson Lowe, Bo-

naparte permanecia siempre encerrado en su casa por no dar el gusto á su guarda de verle pasear bajo de una observacion la mas ignominiosa. Le distinguí algunas veces á una grande distancia, y no he podido ver de cerca sus nobles y espresivas facciones hasta el sábado anterior, y pocos momentos antes que acabase de padecer. He derramado lágrimas sobre su cadáver casi caliente todavía; y habiendo sabido hoy que debia continuarse aun despues de enterrado la vigilancia de que habia sido el obgeto en sus últimos años, he creido tributar un homenage á su memoria solicitando pasar la primera noche al menos cerca de su sepulcro. Algunos de mis compañeros parecian envidiar este cargo, y otros reian de mi afan con

desden. Mas yo he hecho frente al injusto desprecio de los unos y á los celos de los otros, y me aplaudo de ello con tanta mas razon cuanto que nuestro encuentro puede producir una sólida amistad, pues que tendrá por base la estimacion reciproca."

Felix aceptó mi proposicion con la viveza natural á un frances, me dió la mano y se declaró mi amigo hasta la muerte. Su muger sencilla y candorosa, como lo suelen ser las que no participan de la corrupcion de las grandes ciudades, fue admitida en esta sociedad, sin que un solo pensamiento viniese á manchar la pureza y la rectitud de mi intencion.

Ellos á su vez me contaron la historia de su feliz enlace. Felix que bajo las órdenes de su general

habia hecho todas las campañas, en las que la guardia se ha ilustrado para siempre, le habia acompañado á Rochefort despues de su segunda abdicacion, y se habia embarcado con él en el bergantin *l'épervier* cuando Napoleon declaró que se entregaba á la Nacion inglesa. No habia podido seguirle en el *belléropbon*; pero cuando se fijó el destino del prisionero, á fuerza de vivas instancias, y suscribiendo al servicio mas bajo, pudo conseguir su embarque en el *nort-humberland* y desembarcar en Santa Elena. El ex-emperador que supo apreciar su afectuoso celo, no le permitió permanecer en esta situacion sino el tiempo necesario para evitar que el desconfiado gobernador formase de este cambio la sospecha de un complot. El

granadero ademas estaba lejos de creerse humillado. No es el empleo por lo general, decia, el que suele envilecer, si no el modo como se desempeña.

Mariquita, hija de un pobre labrador de la isla, solia ir á la poco fastuosa habitacion del dominador de la Europa á llevar los frutos y legumbres de su jardin, y la humilde ocupacion de Felix le puso en relacion con ella. La dió lecciones de frances, la enseñó á escribir, cultivó el talento de esta jóven amable, sacó muy buen partido de sus felices disposiciones, y el reconocimiento y el trato engendraron el cariño.

Ya habian determinado el casarse, lo que no era fácil siendo el gobernador tan receloso, cuando la pobre jóven perdió su padre.

Este dejaba deudas, la justicia intervino, y Mariquita privada de la herencia paternal se vió huérfana, sin asilo y sin recursos. Afligida, como era natural, participó á Felix su desastre: el semblante de este fue notado de su amo; quiso saber al instante la causa, y Felix se la confió desde luego. ¿No es mas que eso? le dijo el ex-emperador entonces. Tú estás bien quisto entre las gentes que tienen la direccion de casa: decídelas á admitir á la huérfana, cásate con ella y cuenta con cinco mil francos de dote.

Felix alborozado dió los pasos precisos: consiguió tener cerca de él á la que amaba; se unió á ella con un vínculo indisoluble, y desde este momento la gratitud mas viva aumentó la adhesion y el afec-

to que le habia inspirado siempre su general.

Yo dí las gracias á este buen hombre y á su joven amiga por la condescendencia de haber entrado en los anteriores pormenores; pero mi curiosidad, añadí, no se limita á vuestra historia personal. Vos, querido Felix, debeis saber un gran número de circunstancias de la vida de este hombre estraordinario, particularmente despues que teneis el honor de haber estado tan cerca de su persona.—¿Si las conoce? interrumpió Mariquita: nadie mejor que él os podrá satisfacer, pues en Francia tenia muy estrecha amistad con una persona que no se ha separado de él un instante hasta la desgraciada campaña de Waterloo.—Es muy cierto lo que dice mi muger. Una

enfermedad tan grave, que le ha acarreado la muerte, ha impedido á mi amigo el seguir á su amo á este triste destierro. Pero tambien desde entonces que me encuentro á su lado; y con este motivo he recogido suficientes materiales para formar un compendio de su historia, desnuda de las puerilidades con que sus amigos la han querido exornar, y libre de las viles calumnias con que han querido denigrarla cobardes enemigos que han sido en otro tiempo sus mas bajos aduladores. — Me refereireis esta historia? — Donde y cuando querais. — Os tomo la palabra; y aunque no pueda ser ahora porque va á amanecer, la noche próxima y las siguientes en cuanto preste la materia y no os canseis de vuestra complacencia.

Felix convino en este pacto; yo autorizado por mis gefes me arreglé con los compañeros que debian velar por escala cerca del monumento; y la noche siguiente mi buen amigo cumpliendo su promesa vino con Mariquita poco antes de media noche al valle solitario del sepulcro, para dar principio á su interesante relacion. Las noches siguientes continuó lo mismo, ya solo ó acompañado de su esposa, segun que esta se hallaba mas ó menos incomodada por los principios de un primer embarazo. Esta relacion tal cual la he oido yo, y dividida por veladas, es la que seguirá á la presente introduccion. He suprimido las conversaciones con que fue interrumpida, por no distraer la atencion del lector del objeto de la historia. De

vuelta á mi casa me entretenia en escribir nuestras conversaciones; y no teniendo despues nada que me retuviese en Santa Elena, pedí y obtuve la licencia de volver á mi patria. Felix me declaró que concluiria sus dias sobre la roca que habia abreviado los de su general, pues una esposa, un hijo próximo á nacer, y las frias cenizas de su amado general, habian hecho para él una segunda patria de la isla de Santa Elena. Sentí al separarme de estas buenas gentes una viva emocion, y las ofrecí mantener con ellas una correspondencia tan seguida cual podian permitir dos mil leguas de distancia.



Primer velada.

Nacimiento, educacion, primeras acciones de armas de Napoleon; el 13 Vendimiario; conquista de la Italia.

Deseais saber algunas particularidades y detalles sobre el héroe cuyo cadáver yace debajo de esta losa; y aunque mis conocimientos sean poco á propósito para hablar de sus glorias y desgracias, he consentido en darlos, y no podíamos elegir mejor sitio que este y á la inmediacion de su tumba. Sentémonos pues debajo de los sauces que la prestan su sombra, y el aspecto imponente de la muerte nos impedirá alterar la verdad.

No espereis un estilo sublime ni frases estudiadas, pues es un soldado viejo el que os va á hablar de aquel á cuyas órdenes ha servido veinte y tres años. Con efecto, me he encontrado en el memorable sitio de Tolon, y he visto los campos funestos de Waterloo. Despues de esta declaracion no os prometereis de mi sino rasgos militares; pero estais engañado: relaciones directas, como lo ha dicho mi muger, con uno de los secretarios de Napoleon que le ha seguido en todas las circunstancias de su vida, me han hecho conocer una muchedumbre de otros que pertenecen á su vida privada. El hombre de quien hablo, y mi mas caro amigo, murió del sentimiento al saber la segunda abdicacion que habia hecho su amo, mas bien que de las

consecuencias de su larga enfermedad. Compatriota de Bonaparte, y con cinco ó seis años mas de edad, pasó con él á Francia, entró colegial en Brienne, y pudo ver desarrollarse las brillantes cualidades de que habia dotado el cielo á este hombre estraordinario. Mezclaré sus memorias con las mias sin hacer de ellas ninguna distincion, y por la clase de ellas conocereis con facilidad á cual de los dos pertenece. Os prometo que la imparcialidad y la verdad dirigirán mi labio, y que solo os diré lo que he visto ó lo que he sabido por un testigo irrecusable.

Napoleon nació en Ajaccio, pequeña ciudad de la Córcega, el 15 de Agosto del año 1769. Despues de su caida le han disputado sus enemigos la época de su nacimien-

to y hasta su mismo nombre. Por amor á la paz se les ha dejado decir lo que querian; y mientras que ha vivido, las gentes de prudencia se contentaban con encoger los hombros cuando se les decia con gravedad que habia nacido en 1768, y habia sido bautizado con el nombre de Nicolas. Cualquiera que haya sido su nombre, su celebridad es la misma; y en cuanto la fecha aun que sea la del año 68, y por consiguiente anterior á la union de la Córcega á la Francia, no por eso dejaba de ser frances al tiempo de su entrada en el mundo, pues que entonces y algunos años antes no reconocian sus compatriotas por soberano sino al mismo rey de Francia.

Se dice tambien que derivaba de una ínfima clase, que su padre

fue corchete ó alguacil, y quien sabe cuantas otras anécdotas. Aun cuando fuese cierto, lo que estoy muy lejos de conceder, su elevacion no sería sino mas asombrosa; pero Napoleon nació de padres nobles, y los que se atrevan á decir lo contrario prueban no tener conocimiento alguno de los usos y de las costumbres de los tiempos que precedieron á la revolucion. Es cosa acreditada que su hermana mayor fue recibida en la casa Saint Cyr, y no hubiera podido serlo entonces sino hubiesen probado sus padres cuatro grados de nobleza cuando menos.

Su madre era hermosa, y se dice que inspiró interes á Mr. de Marbeuf, gobernador entonces de la Córcega, con lo que se quiere tambien denigrar el origen del

héroe; pero la época de su nacimiento siendo muy anterior, prueba hasta la evidencia la calumnia y mala fe. El niño hablaba correctamente el frances que habia aprendido entre los militares de la guarnicion, con quienes pasaba todo el tiempo que podia robar á los estudios que se hacian en Córcega. Mr. de Marbeuf reconoció en él grandes disposiciones, y le alcanzó una plaza en la escuela militar de Brienne, que estaba dirigida por los Mínimos, una de las últimas Ordenes Religiosas que se conservaron en Francia.

Estos Religiosos hasta entonces no habian sido comprendidos en el número de las corporaciones encargadas de la enseñanza. El órden era muy regular, la educacion entre manos semejantes debia ser

bastante rígida, y esto se conformaba con el carácter de Napoleon que no habia parecido nunca niño. Su inclinacion al estudio, y particularmente al de las matemáticas, le concilió la amistad del Padre Patrault, matemático célebre y profesor de esta ciencia en Brienne; y Napoleon mostró á su maestro estimacion y miramiento en todas las circunstancias de su vida. Permaneció en esta escuela menos que los otros discípulos: sus rápidos progresos le llamaron á París, y allí encontró al hermano de Mr. de Marbeuf, que le dió pruebas indudables de su distincion y amistad. Desde Brienne habia escitado Napoleon la envidia de sus compañeros, que le miraban como un incómodo censor de su conducta. Se asegura que inten-

taron un dia enterrarle vivo, que por fortuna llegó un maestro con oportunidad, y no se dice que hubiese tenido nunca la baja intencion de vengarse. Pero parció sentir mas la devastacion de un pequeño jardin que habia cultivado con esmero y rodeado de una fortificacion regular. Fácilmente se puede inferir que este modo de ver las cosas era propio de su carácter, pues que en el curso de sus dias sintió mas el trastorno de sus planes políticos que las numerosas maquinaciones hechas contra su vida. . . . .

Llegado á la escuela militar sobresalió igualmente entre sus compañeros. En lugar de jugar empleaba sus ocios en leer los Comentarios de César y los escritos de los grandes Capitanes. Una con-

ducta tan diferente de la de los demas jóvenes le hacia mirar como intratable, y la mayor parte de sus compañeros deseaban que saliese de la escuela. Entonces fue cuando se vió atacado de una enfermedad bastante grave, la única que ha padecido antes de la que ha terminado su carrera. El primer médico de la escuela militar, enfermo tambien como él, se vió imposibilitado de asistirle, y envió á Mr. D..., uno de sus amigos, á quien he conocido perfectamente. Mr. D.... se presenta en la enfermeria, le interroga y examina; ve que no responde sino con monosílabos, que su mirada es á la vez sombría y penetrante; que su pulso late con la mayor celeridad: el médico reune los diferentes síntomas; y concluye que el enfer-

mo se halla atacado de una fiebre maligna, y lo dice asi al maestro de su departamento: este asegura por el contrario, y que la dolencia y síntomas que se advierten en él son efectos de su caracter demasiado bilioso, y de su fatiga y escesiva aplicacion. El médico se refiere á la opinion de un hombre que debia conocer á fondo á su discípulo; le propina solamente algunos refrescos calmantes, y Napoleon recobra la salud. Salió poco despues de la escuela, y fue confiado por el Obispo D...., hermano de Mr. de Marbeuf, á Mr. Rolland, comisario ordenador de artillería. Este señor le cobró grande afecto, lo recomendó á Mr. de Gribauval, director general entonces del real cuerpo de artillería, y el héroe futuro obtuvo una sub-

tenencia en un regimiento de esta arma en donde ya servia. Si no hubiera acaecido la revolucion, este gran genio que semejante á Alejandro le parecian estrechos los límites de la tierra, hubiese llegado cuando mas á remplazar á Mr. de Gribauval. Pero por su desgracia y la nuestra le ofrecieron las circunstancias un teatro distinto. Los años que precedieron á las agitaciones políticas, los habia empleado en el estudio de la historia; y mientras que los anarquistas lo derribaban y trastornaban todo, él cultivaba en silencio el arte de la guerra.

La accion que le valió su primer ascenso merece ser referida con algunos detalles, y él mismo parecia divertirse en recordarla durante el tiempo de su cautividad. Prin-

cipió sus servicios en el egército de los Alpes, si se puede llamar asi una tropa numerosa pero indisciplinada, cuyo cargo se reducia á formar una barrera contra los esfuerzos de los piamonteses, que no hacian ninguno hablando con toda propiedad. Un dia sin embargo hubo una escaramuza de avanzadas, pero tan poco empeñada, que de una y otra parte parecian cazar los gorriones. Algunas balas acertaban por acaso. Napoleon servia de teniente; le pareció que la cosa no iba bien, reconoció el terreno, se apoderó del fusil de un herido, y decidió á un capitan á que avivase el fuego mientras que él con algunos hombres determinados, iria á cortar la retirada al enemigo. Este oficial, que como tantos otros no necesitaba para ser va-

liente sino de un leve impulso, siguió sus instrucciones: el enemigo encontrando una resistencia no acostumbrada, tomó la fuga en la direccion que habia previsto el jóven consejero, cayó en la emboscada, y dejó en tierra cincuenta hombres y unos treinta prisioneros en manos de Bonaparte y su corto número de tropa, cuyo gefe obtuvo por recompensa el grado de capitan.

No obstante se dió poco á conocer hasta el sitio de Tolon. Barras y Fréron, representantes del pueblo que se encontraban en el ataque del fuerte Faron, observaron á un jóven comandante de batallon ocupado en dar órdenes á los artilleros franceses que mandaba. Intrépido y sereno en medio de los grandes peligros, lo recor-

ria todo con una actividad estremada y una serenidad admirables. Hubo vez en que él solo en medio de los artilleros esparcidos por el suelo y nadando en su sangre, hizo con el socorro único de sus brazos todo el servicio de una pieza, cargándola, poniéndola en batería, y disparándola con tanta celeridad y audacia como hubieran hecho sus soldados si no hubiesen sucumbido al fuego de la artillería enemiga. Este jóven era Bonaparte que fue hecho general de brigada sobre el campo de batalla.

Desde entonces su celo y su ardor no conocieron límites. Su actividad parecia prodigiosa. Uno de sus amigos que tenia que hablarle de un negocio con urgencia, fue á buscarle á media noche, y creyendo que dormia tocó muy des-

pacio á su puerta por miedo de asustarle; ¿pero cual fue su sorpresa viendo á Bonaparte vestido, con su gorro en la cabeza y trabajando rodeado de planos, mapas y de libros abiertos? — No os habeis acostado todavia? le preguntó su amigo. — Al contrario, me levanto ya. — ¿Como? — Si: con dos ó tres horas de sueño ya tengo yo bastante.

Pero bien pronto esperimentó los pesares que derrama la envidia sobre aquellos que no puede igualar. Se le quiso apartar de la artillería y privarle del grado. Marchó á París á presentar su reclamacion; el general Dugomier fue uno de los que conocieron el mérito de este jóven oficial, y dijo un dia á la Comité del Gobierno: «Os presento un oficial de un mérito

sobresaliente. Representantes, fijad la atencion en este jóven, porque os advierto con la franqueza de un militar, que si no le adelantais él adelantará por sí mismo."

Parece que esta recomendacion de la parte de un valiente no surtió todo el efecto que debia esperarse, porque para sacar á Napoleon de la inaccion y del olvido, en que probablemente hubiera permanecido mucho tiempo, fue necesaria una de aquellas escenas que se renovaron muchas veces en el curso de la revolucion. No solamente la envidia le habia perjudicado con el gobierno, sino que su desgracia le precisaba á vivir ignorado, cuando el 13 vendimiario vino á ensangrentar las páginas de nuestra historia. Las secciones de Paris resuelven atacar

la Convencion; y esta se dispone á la defensa, pero no tenia á quien poner á la cabeza de la fuerza armada. Barras se acuerda de Bonaparte, lo envia á buscar á su obscuro recinto, y le da el mando en union con Talot de las tropas que debian no atacar sino rechazar las secciones. Se le confia particularmente el mando de una division que se decia haber corrido el medio-dia á sangre y fuego. ¿Pero con que drecho se imputarán á un general los crímenes cometidos por su tropa antes de encontrarse á sus órdenes? ¿No deberá uno por el contrario maravillarse de que mandando soldados sedientos de sangre y de pillage, llegue este mismo general á contenerles, á impedirles el desórden y á economizar en cuanto pueda la sangre y

las vidas de los enemigos que le mandan combatir? Se asegura que si Napoleon no hubiese moderado el furor de su tropa, hubiera sido mucho mayor el encarnizamiento, y no obstante Paris le hecha en cara en medio de su gloria el mando que desempeñó en aquella noche tan terrible y fatal.

Barras que desde el sitio de Tolon habia tendido un golpe de vista bastante exacto para presentir lo que sería, encontró en nuestro héroe cualidades superiores á las que le habia atribuido; y procuró desde entonces asegurarle una subsistencia digna de él casándole con la hermosa y amable viuda del general Beauharnais, que habia muerto víctima del terror y dejado dos niños en tierna edad. Barras al darles segundo padre no

creia perjudicar á su propio poder, é imponer á la Francia un señor cuya autoridad le sería á la vez ventajosa y funesta. Pero el general aceptando una compañera, que le fue siempre cara, no se proponia tampoco dormitar en el seno de los amores, y partió casi al instante para Italia, en donde le vamos á ver cambiar con su presencia la situacion de los egércitos, que por la culpa del gobierno estaban reducidos á una estremidad dolorosa. Creo no deber omitir un hecho de que he sido testigo, en cuanto un granadero lo puede ser de lo que pasa en el consejo; pero aqui es donde recurro á las noticias comunicadas por Mr. de***

Barras hizo nombrar á Bonaparte general en gefe del egército de

Italia. Los generales, que eran todos mayores en edad, supieron con disgusto su nombramiento, y resolvieron no obedecerle y sublevarse aun si se les obligaba á reconocerlo. Uno de ellos, el general Lasne, que habia tenido ocasion de conocer á Bonaparte y le profesaba estimacion, creyó deberle prevenir de la disposicion de los ánimos. Le salió á recibir, le encontró á una jornada del cuartel general y le participó lo que sucedia. Napoleon le escuchó con la mayor serenidad, y despues de darle las gracias por el interes que le mostraba: «Os encargo, le dijo, no descubrais á nadie el paso que habeis dado: volved al campo; yo llegaré antes de amanecer, y reuniré el consejo de guerra: tened la bondad de apoyar el plan que

propondré, y estad seguro que nadie se opondrá." El general Lasne sin persuadirse del feliz éxito de su designio, creyó no deber insistir, y volvió secretamente al estado mayor, que halló en una grande fermentacion. Bonaparte sigue su camino; llega, y convoca los generales para hacerse reconocer. Ellos no se atreven á resistir esta primera órden: se presentan, y encuentran en la sala del consejo la persona contra quien conspiraban. Bonaparte les hace una franca acogida, les trata como si se creyese nacido para mandarles; y sin darles tiempo para esplicarse sobre el motivo en que fundaban su resistencia, les pide cuenta del estado del egército que le ha de obedecer. Los generales le hacen una pintura demasiado cierta del

estado en que se hallan sus desgraciadas tropas, sea por impericia, sea por falta de ausilios de parte del gobierno, ó quizá por entrambas razones: todos, á escepcion de Lasne, declaran que no hay otro remedio que la evacuacion de la Italia. Bonaparte se levanta: « Que se prepare, dice, á marchar al enemigo: Millésimo será el primer teatro de su derrota, y á las puertas de Viena se firmará la paz."

Lasne apoyó como lo habia prometido esta proposicion, ó mas bien esta órden, y fue despues el hermano de armas y el amigo del héroe, que ha debido mirar su muerte como el principio de sus crueles infortunios.

Asi como lo habia previsto Napoleon, nadie atrevió á oponerse á su plan, aunque la mayor parte

fuese de contrario dictámen. La carrera que se abria delante del general del egército de Italia no carecia de peligro. Sus tropas mal vestidas, mal comidas, é inferiores en número á las del enemigo; los italianos naturalmente indispuestos contra los franceses, eran unos aliados que no esperaban si no oportunidad para hacerles traicion; un pais erizado de rocas, cortado en todas direcciones por rios dificiles de pasar: ved aqui lo que el genio del grande capitan tenia que vencer, y lo venció en efecto.

Cuando Bonaparte llegó á tomar el mando del egército, se mantenia este sobre la defensiva. Él le hizo marchar adelante, y el éxito correspondió á la audacia. En el momento de alejarse de los Alpes, les dijo á sus soldados: «Franceses,

de todo careceis á escepcion del valor. Ved los campos de vuestros enemigos: alli están vuestros almacenes y vuestra artillería: teneis hierro y teneis plomo: marchemos y todo será vuestro." Los franceses que solo necesitan confiar en sus gefes, secundaron tan bien al que venía á mandarles con tal seguridad, que la batalla de Millésimo fue ganada en los términos que lo habia predicho. Se hicieron nueve mil prisioneros, el egército tuvo víveres y municiones, y á esta victoria siguió la de Mondovi. El Rey de Cerdeña intimidado pidió y obtuvo un armisticio, y bien pronto la paz. El egército atravesando el Pó se apoderó del pueblo de Fombio; los austriacos huyen, y los franceses no les dejan un instante de descanso.

El Duque de Parma siguió el egemplo del Rey de Cerdeña. Bonaparte continuó sus conquistas, y encontró en Lodi al general Beaulieu que mandaba el egército austriaco: le presenta la batalla, y nuestros egércitos quedan otra vez victoriosos. ¿Hablaré yo del paso del Puente de Lodi, en donde nuestros generales desplegaron una energia tan digna del nombre frances? Y en donde su osadia decidió la victoria? Esta nos valió una considerable artilleria, nos abrió las puertas de Milan, sometió á Pavía y Cremona, y nuestra bandera tremolaba desde las estremidades del Lago de Cosme hasta las puertas de la ciudad de Parma.

Bonaparte tenia una elocuencia particular para entusiasmar á sus tropas; tomaba una especie de to-

no profético, y nada impone mas á la muchedumbre. Habia prometido triunfos, habia cumplido su oferta y habia lisongeado el amor propio. Una de sus arengas la terminaba de este modo: « El pueblo frances, libre y respetado del mundo entero, dará á la Europa una paz gloriosa, que la indemnizará de los sacrificios de toda especie que ha hecho de seis años á esta parte. Volvereis entonces á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos al veros os señalarán y dirán: Miradlo, aquel perteneció al egército de Italia."

Módena se hizo tributaria de la Francia; pero mientras Napoleon seguia su marcha triunfal, supo que Milan acababa de sacudir el yugo: volvió atrás, hizo derribasen sus puertas; y adoptando me-

didas sumamente rigurosas, escarmentó de tal modo á los habitantes que sofocó todo proyecto de insurreccion.

Los austriacos se habian retirado detras de Mincio y cortado su puente. Se reponia bajo el fuego de cañon de la artillería enemiga, pero cincuenta granaderos impacientes de tanta dilacion ponen el sable encima de sus cabezas, se arrojan al rio, lo pasan á nado, y el enemigo asombrado se pone luego en fuga. Asi se marchaba de conquista en conquista. Roma creyó ver segunda vez los galos á sus puertas; puso en manos de los franceses la ciudad y la fortaleza de Ancona; socorrió el egército con veinte millones, y regaló cien obgetos de artes escogidos en los museos de Roma, y quinientos ma-

nuscritos de la biblioteca del Vaticano.

Todos los pequeños príncipes de Italia y el rey de Nápoles firmaron un armisticio; y es de advertir que en todas las circunstancias de la vida de Napoleon, escepto en sus últimas campañas, ha sido el primero en solicitar la paz. Pero la victoria, que parecía como sujeta ó ligada á sus banderas, se separó un instante para seguir á las de Wurmser, uno de sus antiguos favoritos, á quien Beaulieu habia tenido órden de entregar el mando del egército austriaco. El nuevo general habia llevado consigo 25000 hombres y municiones. El egército frances fue batido, y se vió precisado á levantar el sitio de la plaza de Mántua, dejando 240 cañones en sus trinche-

ras. En estas circunstancias tan apuradas fue cuando Napoleon, despues de haber recobrado una parte de sus ventajas, dió el egemplo de una intrepidez poco comun.

El egército frances toma posicion sobre la línea de Lonado. El enemigo trata de sorprenderle estableciéndose á su retaguardia, y se dispone á la batalla. Bonaparte acude á todos los puntos seguido solamente de 1200 hombres. En esta situacion se presenta en Lonado un parlamentario enemigo; se le introduce con los ojos vendados, y declara que la izquierda del egército frances está envuelta, y que el general austriaco pregunta á los franceses si se quieren rendir.

«Id y decid á vuestro general, que si ha querido insultar al egér-

cito frances, que me encuentro yo aqui. Que por el contrario, él y el cuerpo de su egército van á ser prisioneros: que una de sus colunas se halla cortada por nuestras tropas en Saló, y por el paso de Brescia á Trento: que sino rinde las armas dentro de ocho minutos, y llega á disparar un solo tiro, no les daré cuartel. Descubrid los ojos al señor. Ved al general Bonaparte y su estado mayor en medio de este valiente egército. Decid á vuestro general la considerable presa que puede hacer."

Se quiere parlamentar segunda vez, y no obstante se dispone todo para el ataque. El gefe de la coluna enemiga propone ser oido, ofrece rendirse y quiere capitular. «No, responde Bonapar-

te, sois prisioneros de guerra."
El enemigo manifiesta el deseo de consultar, pero Bonaparte manda avanzar la artillería ligera y atacarlo. Entonces se rinde el general austriaco, y 4200 hombres formados en batalla, y cuatro piezas de artillería, entregan sus armas á 1200 hombres. Esta victoria debida á la serenidad del general fue seguida de muchas otras. Wurmser fue batido; se le hizo un gran número de prisioneros; se volvió á emprender el bloqueo de Mántua, y nos apoderamos de la ciudad de Trento.

El Austria sin embargo hacia esfuerzos considerables para arrojarnos de la Italia. El Emperador envió un egército de cincuenta mil hombres que marchó á Verona para unirse al egército antiguo

que se hallaba en el Tirol. Napoleon empleó toda su táctica para impedirlo, lo que no podia efectuar sin forzar el paso de Arcola, pueblo muy bien fortificado y al cual no se podia aproximar sin pasar un puentecito. Augereau coge una bandera y la lleva á la estremidad de este paso tan estrecho. Bonaparte que conoce toda la importancia de esta accion, le sigue con su estado mayor, y viendo que se vacila en imitarle, pregunta á sus soldados si son otros que los que forzaron el puente de Lodi; pero el fuego enemigo era tan vivo que se vieron precisados á abandonar este medio para apoderarse de la plaza. El enemigo la evacuó por la noche y se replegó al cuerpo del egército. Al otro dia Napoleon acometió este cuerpo y

consiguió sobre él una victoria señalada. Instruida la asamblea de unos progresos tan gloriosos, dió en propiedad á Augereau y Bonaparte las banderas que habian enarbolado sobre el puente de Arcola.

Durante la noche que siguió la sangrienta batalla de Arcola, Bonaparte con uniforme de simple oficial reconocia el campo, y encontró un centinela dormido profundamente con la cabeza apoyada sobre la culata del fusil. Lo desarma, lo coloca cuidadosamente en tierra, se apodera del fusil, ocupa su puesto y permanece en él durante cerca de dos horas que se le vino á relevar. El soldado se dispierta, y se sorprende al ver un jóven oficial en su puesto, se asusta, como era consiguiente,

pero se aumenta considerablemente su temor cuando examina con atencion al oficial y reconoce al general en gefe. = ¡Bonaparte! prorumpe él asustado, soy perdido. = No, le responde con benignidad el general, tranquilízate, compañero. Despues de tantas fatigas bien puede dormirse un valiente como tu; pero en adelante escoge mejor ocasion.

El Emperador lejos de desalentarse por las contínuas victorias del egército frances, apuraba sus estados para oponernos nuevas tropas. Cuarenta y cinco mil hombres y un grande tren de artillería pasaron aun las gargantas del Tirol, y vinieron á ofrecer nuevos laureles al general en gefe del egército frances. Tal fue la batalla en que el general Provera con ocho mil

austriacos entregaron las armas, veinte y dos piezas de artillería y todos su cajones cayeron en nuestro poder. Poco despues se rindió Mántua al cabo de seis semanas de bloqueo, y esta importante conquista terminó la campaña. El general en gefe por medio de una proclama publicada á esta época dió cuenta del resultado de la guerra de Italia desde que el egército estaba bajo de sus órdenes, y dijo entre otras cosas: «Habeis alcanzado la victoria en catorce batallas y setenta combates; habeis hecho mas de cien mil prisioneros; tomado al enemigo quinientas piezas de artillería de campaña, dos mil de grueso calibre y cuatro equipages de puentes. El pais que habeis conquistado ha mantenido vestido y pagado el egército durante to-

da la campaña, y habeis enviado treinta millones de francos á nuestro ministerio de hacienda para alivio de las necesidades del estado. Finalmente habeis enriquecido el museo de Paris con mas de quinientos obgetos, obras maestras de la antigua y nueva Italia."

¿Os referiré el acaecimiento que ocasionó la caida de una célebre república despues de setecientos años? Trecientos soldados franceses que quedaron heridos en un hospital fueron degollados en él. Si el crímen fue grande, la satisfaccion no fue menos terrible. Venecia fue hecha una provincia francesa, que Bonaparte cedió despues al Austria, y despues de nuevos proyectos de valor del egército frances y de sus generales, se vió precisado el emperador á pe-

dir un armisticio, que fue afirmado en Leoben á 29 leguas de Viena y sirvió de preliminar al tratado de paz de Campo Formio. Al hablar de estos preliminares no puedo omitir una accion que pinta el carácter de Napoleon Bonaparte.

Al tiempo de firmarse envió el emperador tres principales señores de su corte en clase de rehenes. Bonaparte los recibió con distincion, los convidó á comer, y les dijo á los postres: «Señores, estais libres. Id y decid á vuestro amo que si su palabra imperial necesita de prendas, no me podeis servir; y que si no las necesita no hay necesidad de vosotras.”

Segunda velada.

Espedicion de Egipto. Bonaparte vuelve á Francia. Establecimiento del consulado. Segunda guerra de Italia.

Si la vida de Napoleon Bonaparte presenta algunos momentos felices, son los de su vuelta á Paris despues de su brillante campaña de Italia. Sus amigos exaltaban á las nubes sus triunfos; y sus enemigos, que la mayor parte eran de su misma profesion, callaron y le dejaron gozar en paz del reconocimiento nacional. En esta época tan gloriosa para el general en gefe, es cuando se oyó hablar de un armamento marítimo que debia mandar

Napoleon. ¿Pero contra quien se dirigia? Todos lo preguntaban, ninguno podia dar razon: y lo que parecía mas estraño es ver un grande número de sabios y de artistas que debian formar parte de la espedicion indicada. La Inglaterra no debia ser el blanco contra quien se dirigiesen estas fuerzas. ¿Sería acaso el turco, á quien se querria obligar á retirar al Asia? Pero hasta alli la política habia hecho á los franceses conservar la paz con la Puerta, porque servia de trinchera á la Rusia que era la Potencia mas temible de Europa. Nadie podia adivinar lo que Napoleon habia imaginado. Él habia conocido (lo que por desgracia ha salido despues demasiado cierto para él) que la Inglaterra nos haría todo el mal que podria, y que la Francia no con-

seguiria el reposo sino humillando su orgullosa rival. Veia que esta nacion es dificil de atacar en el centro de sus Estados, porque está defendida por su situacion marítima, por sus flotas numerosas y mas aun por su espíritu público. Es verdad que en Londres, lo mismo que en París, se suelen quejar del ministerio; pero no hay género de sacrificio que no se tenga disposicion de hacer para prevenir ó reparar las faltas de los ministros. Asi pues era lejos de la capital de los Estados Británicos en donde se debia dar el golpe, y Bonaparte concibió un plan que si hubiese podido ser egecutado, necesariamente debia arrebatar á Albion la superioridad de los mares. Se ha supuesto que la envidia del Directorio habia proyectado

esta espedicion para alejar de Francia á un general que parecia avanzar á paso gigantesco hácia el poder supremo. Tambien se ha añadido que sus miembros se prometian que él y su egército hubieran perecido en un clima tan peligroso á los franceses; mas por el contrario, parece que el plan fue enteramente suyo, y que contaba sacar de él un partido ventajoso para la Francia, y aun para la Europa, volviendo al Egipto su primer esplendor, y abriéndose un paso por él á la Persia y la India para destruir ó debilitar cuando menos el comercio ingles en esta parte del Asia. Bonaparte tomó mucho interes en esta espedicion, y se mostró muy reconocido á los que le quisieron seguir. Uno de sus condiscípulos de Brienne fue

á recordarle su antigua intimidad; él le hizo un recibimiento afectuoso, y le propuso llevársele consigo. Su condiscípulo le respondió: yo soy esposo y padre, y no puedo resolverme á alejarme de Europa. — Teneis razon, le respondió el general volviéndole la espalda; y desde entonces no volvió mas á verle, ni le favoreció durante su poder.

Cuando hubo reunido todo lo que creyó que podia asegurar el éxito de la empresa, partió Bonaparte para Tolon, adonde llegó el 21 floreal (10 de Mayo de 1798.) La escuadra estaba pronta para hacerse á la vela; arengó á los soldados y marineros segun costumbre, y les hizo mirar esta gloriosa empresa como un importante servicio para la humanidad. ¡Ah! cier-

tamente que no habia de producir su dicha personal, pues casi todos perecieron en este suelo, que sino devora sus propios hijos consiente con dificultad que los estrangeros se naturalicen con él.

El 30 floreal (19 de Mayo) se vió salir del puerto de Tolon una escuadra compuesta de 194 velas, que llevaba 19000 hombres de desembarco, y cerca de dos mil entre sabios y artistas empleados, que se lisongeaban todos de un éxito feliz. La escuadra se encontró el 21 prairial (19 de Junio) á la vista de la isla de Gazzo, en donde se reunió con un convoy partido de Civita Vechia, y sin esperar al otro dia envió Bonaparte á pedir al Gran Maestre de la órden de Malta la licencia para hacer agua en los diferentes puntos de la isla;

este la negó como se prometia tal vez el gefe de la espedicion, y la órden del desembarco que se dió en el momento se llevó á efecto á pesar de un furioso cañoneo. Sometida la isla en aquella misma tarde, se iba á formar el sitio de la plaza. El Gran Maestre pidió capitular, y los Caballeres pusieron á disposicion de los franceses las islas de Malta, Gazzo y Lumino, mediante 300000 francos de pension para el Gran Maestre y 700 francos á cada caballero frances. Se apoderó de 1200 piezas de artillería, una gran cantidad de pólvora, muchos fusiles, dos navios, una fragata y cuatro galeras, y el 1.° messidor (19 Junio) dió la vela la escuadra con direccion á las costas de Africa. El 13 (1 de Julio) entró en la rada de Alejandría: se

efectuó el desembarco á pesar del mal tiempo y del viento contrario. Bonaparte pasó á bordo de una galera, y sin perder momento tomó todas las disposiciones para el ataque de la ciudad. La accion fue tan viva que los sitiados no pudieron resistir, y el general Kleber fue gravemente herido.

En cuanto Bonaparte se apoderó de la ciudad, aseguró á los habitantes que no venia contra ellos, y que solo queria vengar á los comerciantes franceses, con quienes se habia conducido mal el Bey. Los habitantes permanecieron quietos, y Desaix marchó con su division y la del general Kleber á ocupar y dominar la Delta. Sin el prodigioso valor de las tropas hubiesen tenido los franceses unas resultas muy funestas, porque en-

contraron la mayor resistencia á las inmediaciones del Cairo. La batalla llamada de las Pirámides nos abrió las puertas de la ciudad. Bonaparte procuró lisongear al pueblo dejándoles el libre egercicio de su falsa religion. Desgraciadamente la escuadra mandada por el almirante Brueis, batida por una horrorosa tempestad, se vió precisada á alejarse de la costa y no pudo prestar ningun auxilio al egército de tierra. Sin esta oposicion de los elementos, tal vez se hubiera conseguido establecer relaciones de amistad entre la Francia y el Egipto, y se hubiera formado una colonia que dicen hubiera reparado la pérdida de las de América; pero careciendo por esta dispersion de nuestra escuadra de toda comunicacion con la

Europa, se hizo muy crítica la posicion de Bonaparte.

No obstante aprovechó de un instante de calma para visitar las Pirámides, y á la vista del grandor de estas masas imponentes, y de su duracion, dijo á su comitiva: «Cuarenta siglos os contemplan desde le alto de estas elevadas Pirámides." ¡Ah! Bien pronto los cuarenta siglos no tuvieron que contemplar sino desastres. El Cairo se sublebó y perdimos al general Dupuis. Napoleon resistia al peligro de su situacion, y se prometia organizar un gobierno sólido en el Cairo. Los generales que mandaban á sus órdenes cooperaban á sus designios con un celo asombroso; pero el clima fue siempre funesto á los franceses. Inútilmente nuestros sabios se ilustraron con descu-

brimientos, á decir là verdad mas interesantes que útiles, pues se necesita de una grande parcialidad para que las ventajas que han sacado las ciencias de la espedicion del Egipto, puedan ponerse en parangon con los sacrificios que ha costado á la Francia. Las enfermedades y el acero acabaron alli con un gran número de valientes.

La malevolencia vió la ocasion de calumniar al héroe, y la aprovechó con afan. Si, lo repito: Napoleon ha sido calumniado. La distancia del teatro en donde succdian los acaccimientos ofreció este medio á sus enemigos. Durante mucho tiempo se le acusó del abandono de los heridos en la Siria, á pesar de que en los escritos de un hombre que dice fue testigo ocular de lo que pasó en el sitio de

Acre, se lee una nota concebida en estos términos: «Habia alli muchos heridos y pocos medios de transporte. Bonaparte habia marchado con su estado mayor cuando se le dió parte de la dificultad de conducir á los heridos: echó luego pie á tierra, hicieron lo mismo cuantos le rodeaban; se enviaron los caballos á los enfermos, y Bonaparte hizo á pie una marcha de tres dias sobre las arenas ardientes del desierto." ¡Cuanto mas grato y benigno es el creer que fuese esta su conducta que la opuesta enteramente que se le ha querido atribuir!

La batalla de Aboukir, que fue una de sus últimas acciones en aquellos climas abrasados, bastaría á la reputacion de cualquier general; pero siempre que se ha-

ble sobre este punto, se preguntará con sobrado fundamento el objeto de utilidad de semejante espedicion. Los verdaderos anarquistas son los únicos que sacaron ventaja de la ausencia del héroe: ellos se unieron para desorganizar aun la Francia; y ya esparcian las voces de su muerte, cuando de improviso se le vió parecer. Como consiguió pasar por medio de una escuadra que bloqueaba los puertos del Egipto, y le separaba de la Francia enteramente, es uno de los fenómenos políticos que no se pueden todavia esplicar.

La república, que acababa de sufrir reveses esteriores, se hallaba destrozada por las facciones intestinas. Instruido Bonaparte de su situacion, resolvió salvar segunda vez la Francia, sin comunicar

su proyecto á otro que al general Berthier. Dió al contra-almirante Gantheaume la órden de armar dos fragatas y dos buques menores; remitió un oficio á cada uno de los que le debian seguir con la órden de no abrirlo sino en tal dia, á tal hora, y en tal parage, á la orilla del mar. Todos fueron exactos á la cita; y abriendo los oficios encontraron la órden de embarcarse al instante, y la obedecieron sin vacilar y sin volver á sus alojamientos para tomar sus equipages y caballos.

Lo que sería dificil de comprender, sino se hubiese presentado despues otro segundo egemplo, es como Bonaparte no encontró en la rada de Aboukir un solo buque ingles que se atreviese á disputarle el paso, y que durante toda la tra-

vesía no viese sino una sola fragata de esta nacion, y tan sumamente lejos que no habia ningun temor que viniese á atacar la que llevaba al general. El 9 vendimiario (30 de Setiembre) llegó á Ajaccio, y no permaneció en esta ciudad, que era su patria, sino el tiempo necesario para apaciguar las agitaciones nacientes que su presencia sola desvaneció. Llegó el 16 á Fréjus, y salio el 17. Durante su viage á Paris conoció la impaciencia con que era deseado, y á su llegada se convenció de la necesidad urgente de su vuelta.

Tercera velada.

Llegado el 13 de Vendimiario, la convencion, que se habia visto cerca del precipicio, formó á toda prisa una constitucion y organizó un gobierno cual pudo. Cinco directores debian gobernar durante cinco años, y en los cinco siguientes ser reemplazados por otros. Estos estaban encargados del poder egecutivo, y el legislativo residia en dos consejos, á saber: el de los ancianos y los quinientos. Una máquina compuesta de tantas ruedas no podia marchar, y las dilapidaciones se aumentaban en razon de su número. No se pagaba á nadie, los egérci-

tos carecian de todo; el espíritu público sofocado enteramente, la religion de nuestros padres despreciada y reemplazada aun por una secta impia, que se habia apoderado de sus templos y dejado sin veneracion sus altares. Bonaparte, solicitado por los gefes de los partidos para declararse por los unos ó los otros, encontró mas sencillo esterminarlos todos, y apoderarse del gobierno, cargando sobre sí el peso del estado. El 16 brumario (6 de Noviembre) se verificó una asamblea de algunos diputados en casa del presidente del consejo de los ancianos. Se convino alli de lo que se habia de hacer para egecutar el plan que habia formado Napoleon, el cual, segun todas apariencias, no dijo de él sino lo que le pareció conveniente.

Se obtuvo, no sé como, del consejo de los ancianos que el cuerpo legislativo, por consecuencia de un decreto, fuese transferido á Saint Cloud; y si bien es verdad que esta deliberacion fue muy mal recibida de los representantes, por una originalidad estraordinaria se constituyeron en el punto que se les habia señalado. En este intervalo se habia encargado á Bonaparte que velase por la seguridad de la república, y se habia puesto á su disposicion la guardia del Directorio y la 17.ª division militar. El héroe pasó revista á estas tropas en el jardin de las Tuilerías, é hizo fijar en las plazas de Paris la proclama siguiente.

«¡En que estado he dejado la Francia y en que estado la encuentro! ¡Os he dejado la paz, y ahora

encuentro la guerra! ¡Os he dejado conquistas, y el enemigo ha pasado ya vuestras fronteras! ¡He dejado vuestros arsenales guarnecidos, y no tienen un arma! Vuestros cañones se han vendido, el robo se ha erigido en sistema, los recursos del estado se han apurado; se ha apelado á medios onerosos, reprobados por la justicia y la razon, y se ha abandonado al soldado. ¿Donde están los valientes, los cien mil compañeros que os he dejado cubiertos de laurel y de gloria? ¿Que se ha hecho de ellos? ¡Ah! ya han perecido."

Los cinco directores habian perdido la confianza pública; la fuerza armada se negaba á obedecerles; no pudieron oponer resistencia; permanecieron espectadores de esta maravillosa jornada, y de-

bieron creerse felices de que no se les hiciese responsables de las desgracias del estado.

Bonaparte se trasladó á Saint Cloud, y entró en la asamblea de los quinientos, que su hermano Luciano presidia. A penas se le vió entrar en la sala hubo una grande agitacion, y un vehemente deseo de obligarle á salir; pero puedo asegurar, como testigo presencial, que su vida no estuvo, como se ha dicho, en peligro; que los representantes de la nacion carecian de la audacia que necesita el crímen; y que trataron mas bien de conservar su vida que de atentar contra la suya. La mayor parte tenia tanto miedo, que escapó por las ventanas del jardin, en donde se celebraban las sesiones. Bonaparte, y sobre todo su hermano,

creyeron que no se necesitaba sino de aumentar el terror; y para terminar el negocio hicieron entrar fuerza armada en la sala, que á nombre de Napoleon, intimó la retirada á los quinientos, y obedecieron al instante. Bonaparte se presentó á la asamblea de los ancianos; lisongeó su amor propio; celebró su sabiduría, y obtuvo cuanto quiso. Se nombró una comision ó gobierno provisional, que redactó en pocas horas una constitucion, sin cuidarse demasiado si tendria mejor éxito que las cuatro ó cinco que se habian succedido desde el año de 1791. Poco les importaba, cuando el objeto era trazar un cuadro en donde colocar á Bonaparte como el personage principal. Este fue nombrado primer consul de la repú-

blica, Cambacéres el segundo, y Lebrun el tercero, ambos en reemplazo de Sieyes y Roger Ducos, designados al principio. Los tres gefes se pusieron en posesion del mando, y el primer acto público de Bonaparte fue escribir al rey de Inglaterra ofreciéndole la paz. Parece que este hombre se haya equivocado siempre al juzgar de este gobierno que, como debeis convenir, no conoce sino sus intereses, y que frecuentemente sacrifica á ellos la lealtad. Recibió pues una respuesta puramente evasiva; y debió prepararse para nuevos combates. Es verdad que en esta época no ofrecian á la Francia sino una larga serie de victorias; pero no debemos olvidar que nuestros laureles estaban teñidos en sangre.

El primer cónsul antes de ocuparse de la guerra estrangera, pensó en pacificar la Vendee, que desde el principio de nuestros infortunios se veia destrozada por la guerra civil, sin que ningun gobierno la hubiera podido apaciguar. Este teatro de los mayores delitos, de las acciones mas heróicas y de un entusiasmo y una fidelidad sin límites, estaba regado sin cesar con la sangre francesa. Bonaparte creyó que era necesario imponer á unos hombres, cuyas pasiones exaltadas por la desgracia les hacian desoir toda proposicion de paz. Con este fin envió un egército considerable á las órdenes del general Bernardote, que ha subido despues al trono de Suecia; pero con la instruccion de estar siempre sobre la defensiva mientras

conservase esperanzas de una negociacion. A pesar de lo poco que prometia aquella obstinacion, sus proposiciones tuvieron un éxito feliz; y esto debe atribuirse al restablecimiento del catolicismo, que el primer consul hizo declarar por la religion del estado. Las apariencias revolucionarias fueron poco á poco desapareciendo: Madama Bonaparte, que se habia hallado en la corte de Luis XVI, no podia habituarse á la groseria republicana. La fue desterrando de su sociedad enteramente; volvimos á tener damas como los romanos; y la voz ciudadana se fue circunscribiendo á la última clase. Las manufacturas y telares del lujo se volvieron á poner en accion desde que se proscribió el trage del año 1791; todo parecia renacer; y al-

gunas personas en fin concibieron esperanzas quiméricas, cuyo efecto cuando menos se limitó por algun tiempo á reprimir y sofocar odios inveterados.

La lista de los emigrados se cerró. Una muchedumbre de ellos se restituyó á su amada patria; algunos encontraron sus bienes, y otros se adhirieron á un gobierno que les ofrecia testimonios de consideracion y aprecio. El antiguo palacio de nuestros reyes vino á ser la residencia del primer cónsul, y su interior tomó un aspecto de grandeza, que se semejaba á una corte. Ademas llamó á él á sus parientes, y acostumbró á la Francia á mirarlo como el centro de su gobierno. Sin embargo no podia renunciar á la gloria de las armas. Consideraba preciso hacer

aceptar la paz á los que por todos medios la eludian, y sobre todo era preciso ocupar la actividad de una nacion que la cansa el reposo. Massena habia batido completamente los rusos en Suiza, y habian vuelto otra vez á sus helados climas sin haber visto la Francia. Pero á pesar de estas considerables ventajas no podia este general luchar contra unas fuerzas tan sumamente superiores, cuando parecia que toda la Europa queria destrozarnos. Asi es que Massena se vió precisado á encerrarse en Génova, al mismo tiempo que Suchet, despues de unos esfuerzos heroicos, se retiraba á Francia con una ala del egército. Sobre el Rhin se habian conseguido ventajas, y se habian hecho veinte mil prisioneros.

El primer cónsul organizó un egército de cincuenta mil hombres, el cual se reunió en Dijon. El 25 prairial del año VIII (14 de Junio de 1800) pasó revista cerca de esta ciudad á la vanguardia mandada por el general Lannes. El egército todo se puso en marcha con direccion al monte de San Bernardo, y se estableció en Martigni, pueblo situado en unas montañas muy escarpadas. La vanguardia y la primera division pasaron á San Pedro. Bonaparte se hallaba á la cabeza del egército resuelto á entrar en Italia por este punto, al que nunca se habia intentado subir artillería, pero él gustaba de las cosas estraordinarias. Hizo prometer seiscientos ó mil francos por cada pieza que se subiria á la cumbre del monte, pero los soldados

rebusaron esta gratificacion y subieron toda la artillería del egército, cuyo rasgo de generosidad caracteriza el desprendimiento y valor de los franceses. Llegado al hospicio, permaneció en él Bonaparte una hora, y manifestó á los monges que lo habitaban, á estos dignos y admirables amigos de la humanidad, toda la consideracion y el respeto con que miraba sus virtudes.

Grandes dificultades habia ofrecido el trepar al monte de San Bernardo, que es el picacho mas elevado de los Alpes; pero no presentaba su bajada menos dificultad ni riesgo. Bonaparte á pie en medio de sus soldados se reia de la pena que les costaba tenerse en pie, avanzaba siempre, y alentaba con su egemplo á la tropa; pero tales llegaron á ser los obstáculos, que

el primer cónsul, creyendo cortar por una traviesa que habian tomado unos pocos infantes, se vió precisado á resbalar mas de doscientos pies de altura, sin poderse detener. De este modo se logró verificar el paso.

En el instante que el egército penetró en la Saboya, se hizo temer y respetar. Se apoderó de las alturas de Romano; otra division tomó á Suza y la Brunetta, y el enemigo intimidado se retiró á Turin, cortando sus puentes y quemando sus barcos sobre el Orco. Bonaparte avanzaba con calma, porque estaba tan seguro de la victoria como del amor de sus soldados. Asi les manifestaba su satisfaccion en los términos mas gratos y lisongeros. Un dia dijo á una division, con la cual vivaqueaba: «Ya hace

dos años que os hallais en las montañas, y habeis cumplido vuestro deber sin réplica. Hace ocho dias se os debian ocho meses de paga, y no habeis producido una sola queja. Teneis grandes cualidades para soldados."

Cuarta velada.

Batalla de Marengo. Vuelta á Paris. Tratado de paz. Viages del primer consul. Imperio. Reino de Italia.

El plan de esta campaña habia sido combinado de un modo tan superior, que no pudo menos de reconocerlo la Europa. Bonaparte habia introducido su egército casi al mismo tiempo, y por puntos diferentes en el Milanesado. El general Murat, que mandaba una division, se apoderó de la capital, cuyas llaves le entregaron; hizo cercar la ciudadela, y el primer cónsul entró en Milán tres horas despues con las aclamaciones del pueblo. La batalla de Montebello,

que aumentó la gloria del nombre frances, no bastaba á la de su general. Este llegó á las puertas de Génova á ofrecer un nuevo combate al general Mélas, el cual lo rehusó no conociendo á punto fijo la desigualdad de nuestras fuerzas. Bonaparte marchó á Marengo seguido de su guardia, y sin mas que una pieza de la artillería volante, y atravesó aquel llano meditando un plan de ataque que no tardó en egecutar. Unos cuantos prisioneros que llevó en su compañía, y á quienes preguntó el estado del egército enemigo, le aseguraron de la posibilidad de llevar á efecto el plan que habia concebido. Algunos de ellos, entre los cuales se hallaba un caballero de San Luis, asombrados de su escesiva sencillez: «¡Cómo! decian, el

cónsul es este que vemos envuelto en un capote gris! No podemos creer una cosa semejante."

El 25 prairial (15 de Junio de 1800) al amanecer, algunos tiros de cañon disparados por la vanguardia advirtieron al egército la necesidad de estar prontos para la accion; pero el enemigo parecia indeciso, y buscar los puntos débiles por donde nos queria atacar. No referiré el órden de esta memorable batalla; pero sí diré que la línea de los aliados ocupaba algo mas de dos leguas. El cónsul montó á caballo á las 11, y se dirigió con rapidez al campo de batalla, en donde se batian ya con encarnizamiento. La victoria estuvo largo tiempo dudosa. Bonaparte se mantuvo constantemente en el puesto del honor; mas temió en muchas

ocasiones que le arrancasen de sus manos los laureles que tenia cogidos. Llegó á quedar poca esperanza de impedir la derrota de nuestro egército. Habíamos ya tenido considerable pérdida, cuando de repente el general Dessaix y las valientes tropas de su mando llegaron á ayudar á los maravillosos esfuerzos del primer consul y del general Lannes. Este guerrero intrépido saltó fosos y empalizadas, derribó, holló y destrozó cuanto se opuso al paso. Murat y Kellerman rivalizaron en intrepidez y valor; pero por desgracia en medio del triunfo mas glorioso recibió el general Dessaix una herida mortal. (1) Que no pueda yo llorar,

1 Hubo un tiempo en que se tuvo la cobardía de acusar á Bonaparte de esta muerte; pero no se ha podido impedir á la histo-

esclamó el cónsul afligido cuando vinieron á darle la noticia de esta muerte.

La victoria que nos habia costado tan cara, siguió á las filas del egército frances. Despues de la batalla de Marengo se persiguió al enemigo hasta el puente de Bormida; se le batió aun durante el espacio de una hora, y solo al abrigo de la noche pudo salvar sus restos el egército austriaco. Ningun combate se habia sostenido con mayor tenacidad: ningun triunfo se habia disputado con mas ardimiento y teson. Los dos egércitos se batieron catorce horas al alcance de la fusilería. Asi terminó la famosa jornada de Marengo,

ria atribuir el éxito de esta jornada á la intrepidez de Desaix, y á las diestrss combinaciones del primer cónsul.

cuyos brillantes resultados escedieron todas las esperanzas. Una sola jornada bastó á restituirnos todas las plazas de la Lombardia, y al dia siguiente el general Mélas solicitó tratar con el primer cónsul; lo que se efectuó con tan honrosas condiciones, que se llegó á creer que la paz se iba á restituir á la Europa.

Bonaparte entró en Milan con aclamaciones gozosas; asistió á un Te Deum en accion de gracias por la libertad de la Italia, y dijo con este motivo al estado eclesiástico: «Los franceses son los amigos naturales de la Italia. ¿Qué podeis esperar de protestantes, griegos y musulmanes que han enviado á vuestro suelo? Nosotros profesamos vuestra misma religion; y si hemos podido tener al-

guna disputa ó discordia, esta se arregla y se termina." Hizo llevar el cuerpo del general Dessaix al convento de San Bernardo, y mandó que le elevasen un monumento competente á su gloria.

Despues de haber tomado todas las disposiciones para asegurar la tranquilidad del pais conquistado, atravesó la Saboya y llegó á Leon el 9 mesidor (28 de Junio), en donde fue recibido con un entusiasmo dificil de esplicar. Alli puso la primera piedra de la plaza de Belcour, que habia sido destruida durante el tiempo del terror. Esta plaza, en otro tiempo una de las mas bellas de Europa, habia sido arrasada, y se le habia dado el nombre de campo de destruccion (1).

1 En esta época desastrosa habia una Comité de destruccion.

En los cimientos de los nuevos edificios se pusieron medallas que llevaban el exergo: *En honor de Bonaparte, primer cónsul, vencedor en Marengo*. La posteridad las encontrará un dia entre aquellos escombros.

Concluida la ceremonia partió el héroe á Paris, y en todos los pueblos de su tránsito recibió testimonios del mayor regocijo.

En esta capital se le esperaba el 13 messidor (2 de Julio). La víspera convidaron los dos cónsules todas las autoridades para que á las 9 de la mañana, y vestidos de gala se presentasen en las Tullerias con el fin de acompañarlos á Villejuif á presentar sus homenages al vencedor de Italia. Pero él evitó el ceremonial: llegó á las 7 de la mañana á su palacio, descansó

un rato, y no recibió sus cólegas y ministros hasta las once. Estuvo muy afable con cuantos le hacian la corte; y al entregar á madama Bonaparte cartas del capitan de guias Beauharnais, la dijo lo siguiente: «Señora, vuestro hijo marcha rápidamente á la posteridad, pues se ha cubierto de gloria en todas las acciones que se han ofrecido en Italia, y se hará uno de los mayores capitanes de Europa." No habló con menos elogio del hijo del cónsul Lebrun; y su primer cuidado fue distribuir recompensas y diplomas de honor entre los bravos que le habian seguido.

Mientras que Bonaparte se ocupaba en dar una forma regular á la organizacion del interior, nuestros egércitos obtuvieron sobre el Rhin tales triunfos, que obligaron

al emperador á aceptar un armisticio. José, el hermano de Napoleon, habia negociado un tratado de alianza con los americanos, y se celebró este dia con una fiesta en Morfontaine, que era una posesion de José.

En medio de estos maravillosos progresos se agitaban sordamente los restos impuros de la turba revolucionaria. Estos hombres, que suponen en el dia que no trabajaban sino por el restablecimiento de la antigua dinastía de nuestros reyes, y que los Borbones se niegan altamente á reconocer, porque no es ciertamente por el medio de crimenes como ellos quieren recuperar el trono que escapó por algun tiempo de sus manos. Se tramó una conspiracion contra la vida del primer cónsul, el cual

fue advertido en secreto que se atentaba contra su vida en el teatro. El 18 vendimiario (10 de Octubre 1800) fue el ministro á tomar las órdenes de Bonaparte sobre las medidas que se deberian adoptar, y este le dijo: «Ese negocio no me toca á mi, sino á vos.—Ireis á la ópera, general?—Si por cierto." Con efecto asistió con su muger, la cual observando que el prefecto de policía salia y entraba con frecuencia, le preguntó la causa á su marido, y Bonaparte la respondió que atendiese á la representacion. Poco rato despues se le dió parte de haberse arrestado á tres personas que me guardaré de nombrar, á quienes se les habian encontrado encima puñales y mechas fosfóricas, las cuales fueron

entregadas á los tribunales. Pero esto no era sino un ensayo preparatorio del atroz crímen que se meditaba en silencio, pues que ademas de Bonaparte alcanzaba á un grande número de víctimas.

Es muy conocido el atentado del 3 nivosio del año IX. Una máquina infernal colocada en la calle de San Nicasio, debia volar el coche de Napoleon al tiempo de ir á la ópera para oir la creacion del mundo de Haydn, y solo lo libertó la habilidad y destreza de su cochero. (1) Los autores de este abominable delito osaron publicar que era una intriga de Bonaparte para dispertar el interes público en su

1 Parece que Napoleon le dejó una pension considerable en su testamento.

favor, y no faltaron hombres bastante débiles y crédulos que diesen asenso á una impostura semejante. El tiempo ha demostrado la falsedad de esta asercion, pues ellos mismos se han vanagloriado públicamente de ella al tiempo de la caida del grande hombre contra el que habian atentado, y cuando menos esta vez digeron la verdad en su vida. La indignacion que este atentado hizo concebir á los hombres de bien, probó entonces á Bonaparte el amor de los franceses. Poco despues concluyó el tratado de paz con el emperador de Alemania: sus enemigos se avergonzaron entonces; conocieron á despecho suyo que el que hacia tan grandes progresos en la guerra no desplegaria talentos y miras menos grandes en la paz; y que de este

modo adquiria un nuevo género de gloria, la cual debia ser á la patria tanto mas cara y apreciable, cuanto que no era á costa de la sangre de sus hijos. Asi es que maquinaron sin cesar con los gabinetes de Europa para que rompiesen los tratados, que acusaban al héroe de haber violado despues.

No podemos negar sin embargo que las alabanzas que se le prodigaban sin cesar eran un lazo que se le tendia, y en el que se dejó prender, y que ellas acarrearon la desgracia de la Francia y su pérdida misma. Hemos llegado á la funesta época en que se dejó llevar de la ambicion: pasion peligrosísima, que no se llega nunca á satisfacer. Nada diremos de la espedicion de Santo Domingo confiada al general Leclerc, hermano político

de Bonaparte (1), pues es bien sabido cuan desgraciada fue para los que le acompañaron, y que pereció con la mayor parte de su egército.

Continuadas las negociaciones en Amiens, tuvieron un resultado que no podia esperarse de la corte de Londres. Se verificó un tratado de paz entre la Francia, la Inglaterra, la España y la Holanda, y nos lisongeamos con la esperanza de que seria sólido.

Ya estaba cerca el tiempo en que Bonaparte debia dejar el consulado. ¿Como renunciar á una primera plaza que todo le convidaba á conservar? Un senatus consúltus prolongó por diez años su

(1) Paulina Bonaparte casó en primeras nupcias con el general Leclerc, y en segundas con el príncipe Borghése.

consulado. Él pareció ceder con sentimiento á este decreto del primer cuerpo del Estado, y no puedo menos de referir aqui la respuesta que le dió cuando se lo hicieron saber: «La fortuna ha sonreido á la república en los tres años que acaban de pasar; pero la fortuna es instable, y cuantos hombres á quienes ella se ha mostrado propicia, han sobrevivido mucho tiempo á sus favores."

«El interes de mi gloria y el de mi felicidad parecen haber señalado el término de mi vida pública, en el momento en que se va á proclamar la paz del mundo. Pero la gloria y la felicidad del ciudadano deben enmudecer cuando le llama el interes y la benevolencia del público. Juzgais que yo debo al pueblo este nuevo sacrificio, y yo

estoy pronto á hacerlo si el voto del pueblo me manda lo que vuestra deliberacion autoriza." Se creyó que esto no era bastante, y se le nombró cónsul perpétuo, lo que aceptó en los siguientes términos:

«Senadores, la vida de un ciudadano se debe emplear en el servicio de su patria. El pueblo frances lo exige de mi asi, y yo obedezco con gusto á su voluntad."

Se succedieron los diferentes tratados concluidos con varias potencias de Europa; pero nada fue mas importante que el concordato que hizo con el Papa Pio VII. Por él se volvió á la Francia la Religion católica, se calmaron las conciencias, y fue el mayor beneficio que proporcionó á nuestra patria el gobierno de Napoleon Bonaparte. Apenas la Europa ha-

bia gozado algunos instantes de las dulzuras de la paz, cuando la Inglaterra, que vió el ardor con que se dedicaba en hacer florecer el comercio, conoció que repararíamos pronto nuestras pérdidas; y por la desgracia de todos hizo volver á principiar la guerra. El tratado de Amiens fue violado, y en vano el primer cónsul quiso evitar el rompimiento. El egército frances, bajo las órdenes del general Mortier, entró de repente en el Hanover, y atacó el que los ingleses habian alli organizado bajo las órdenes del general Cambridge. En virtud de convenios hechos con los hanoverianos, que no quiso aprobar el rey de Inglaterra despues, nos apoderamos del pais sin tirar casi un solo tiro y sin que el gabinete de Londres

manifestase una grande inquietud. Mientras que los generales franceses estendian sus conquistas por fuera, el primer cónsul visitaba las ciudades del norte de la Francia y de la Bélgica, en donde era recibido con particular entusiasmo. En Charleville entró en la fábrica de armas, y vió 1800 fusiles fabricados en solo quince dias. Sobre la pared se habia grabado esta inscripcion: *Pruébalas asi cual nuestro corazon.*

Bonaparte agradeció esta alusion ingeniosa; y su viage, que duró 50 dias, le bastó para fijar en todos los ramos de la administracion el ojo observador que habia recibido del Cielo. Trabajaba constantemente con sus ministros; muchas veces se negaba á las fiestas y aclamaciones públicas para en-

cerrarse en su gabinete y trabajar en la felicidad de su pueblo. ¡Con cuanta razon podia decir que habia empleado bien el tiempo!

A su vuelta á Paris se ocupó en hermosear esta ciudad que le debe su salubridad, y mucha parte tambien de su magnificencia. Perfeccionó el código civil y el de comercio, y trató de establecer un plan general para la instruccion pública. Con dificultad se puede concebir como un solo hombre pudo egecutar tan grandes cosas y con tan poco tiempo. Deseoso de conocer los puertos vecinos á la Inglaterra llegó á Bolonia, y vió con un dolor profundo que el espacio que le separaba de Albion era casi imposible de superar; y no obstante tentó todos los medios, persuadido íntimamente de

que para vencer á Cartago era Cartago misma la que se debia atacar y combatir.

Recorriendo en una falúa la rada de Bolonia á pesar del vivo fuego de una fragata inglesa, advierte que el de las baterias nuestras no alcanzaba al enemigo: se hace acercar á tierra, salta, corre á la batería, saca su lapicero, forma el cálculo en su cartera, y manda á los artilleros cargar con una cantidad desusada de pólvora. Ellos obedecen; pero uno no se atreve á dar fuego temeroso que el mortero rebiente. Bonaparte, que lo observa, toma la mecha de su mano, la aplica, parte el tiro, y la bomba va á romper el bauprés de la fragata inglesa.

Regresado á Paris se embriagó del incienso que se apresuraron

todos á quemar á sus pies. El consulado no le pareció corresponder á los pensamientos de grandeza que su corazon abrigaba. Pensamientos funestos, de los que sacaron sus enemigos una ventaja lamentable! Penetraron sus designios, y cooperaron á ellos; pero á bien caro precio! ¿Quien pudiera arrancar de la historia de su vida la página en donde está escrita una accion tan bárbara como inútil para la salud del estado? No estrañeis que omita este acaecimiento funesto. Yo hubiera perdido la vida por evitarlo; Josefina se arrojó muchas veces á sus pies, y abrazó sus rodillas; pero todo fue inútil; se consumó el delito (1).

1 La muerte al parecer del duque de Enghien. *Nota del traductor.*

Cinco dias despues fue proclamado Napoleon Emperador de los Franceses, y el trono que ocupó hizo su desgracia y la nuestra. No me detendré en hablar de las invitaciones hechas por el senado y las autoridades; todas le querian persuadir de que no podia rehusar una corona que decian ofrecida por la generalidad de los franceses. Él lo creyó; tanto puede el amor propio aun en un hombre tan grande para hacerle desconocer sus verdaderos intereses. Dado este paso, nada pudo ya detener al nuevo soberano. Sus hermanos fueron hechos príncipes y necesitaron de coronas. Con esto se dió motivo á la envidia para decir que no combatia por la gloria de la Francia sino para el engrandecimiento de su familia, sentando á sus herma-

nos sobre los primeros tronos de la Europa. Pero no anticipemos los acaecimientos, y sigamos el curso de su vida, cuya gloria militar le hizo formidable á todos los Monarcas. Porque efectivamente, á escepcion de la Inglaterra todos los de la Europa se apresuraron á reconocerle como soberano legítimo, y trataron con él como con un igual.

Todavía no he hablado del establecimiento de la Legion de honor, que tiene tanta relacion con nuestras órdenes antiguas, tan estimadas á una gran parte de la nacion. Bonaparte la instituyó siendo consul todavia, y para darla mayor brillo exigió al tiempo de su coronacion el juramento de los grandes oficiales de la Orden.

Omito hablar de la ceremonia

religiosa verifiacada á su corona-
cion, y de la pompa y magnificen-
cia de ella, superiores á cuanto se
habia visto en el discurso de mu-
chísimos años.

Despues de la misa el emperador volvió á subir al trono, y puesta la corona en la cabeza y la mano sobre el Santo Evangelio, pronunció el juramento decretado por la constitucion del imperio frances. El gefe de los heraldos de armas dijo en seguida con esforzada voz: «El muy glorioso y augusto emperador Napoleon, emperador de los franceses, está coronado y entronizado. Viva el emperador." Los asistentes repitieron estas últimas palabras, y algunos añadieron las de viva la Emperatriz.

Muchos dias fueron destinados para fiestas públicas y particula-

res. En las que dió la ciudad, pronunció Napoleon el siguiente discurso, cuya originalidad me lo ha hecho retener en la memoria. «Señores del cuerpo municipal: He venido en medio de vosotros para dar á mi buena ciudad de París la seguridad de mi particular proteccion. En todas circunstancias miraré como un placer y un deber el darla pruebras de mi benevolencia, porque quiero que sepais que en el furor de las batallas, en la imminencia de los riesgos, sobre los mares, y en los desiertos mismos, he puesto mis miras en la prosperidad y esplendor de esta grande capital de la Europa, y en el juicio de la posteridad."

La vida del hombre es muy corta, y lo que concluye con ella no basta á satisfacer su insaciable am-

bicion. Bonaparte rodeado de todo el aparato de la grandeza, la quiere transmitir á sus herederos; pero no tiene hijos. José no tiene sino hijas; Luciano no es casado, pero el emperador ha casado una hija de su muger Hortensia Beauharnais con su hermano Luis, y tiene un hijo que Napoleon estima mucho, y mira como á propio. Èl no deseaba mas; pero sus amigos deseaban por él que pudiese heredar este niño, y el senado no tardó en declarar hereditaria la corona.

Poco tiempo despues se abrió la sesion del cuerpo legislativo, que pronunció el juramento en estos términos: Juramos obediencia á las constituciones del imperio y fidelidad al emperador. El ministro del interior dió parte el 10 ni-

voso siguiente (1.º de Junio 1804) sobre la situacion del imperio frances y sus relaciones esteriores. Segun este discurso todo parecia concurrir á la felicidad de la Francia; pero desgraciadamente una parte de lo que contenia eran mas bien esperanzas que realidad, y la política de las cortes estrangeras no permitió á Napoleon llevar al cabo sus designios.

Llegar desde el grado de subteniente de artilleria al título de emperador hereditario de los franceses, habiera podido satisfacer una ambicion menos grande que la de Bonaparte. La suya no paró ahí. Se hizo declarar presidente de la república italiana, que habia absorvido todas las repúblicas y principados parciales de estos ricos paises; pero esta grande má-

quina necesitaba aun una organizacion. Se persuadió á los que estaban á la cabeza del gobierno que pidiesen por rey á Bonaparte, y este tuvo á bien aceptar la corona. Con este motivo partió á Milan con la emperatriz; se hicieron coronar uno y otro, y dejando á su hijo adoptivo el príncipe Eugenio Beauharnais en calidad de virey de Italia, visitó todo el norte de este hermoso pais, y fue despues á Génova, en donde fue recibido con entusiasmo. En todas partes se ocupó de la construccion de canales y caminos, reformó las leyes, dió otras adecuadas al carácter de los pueblos que gobernaba; y el poder que le habian dado sus conquistas parecia consolidado enteramente.

Despues de una ausencia de cua-

tro meses volvió Napoleon al seno de sus fieles vasallos. Durante el espacio de este tiempo no se relajó ninguna parte de la administracion, y los negocios se espidieron con la misma rapidez que si el emperador hubiera residido en Saint Cloud. Diariamente salian correos que llevaban á S. M. despachos de los ministros, y traian la aprobacion de sus trabajos ó notas de observaciones oportunas.

A su regreso se ocupó el emperador de algunos ramos de la administracion, y particularmente de la organizacion del monte de piedad; suprimió todas las casas de prest de los particulares, á las que sustituyó comisionados que no podian abusar de la confianza de los habitantes de esta grande ciudad, cuyas necesidades rena-

cientes les habian precisado á apelar á este triste recurso. Restableció ademas el calendario Gregoriano, y facilitó las comunicaciones con el resto de la Europa.

Parecia llegado el momento de verificar un desembarco en Inglaterra. En el espacio de mil años se habia tentado sesenta y tres veces, y no se habia conseguido ninguna. ¿Se lisongearía Bonaparte de tener mejor éxito que nuestros antiguos soberanos? Al intento hizo construir un prodigioso número de barcos llanos que debian llevar 110000 hombres sobre las costas de la Gran Bretaña. Pasó revista á estas tropas y la flotilla; lo encontró todo en buen estado, y nuestras tropas ardian en deseos de penetrar animados de las mas gratas esperanzas. Sin embargo los que

tenian conocimiento de las operaciones marítimas, sostenian que era impracticable el desembarco, y que los gastos considerables que habia hecho para ello Napoleon eran inútiles y perdidos. Se dijo todavía que el emperador no habia tenido semejante proyecto, y que habia sacrificado tantos millones para inquietar á los ingleses y lisongear á la Francia con la idea de humillar á sus orgullosos rivales, y tomar satisfaccion de los agravios que habia recibido de ellos. Pero sea como quiera, el emperador aprovechó del pretesto de un cambio en las disposiciones políticas del de Alemania para dejar Bolonia.

Ya se esperaba la señal del embarque, cuando el 28 de Agosto llegó al campo el ministro de rela-

ciones esteriores, despachó largo tiempo con el emperador, y este le anunció que se veia precisado á retardar la espedicion contra la Gran Bretaña, para dirigir sus fuerzas contra el Austria, cuyos egércitos avanzaban hácia las fronteras de la Baviera. Asi terminó esta espedicion que habia sido el obgeto de todos los votos de la Francia, y Napoleon volvió á Paris para disponerse á marchar al egército de Alemania, al que se reunieron tambien todas las tropas que formaban el campamento de Bolonia.



Quinta velada.

Guerra de Alemania. Toma de Viena. Batallas de Austerlitz, Jena, y Eilau.

El emperador salió para Strasburgo al otro dia que se celebró la sesion del senado, al que habia ido á participar sus motivos é intenciones en un discurso que concluyó en los términos siguientes: « Todas las promesas que he hecho al pueblo frances las he cumplido; y el pueblo frances por su parte ha escedido á mis propias esperanzas. Confio que en estas circunstancias tan criticas para su gloria, y tambien para la mia, continuará mereciendo el nombre de

pueblo grande con que le he saludado desde el campo del honor. Francia, vuestro emperador ha hecho su deber; sus soldados harán el suyo, y vosotros el vuestro."

En ningun tiempo de la monarquia llegó la gloria de las armas francesas, al punto á que la elevó Napoleon en esta guerra contra el Austria, la Prusia y la Rusia. Para contar los maravillosos hechos de Bonaparte, se necesita de mas tiempo del que empleó en egecutarlos. Apenas salió de Strasburgo, en donde permaneció 24 horas, se abrió con sus victorias por segunda vez el camino de Viena. Se hizo dueño de Ulma á pesar de los veinte mil hombres mandados por el príncipe Fernando, que no creyendo poder defender aquella plaza, dejó en ella al general Mak pa-

ra que firmase la capitulacion.

Una lluvia constante de ocho dias, á la que el emperador habia estado siempre espuesto, no lo pudo hacer ceder á la súplica de tomar algunos dias de descanso. No suspendió un momento sus trabajos militares y sus negociaciones, y por todos los medios posibles procuró persuadir á los generales enemigos que el emperador de Alemania debia hacer la paz; pero nada pudo decidir á este príncipe á renunciar á su designio. De cien mil hombres de que se componia su egército, se habian hecho ya prisioneros sesenta mil; se les habian tomado 200 piezas de artillería y con ellas todo el parque, 80 banderas, y solo hacia 15 dias que se habia abierto la campaña. Tan multiplicados progresos nos con-

dugeron sin retardo á las puertas de Viena. El mariscal Lannes se apoderó de la ciudad, impidió que se quemase el puente del Danubio, y el emperador de la Francia hizo su entrada en ella. Al siguiente dia se habló de paz, pero se asegura que se opuso á ella el gabinete ingles, y que los pasos que se habian dado á este fin eran un puro lazo. Asi es que Napoleon tomó todas sus medidas pera una accion general y decisiva.

El enemigo por su parte hacia en secreto unos preparativos formidables. Contaba envolver el egército frances, cortarlo, hacerlo prisionero ó destrozarlo; y con efecto nos vimos en un riesgo inminente. Una nube de cosacos sostenidos por la caballería rusa hizo replegar las avanzadas. El empe-

rador de Rusia acababa de llegar al egército; el general Savary fue á cumplimentarle en nombre de Napoleon, y no pudo menos de alabar la acogida que le hizo. Permaneció tres dias en el campo enemigo, y tuvo tiempo de asegurarse de que se alcanzaria la victoria oponiendo la prudencia á la temeridad. Bonaparte en persona reconoció el egército ruso, el cual ocupaba una escelente posicion, y dijo que costaria mucha sangre el desalojarlo de ella.

De vuelta á su campo dió la órden de retirada del mismo modo que si hubiera llegado á ser batido; tomó una buena posicion á tres leguas, hizo trabajar manifiestamente en atrincheramientos, y cuando el emperador de Rusia le envió un edecan para responder á

la peticion de una conferencia que le habia hecho Bonaparte, aparentó este tomar grandes precauciones como si hubiera tenido que temer. Este ardid de guerra tuvo todo el éxito que podia su autor esperar. Los dos emperadores se persuadieron que el de Francia temia una batalla, y resolvieron atacarle. Por la tarde Napoleon quiso visitar de incógnito los Vivaks; pero fue reconocido, recibió en todos los testimonios de una síncera adhesion, y sus soldados le ofrecieron celebrar con una victoria completa el aniversario de su coronacion.

El emperador dió al instante las disposiciones necesarias. El 11 frimario (1) (2 Diciembre de 1805)

1 Se encuentran aqui las fechas republicanas, por que no se restableció el calendario Gregoriano hasta el primero de Enero del año siguiente.

salió el sol tan radiante cual si fuera una mañana de la hermosa primavera, en términos que el dia mas glorioso de la campaña fue tambien el mas bello del otoño. Los austriacos y rusos avanzaban con toda seguridad, creyendo sorprender á un enemigo medio vencido por el temor. ¡Cual fue su sorpresa cuando el encuentro imprevisto del general Davoust los detuvo de repente y se trabó la accion!

El mariscal Soult se desprendió en el mismo momento, y los generales Vandamme y Saint Hilaire cortaron enteramente la derecha al enemigo. Pocos instantes despues se batian 200000 hombres, y 200 piezas de artillería hacian un fuego contínuo. No hacia mas de una hora que se habia empezado la ac-

cion, y ya toda la izquierda del enemigo estaba cortada, y la derecha se replegaba sobre Austerlitz, que era el cuartel general de los dos emperadores. Alejandro hizo avanzar su guardia, que derrotó por el pronto á un batallon del 4.º de línea. Napoleon lo ve, y manda al general Bessieres conducir la guardia imperial al campo de batalla. Las dos guardias se baten, la de Napoleon es vencedora: coronel, estandarte, artillería, todo fue arrebatado, y el gran duque Constantino temió ser hecho prisionero de guerra, á la cabeza de su regimiento destrozado enteramente.

Napoleon entonces, este hombre á quien se acusa de gozar en la efusion de sangre, corria por las filas conteniendo la matanza,

y salvó la vida á cuarenta mil rusos que clamaban perdon. Los generales Lannes, Bernardotte, Caffarilli hicieron prodigios de intrepidez. Alejandro vió desde una altura la derrota de su egército, y cogiendo entonces la mano del emperador de Austria: «El Señor no está de nuestra parte, le dijo; hermano mio retirémonos." Sus magestades se retiran precipitadamente á Olmutz, y escaparon con dificultad de la caballería del general Murat que estuvo cerca de hacerles prisioneros. La batalla principiada á las siete de la mañana se habia ganado completamente á la una del dia.

El plan decretado por el emperador estaba trazado tan diestramente, y se egecutó con tanta exactitud, que no se dudó un ins-

tante de la victoria, y no fue preciso emplear un solo hombre de la reserva. La pérdida de los rusos fue muy considerable. El general Suschowen fue muerto, y de veinte y siete mil hombres que mandaba ni uno siquiera se reunió al egército ruso. Se tomaron 45 banderas, entre las que se encontró un estandarte de la guardia imperial, ciento cincuenta piezas de artillería, y un número grande de prisioneros. Tal fue el resultado de esta famosa jornada, que es célebró en la historia con el nombre de Austerlitz. Toda la ventaja que sacamos de ella fue hacer firmar la paz al emperador de Austria, á quien se restituyó su capital sin haber tocado de sus arsenales un fusil. Asi es como usaba de la victoria el magnánimo corazon de

este hombre. La paz se firmó el 30 de Diciembre, y el 31 fue á Munich, en donde fue recibido de la electora con las mayores muestras de consideracion.

La emperatriz habia venido á esperarle, acompañada de los generales franceses. El dia siguiente forma época, pues la Francia volvió á tomar el calendario Gregoriano, y la Baviera saludó su soberano con el título de rey, que los acaecimientos de 1814 y 1815 no han podido arrancarle. Brillantes fiestas solemnizaron el ensalzamiento al trono de Maximiliano José rey de Baviera, y un suceso no menos interesante para la Francia fue el casamiento de Eugenio Beauharnais con la hija del nuevo rey Augusta Amelia. Asi la nobleza francesa pudo ver con orgullo

á un príncipe de una de las casas mas ilustres de Alemania, y que se habia unido á la de Francia en el siglo XVII por un casamiento con un hijo de Luis XIV, dar su hija á un simple caballero frances. Verdad es que su abuelo y su tio sirviendo con honor en el cuerpo real de la marina, habian llegado al grado de gefes de escuadra sin solicitar otros favores de la corte; pero no podian figurarse que llegaria un dia en que su hijo y su sobrino se veria yerno del elector de Baviera, coronado rey por la voluntad de Bonaparte. Este caballero habia sido adoptado por el emperador de los franceses, y á las cualidades brillantes de un general unia las virtudes que hacen amar á los hombres en cualquier estado en que se hallen. De este

modo su elevacion no ha tenido la suerte de casi todas las demas que fueron debidas á la fortuna de Bonaparte; fundada en el mérito personal del príncipe Eugenio, ha sobrevivido á la grandeza de Napoleon, y amado de su esposa, estimado de la corte, es pronunciado su nombre con respeto por todos los partidos, y fundará una casa célebre en el pais. El matrimonio se celebró el 14 de Enero del año 1806: las noticias fueron llevadas sucesivamente por estraordinarios á Paris, en donde ocasionaron un gran regocijo. El emperador llegó á los últimos del mes, y desde Strasburgo hasta la capital recibió testimonios nada dudosos de la alegria pública. ¡Quien diria que tanta gloria se eclipsaria un dia! ¡Que digo eclipsaria, se obscureceria

enteramente por inconcebibles desastres!

Apenas habia vuelto á Francia, se vió precisado otra vez á tomar las armas contra la Prusia, que no habia querido acceder al tratado del Austria, y esto dió ocasion á la célebre batalla de Jena. El emperador se unió al egército, que se retiraba ya bajo la fe de los tratados, y el 6 de Octubre del mismo año 1806 hizo una proclama á sus tropas, en la que les dijo entre otras cosas lo siguiente.

«Soldados: ya se habia dado la órden para retiraros á vuestra patria, y ya os habiais acercado algunas jornadas de ella. Os esperaban fiestas triunfales, y en la capital se habia dado principio á los preparativos para recibiros dignamente."

«Pero cuando nos entregábamos con demasiada confianza á esta seguridad tan dulce, se urden nuevas tramas bajo el velo de la amistad y alianza, y los gritos de la guerra resuenan en Berlin. Hace dos meses que cada dia nos vemos mas y mas provocados."

«La misma faccion y el mismo espíritu de error domina en sus consejos, que el que condujo los prusianos hace catorce años al medio de la Champaña, al abrigo de nuestras diseusiones intestinas. Si no pretenden quemar y arrancar hasta los cimientos de París, presumen al menos tremolar sus banderas en las capitales de nuestros íntimos aliados: quieren obligar á la Sajonia á que renuncie á su independencia por una transaccion vergonzosa; quieren con ella au-

mentar sus provincias, y en fin quieren arrancar los laureles que ciñen vuestras sienes; quieren que evacuemos la Alemania á la vista de su egército. ¡Insensatos! Sepan que será mil veces mas facil destruir la grande capital, que mancillar el honor de los hijos del gran pueblo y sus aliados. Sus proyectos fueron confundidos entonces, y en los campos de la Champaña encontraron la derrota, la vergüenza y la muerte; pero las lecciones se borran, y hay hombres en quienes los sentimientos del odio y de la envidia no se estinguen jamás."

El mismo dia el príncipe de Benevento remitió á Napoleon una carta del rey de Prusia llena de injurias, y el emperador despues de leerla, esclamó: «Me lastimo de

mi hermano el rey de Prusia: él no entiende el frances, y seguramente no ha leido esta rapsodia."
A esta carta estaba unida la célebre nota de Mr. Knobelsdorff.
«Mariscal, dijo el emperador al general Berthier, se nos da una cita de honor para el 8, y los franceses no debemos faltar; pero como se dice que hay una hermosa reina que quiere ser testigo de las batallas, seremos galanes: marchemos sin dormir á la Sajonia."
El emperador tenia razon para hablar de este modo, porque la reina de Prusia se encontraba en el egército, vestida de amazona, y con el uniforme de su regimiento de dragones. Las hostilidades comenzaron; el principe Luis de Prusia, que habia provocado la guerra, murió bizarramente ba-

tiéndose cuerpo á cuerpo con un sargento del regimiento 10 de húsares. El húsar le dijo: « Rendios, coronel, ó sois muerto;" el príncipe le contestó con una cuchillada, y el húsar le dió una estocada que le derribó muerto. Mas esto no fue sino un preludio de los grandes desastres que sufrió despues la Prusia.

El 14 de Octubre del año 1806, aniversario de la toma de Ulma, fue el dia de una de nuestras victorias mas ilustres. El emperador habia llegado la víspera á Jena, y subido sobre una pequeña eminencia, habia observado las disposiciones del egército enemigo, el cual estaba tan cerca del nuestro, que casi se tocaban las centinelas; pero los dos egércitos presentaban un aspecto muy diferente. El egér-

cito ruso se desplegaba sobre seis leguas de estension, y sus fuegos iluminaban el horizonte; y el nuestro por el contrario, concentrado en un pequeño punto se distinguian apenas sus fuegos.

Al amanecer se tomaron las armas. Una niebla bastante espesa que se elevó hizo desear á Napoleon que el ataque se hubiese retardado dos horas; pero no pudo contener el ardor de las tropas, y la accion se trabó. Es preciso haber visto como yo el modo como se egecutaban los planes del grande gefe que nos mandaba, para concebir las dificultades que habia que vencer. La accion se generalizó en menos de una hora. Cerca de trescientos mil hombres y unas ochocientas piezas de artilleria de las dos partes, se atacaron y com-

batieron con el mismo órden que se ve en un egercicio de fuego, sin mas diferencia que el haber balas de fusil y cañon que hacian claros en las filas; pero estos se cubrian al instante. La victoria sin embargo no se miró un instante como dudosa, y la guardia imperial no atacó. Los mariscales Soult y Ney, que estaban colocados detras, hicieron avanzar tropas á la primera línea, y viéndose apoyadas derrotaron en un instante al enemigo. Los franceses le persiguieron el espacio de seis leguas. Se hicieron cuarenta mil prisioneros, se tomaron veinte y cinco banderas, y 300 piezas de artillería, y hubo veinte mil muertos, á la cabeza de los cuales se debe colocar el ilustre duque de Brunswick. El príncipe Enrique de Prusia

fue peligrosamente herido: por lo que respeta á nosotros no perdimos ningun oficial señalado. La Rusia habia arrastrado en su desgracia á la Sajonia; y habiéndose hecho prisioneros trescientos oficiales sajoneses, les dijo el emperador que sentia verlos en el número de los prisioneros; que esperaba que el rey reconoceria bien pronto el daño que se hacia en separarse de la confederacion del Rhin; pero que para probarle que no renunciaba aun á su amistad, le enviaba sus prisioneros. Inmediatamente los dejó ir á su pais.

Napoleon se estableció en el palacio de Weimar, en donde la reina de Prusia se habia alojado algunos dias antes. El mariscal Soult llegó el 16 á Greussen, siguiendo el alcance de la coluna en donde

estaba el rey, que habia pedido un armisticio al emperador, y no lo habia conseguido. La coluna se componia de unos diez á doce mil hombres; el general Kalkreuth manifestó deseos de hablar al mariscal Soult, y este se presentó en las avanzadas. Entonces el general prusiano le dijo: «¿Que exigís de nosotros? El duque de Brunswick ha muerto, todos nuestros generales son muertos, heridos ó prisioneros, la mayor parte de nuestro egército ha sido dispersado, y vuestros progresos son demasiado grandes. El rey ha pedido la suspension de armas, y es imposible que vuestro emperador no la otorgue.—Señor general, le respondió el mariscal frances, hace mucho tiempo que se obra con nosotros de este modo. Cuando estais venci-

dos apelais á nuestra generosidad, y un instante despues olvidais la magnanimidad que acostumbramos á mostraros. Despues de la batalla de Austerlitz, el emperador concedió un armisticio que salvó al egército del emperador Alejandro. Ved cuan indignamente se portan con nosotros los rusos."

El viejo general Kalkreuth conoció que no tenia que responder, y habiéndose separado los generales, volvieron las hostilidades á seguirse, y fue tomada la ciudad de Greussen. El emperador recorria la Prusia triunfante; el mariscal Davoust entró el 25 en Berlin, y encontró en los arsenales 500 piezas de artilleria, muchísima pólvora y un gran número de fusiles. El emperador llegó el mismo dia á Potzdam; fue á visitar el pa-

lacio de Sans-Souci, permaneció algun tiempo en el cuarto del gran Federico, que encontró amueblado como estaba á la muerte de este príncipe, y bajó tambien al sepulcro de este hombre tan célebre (1), en donde se detuvo algun rato á considerar el término de la agitacion de la vida mas activa: al dejar esta fúnebre mansion tomó el camino de Berlin, é hizo su entrada á las tres de la tarde. El general, príncipe Hatzfeld, se presentó para acompañarle, en razon á haberle encargado el general Hullin del gobierno civil de la ciudad. El Emperador, que sabía que hacia trai-

1 Mr. Ponce ha pintado esta escena como un hombre de ingenio, y espone lo que podia haber ocurrido á Napoleon al considerar en lo que viene á parar la gloria de las armas. ¡Ah! él no tenia idea de lo que ocurriria á los que visitasen su tumba.

cion á los franceses, le dijo que no se pusiese en su presencia, que no necesitaba de sus servicios, y que se retirase á sus estados. Èl no creia que Bonaparte estuviese instruido de su conducta, permaneció en la ciudad, y fue arrestado y entregado al consejo de guerra. Su muger, hija del ministro Schullembourg, ignorante del motivo de la prision de su marido, fue á arrojarse á los pies del emperador; este la enteró de su conducta, y como su muger procurase justificarlo, el emperador le entregó una carta del príncipe en que estaba consignada su traicion. Esta muger al ver la letra de su marido, se vió próxima á desmayarse. Se hallaba en cinta de ocho meses; el emperador se enterneció á vista de su situacion y sus lágrimas, y

entregándola la carta la dijo: «Ahi teneis esta carta, arrojadla al fuego, y destruida esta pieza justificativa de su crimen, no puedo condenar á vuestro marido." Esta escena sucedió cerca de la chimenea; Madama Hatzfeld no se hizo de rogar, quemó la carta, é inmediatamente el príncipe de Neufchatel recibió la órden para devolverle su esposo.

Todo lo que cra clemente con los particulares, era inflexible para los soberanos. Noticioso de que la corte de Hesse-Cassel habia entrado en la coalicion de la Prusia, dió orden á su encargado de negocios para que declarase al príncipe, que consintiese en dejar ocupar el pais á nuestro egército, ò entraria á la fuerza y sería responsable de los males que acarrearia

la guerra á sus estados.

El mariscal Mortier no obtuvo respuesta satisfactoria; se apoderó de la Hesse, y publicó una proclama, que meditada al tiempo de las desgracias sufridas por Napoleon y su egército, prueba la necesidad de ser prudente y modesto en las victorias, cualquiera que sea la prosperidad de las armas; porque puede venir un tiempo en que se recuerden espresiones altivas y duras soportadas por la ley de la necesidad, y que no dejan de inspirar resentimientos que se manifiestan despues funestamente cuando la fortuna abandona á al que ha llegado una vez á creerse invencible. A pesar de esto es probable que entonces Napoleon desease la paz sinceramente.

Si se ha de creer un rumor va-

go que se difundió en aquel tiempo, Napoleon se enamoró de la reina de Prusia, á la que encontró en una derrota casi abandonada de los suyos. Napoleon la ofreció hacerla conducir á su marido, S.M. aceptó la oferta, y habiendo traslucido sus sentimientos por el camino, le hizo firmar el armisticio propuesto por el rey. ¿Pero un hombre como él sacrificaria á un amor loco y disparatado las grandes ventajas que le aseguraba la victoria de Jena? No hay nada que pueda apoyar ésta suposicion tan diametralmente opuesta al carácter del emperador Bonaparte, aunque su corte respirase cierta galanteria. Mas justo y mucho mas probable es creer que el aspecto de la devastacion que sigue á las mas señaladas victorias, se ofreció

á Bonaparte de un modo doloroso al atravesar la Alemania, en donde en lugar de la muchedumbre de soldados, del ruido de las armas, y de la artillería, del clamor de los heridos moribundos y de los gozosos gritos del vencedor, no encontró por todas partes sino el silencio horroroso de la muerte. Esto es sin duda lo que influyó en hacerle firmar el armisticio; pero casi al instante se estableció el sistema continental, sobre cuyas ventajas ó inconvenientes no soy bastante diplomático para poder juzgar. Por él se rompió toda relacion de comercio entre la Francia y la Inglaterra; todo ingles fue considerado enemigo, y todo puerto sometido á la influencia de la Gran Bretaña, fue puesto en estado de bloqueo.

Este sistema llevado hasta el último rigor, forzaba á los príncipes que no eran tributarios de la Francia á admitirlo en sus estados; y cualesquiera que sean las ventajas que ofreciese, no por eso dejó de atribuírsele la pérdida de nuestros egércitos envueltos en las nieves de la Rusia ó diezmados por la espada española. No hay duda de que puso á la Inglaterra próxima á su ruina; pero irritó su odio contra nosotros, y este la hizo encontrar recursos en su espíritu público esencialmente mercantil.

Varios manifiestos publicaron en Europa las intenciones de Napoleon Bonaparte, y muchos soberanos accedieron á ellas. El emperador comunicó desde su campo este decreto á la asamblea legislativa, en donde no encontró

oposicion ninguna. Ademas tenia otro proyecto que hacia necesaria su permanencia sobre el Vístula. Tal era el hacer de la Polonia una potencia independiente. Otro mas versado en política os esplicaria los motivos que impulsaban á Bonaparte para restituir á esta nacion su antigua independencia: él os diria que teníamos un grande interés en levantar este valuarte entre la Rusia y la Puerta Otomana, y reparar de este modo la falta cometida por el gabinete de Versalles en dejar hacer á Catalina la division de este pais. Pero en cuanto á mi me sería imposible seguir el dédalo de intrigas que el gabinete de S. Petersburgo puso entonces en accion para anonadar la única potencia que podia estorvar á la Rusia el apoderarse de la Europa.

Solamente os diré que habiendo sabido Bonaparte que el general ruso Michelson habia entrado en la Moldavia, tomado el fuerte de Bender por asalto y pasado á cuchillo la guarnicion, operó un movimiento asombroso marchando sobre el Vístula. El feld mariscal Kamenski supo que los rusos estaban derrotados, y que Napoleon avanzaba hácia la Polonia, é indignado de la retirada de las tropas las dió la órden de avanzar. Se queria impedir que los franceses pasasen el Narew, recobrasen á Praga y llegasen al Vístula; pero era ya tarde. Ochocientos franceses habian pasado este rio al tiempo que se celebraba una fiesta en el castillo de Siérock por la reunion de los generales de la Rusia. El emperador, que habia ocu-

pado á Varsovia, dejó esta ciudad el 23, y pasó el Narew: á las 9 se echó un puento en la confluencia del Narew y del Urka, y la division del general Morand se apoderó de los atrincheramientos enemigos. Algunas victorias particulares sostuvieron el honor de nuestras armas; el príncipe Gerónimo, hermano del emperador Bonaparte, tomó á Breslaw y á Brieg, é hicimos replegar los enemigos mas de cuarenta leguas. Despues de un mes de descanso mandó el emperador levantar los cuarteles de invierno; se puso en marcha, y el 1.º de Febrero encontró en Possenheim la vanguardia enemiga, que tomando la ofensiva se dirigió á Virtemberg. El gran duque de Berg la cargó á la cabeza de fueets colunas de caballeria, se apo-

deró de la ciudad, y los combates de Waterdorf, de Deppen y de Doff fueron los preludios de la grande batalla de Eylau. Al amanecer, la vanguardia francesa encontró á la retaguardia enemiga entre un bosque y el rio de este nombre; muchos regimientos de cazadores que lo defendian fueron cargados y hechos en parte prisioneros. El mariscal Soult mandó al 46 y 18 de línea que se apoderasen de la pequeña ciudad de Preussich Eylau: tres regimientos que la defendian fueron batidos, las tropas trabaron el combate en la misma ciudad, se batieron dentro de ella, y junto al cementerio, y vivaqueó en el campo de batalla. Al amanecer comenzó el ataque por un vivo cañoneo contra esta pequeña ciudad, y se trabó un com-

bate horroroso. Una nieve muy espesa que caia á este tiempo, no nos permitia reconocernos; y aunque no duró sino media hora, y el cielo se serenó bastante; las colunas se habian alejado algun tanto, y hacian dudoso el éxito de la accion. El gran duque de Berg fijó la victoria por una de las mas atrevidas maniobras. La matanza fue horrible; algunos batallones de la guardia atravesaron dos veces todo el egército enemigo, y con una carga tan brillante como ináudita derrotaron veinte mil hombres. Los enemigos tuvieron mucha pérdida; pero no podemos negar que tambien nosotros dejamos muchos miles de nuestros valientes compañeros. Es fácil de considerar el estrago que harian por una y otra parte 200 piezas de artilleria que

jugaron sin intermision durante doce horas. La victoria por fin se decidió por nuestra parte, y los enemigos se vieron precisados á retirarse mas allá de Pregel, dejando en nuestro poder 16 cañones y los heridos. El resultado de esta batalla fue el de retirarse los rusos á cien leguas del Vístula, en donde nuestras valientes tropas pudieron tomar los cuarteles de invierno.



Sexta velada.

Batalla de Friedland. El Niémen. Negocios de España. Batallas de Ratisbona, de Esling y de Wagram.

El rigor de la estacion precisaba á Bonaparte á permanecer en un estado de inaccion, de que sus enemigos se vanagloriaron; pero se desengañaron bien pronto al saber que habia empleado este tiempo en la formacion de los planes que le condujeron despues á la victoria. Me limitaré á seguir la relacion de las operaciones del egército grande, para la egecucion de estos planes, los cuales no impedian á nuestros generales conse-

guir en otros puntos de la Europa importantes ventajas.

El mariscal Lefevre hizo capitular á Dantzick; el príncipe Gerónimo estrechaba fuertemente el asedio de Neiss, y el mariscal Mortier contenia los suecos, á quienes el emperador Bonaparte miraba con cierta contemplacion, porque decia: «Si nos hiciesen mal, ellos lo llorarian; pero tambien nosotros desearíamos reparar el que les haríamos á ellos. El interés del estado prevalece tarde ó temprano sobre las particulares rencillas y las pasiones."

Asi, pues, el 18 se firmó una suspension de armas entre el mariscal Mortier y el baron de Essen, y el 12 trasladó Napoleon á Eylau su cuartel general. Los campos ya no estaban cubiertos de nieves ni

de yelo; la tierra habia recibido los despojos de los valientes que habian muerto allí; sus sepulcros estaban adornados de una nueva verdura, y presentaba por todas partes un aspecto risueño en este delicioso pais. Bonaparte deseaba respirar algunos dias; pero las noticias del egército ruso le precisaron á marchar. Dió órden de avanzar al gran duque de Berg, á los mariscales Ney, Lannes, Mortier, y el general Victor marchó en persona sobre Friedland, y el 14 se encontraron los egércitos. Desde los primeros cañonazos esclamó Napoleon: «Hoy es un dia feliz, pues es el aniversario de Marengo." Su presentimiento no le engañó. Ayudado valientemente por el mariscal Ney y sus compañeros de armas ganó una accion que costó la

vida á 15000 rusos, y les hizo perder 80 piezas de artilleria, y una gran parte de equipages. Esta jornada debe colocarse al lado de las de Marengo, Austerlitz y de Jena. El enemigo tenia muchas fuerzas, y opuso tambien mucho valor. La noticia de esta victoria hizo abandonar á Kœnisberg, en donde entró el mariscal Soult, y encontró una inmensidad de riquezas. No se puede evaluar la pérdida que sufrió nuestro adversario; todos sus almacenes, y mucha parte de sus municiones sobre una línea de 40 leguas, cayeron en poder de nuestro egército. El 9 entró Napoleon en Tilsit, ciudad de Prusia sobre el Niemen y á 25 leguas de Kœnisberg. Cuando la posteridad lea estas páginas de la historia, apenas creerá lo que os voy á referir, y

de que he sido testigo ocular. Con efecto ¿como persuadirse que aquel que fue siete años prisionero de los ingleses, y murió en su poder, es aquel mismo Napoleon á quien los dos soberanos mas poderosos de la Europa fueron á pedirle la paz y la conservacion de sus coronas? ¡De que espectáculo fue testigo el caudaloso Niemen!

El general Duroc fue á cumplimentar al emperador Alejandro; el general Kalkreuth fue presentado á Napoleon, el cual le detuvo una hora, y por una y otra parte se convino en una entrevista de los dos soberanos. El emperador de los franceses, acompañado de su estado mayor, se presentó á la orilla del Niémen, y entró en un barco que le condujo á una especie de balsa construida de vigas, y situada

en la mitad del rio, sobre la que se habian construido dos pabellones, uno para SS. MM. y otro para las comitivas. El emperador Alejandro se hizo conducir desde la otra orilla: entraron juntos en la sala que tenian preparada, y se abrazaron con todas las demostraciones de una verdadera amistad. ¿Cual de las dos era sincera entonces? Dios lo sabe, que es el único que escruta los corazones. Un pueblo numeroso se habia acumulado sobre las orillas del rio para ver esta asombrosa reunion. Permanecieron largo tiempo juntos los soberanos, sin que se pudiese oir lo que decian; y el resultado de esta conferencia fue que se celebraria un congreso en Tilsit; que se declararia neutra la ciudad, y que el emperador de Rusia, el rey de

Prusia y Napoleon se reunirian en ella para concluir una paz. La cordialidad perfecta, y una exacta igualdad presidieron á estas conferencias, en donde los intereses del norte de la Europa se debian balancear por los soberanos, lo cual hizo creer á todo el mundo su reconciliacion. Pero ¡ah! estas aparicncias de estimacion y de afecto recíproco no nos dieron sino una esperanza engañosa. Poco tiempo bastó para cambiarlas en un odio que pareció irreconciliable.

La paz fue concluida el 8 de Julio y el cambio de las ratificaciones se verificó á las nueve de la mañana. A las once el emperador con la banda de la gran cruz de San Andres fue á visitar al emperador Alejandro, que le recibió á la cabeza de su guardia, y llevan-

do tambien la grande condecoracion de la legion de honor. El emperador de los franceses preguntó por el soldado de la guardia imperial rusa que mas se habia distinguido; le fue presentado, y en testimonio de su aprecio por la guardia imperial rusa le dió una águila de oro de la legion de honor.

Los emperadores permanecieron juntos tres horas; montaron despues á caballo; fueron juntos á la orilla del Niémen, el emperador Alejandro se embarcó y Napoleon permaneció sobre la orilla hasta que S. M. rusa desembarcó en la otra. De este modo terminó aquel importante congreso, feliz si sus bases hubiesen llegado á ser mas sólidas. El 13 de Julio pasó Bonaparte revista al 4.º cuerpo del egército, é inmediatamente to-

mó el camino de sus estados.

La paz de Tilsit restituia la tranquilidad á la Europa: el emperador fue recibido por el camino con las demostraciones de una viva gratitud: llegó á Saint Cloud el 27 de Julio del año 1807, y alli le cumplimentaron todos los cuerpos del estado. Mr. de Lacepede tomó la palabra en nombre del senado, y en el discurso en que hizo una comparacion entre él y Carlo magno, le dijo entre otras cosas: « V. M. I. y R. á cuatrocientas leguas de distancia de la capital ha gobernado solo su vasto imperio, ha dado movimiento á todos los resortes de una estensa administracion, y ningun detalle ha escapado á la atencion de V. M."

¿Quien podrá describir lo que el emperador emprendió por la

prosperidad del estado y para el adorno de la Francia? El entusiasmo llegó á su colmo; tanta gloria y la paz con los felices resultados que podian prometerse de ella, elevaban al último grado la felicidad de la nacion.

Napoleon, á quien sus enemigos han tratado de ateo, restableció la fiesta de la dedicacion de la Francia á la Vírgen, que habia fundado Luis XIII, dió orden para que se celebrasen el 15 de Agosto en toda la estension del imperio; asistió á la iglesia de Nuestra Señora con el rey de Westfalia y los grandes de la corte, en medio de las aclamaciones del concurso. Este acto de religion dió al clero la esperanza de recobrar la consideracion debida, y los púlpitos resonaron en elogios de este

protector de la religion verdadera.
Este es el mismo hombre á quien se calumnió en su desgracia con injuriosas diatribas; pero no anticipemos estos dias tan amargos para él, y sigamos el hilo de los de su elevada prosperidad, cuyo asombroso grado aumentó su infortunio. Penetrado de afecto y estimacion á este hombre singular, hablo con demasiado sentimiento de las causas de su desgracia para entrar en pormenores acerca de su conducta con respecto al casamiento de su hermano el príncipe Gerónimo, á quien separó de una muger jóven, amable y virtuosa, á la que habia ofrecido fidelidad delante de Dios, y en manos de uno de sus ministros, para unirlo á su alteza Catalina de Wurtemberg. La firma del contrato y la ce-

remonia del casamiento que se verificaron en el palacio de las Tullerías, á donde habia sido conducida la princesa, fueron celebradas con fiestas públicas.

La corte partió á Fontainebleau; permaneció alli seis semanas: el emperador tomó despues el camino de Italia y reuniéndosele el rey y la reina de Baviera hizo su entrada en Venecia. Napoleon se ocupó todavía del engrandecimiento de su familia; la tranquilidad aparente que disfrutaba le autorizaba á ello; pero esta tranquilidad engañosa desapareció bien pronto por los manejos de Inglaterra. Hacia mucho tiempo que el Portugal tenia descontenta la Francia por favorecer el comercio británico, y no querer acceder á la alianza con los otros soberanos para cer-

rar sus puertos á los buques ingleses. El emperador declaró á le legacion portuguesa que quedaba roto todo tratado entre este pais y la Francia. El general Junot avanzó al Portugal; la corte temerosa se refugió al Brasil, y las tropas francesas se apoderaron al instante del reino. Como nadie preveia lo funesto que nos debia ser la invasion de la Península, hizo poca impresion en París este acaecimiento cuyas resultas habian de ser de tanta trascendencia, , y las succedieron las fiestas en aquella capital. La señorita Tascher, parienta muy cercana de la emperatriz, fue adoptada por el emperador, y se casó con el príncipe de Aramberg el primer dia de Febrero del año 1808. . . . .

Despues de tan largas desgra-

cias necesitaba la Francia cicatrizar sus llagas dolorosas. Convencido de que solo lo podia hacer la religion, llamó y reunió los restos esparcidos de las hijas de San Vicente de Paul; las confió los establecimientos de caridad; y el pueblo volvió á ver con indecible gusto estas vírgenes virtuosas, que se separan de la pompa y de la sociedad para servir á Dios y á ella con una tierna solicitud en favor del infortunio. Por otra parte conociendo la influencia que tiene la instruccion pública en la felicidad de la nacion, restituyó á la Francia y su capital la universidad á que debia tan brillantes progresos. Finalmente despues de haber asombrado al mundo con la rapidez de sus conquistas, se presentó á él con el carácter consolador de

un sabio, que no emplea su poder sino en asegurar el bienestar y la dicha de los pueblos que gobierna. Pero en medio de tantos esfuerzos para ilustrar su reino, y hacer la felicidad de la Francia, el pernicioso sistema de no calcular las dificultades y creer asequible todo cuanto era sebo de su ambicion, acarreó su pérdida y nuestras lamentables desgracias.

Lejos de respetar la alianza íntima que tenia con la corte de España, hizo trasladar á Francia la familia reinante; se apoderó de sus estados, y la retuvo prisionera. Ni estos príncipes podian renunciar sus derechos legítimos, ni el amor de sus pueblos podia sufrir un ultrage hecho á su nacional dignidad. Se conquistaron pues ciudades, porque con cañones y bom-

bas no hay plazas que resistan; pero los habitantes se retiraban á los montes, hacian una guerra popular y estragosa, y preferian morir de hambre ó ser víctimas del furor de las tropas invasoras, al cultivar pacíficamente los campos para alimentar sus enemigos. Asi una lucha sangrienta y continua; el hambre y la mas horrorosa miseria devastaron en el discurso de seis años aquel bello pais sin la menor utilidad de los franceses, que perdieron casi enteramente las tropas que enviaron. Napoleon conoció demasiado tarde cuan funesta era para la Francia esta temeraria tentativa; no queria que le hablasen de ella; y sus ministros no atrevian presentarle á la firma nada que tuviese relacion con el egército de España; en términos que

fueron pocas las recompensas que sus individuos alcanzaron en él. Apartemos los ojos del teatro de esta guerra desastrosa, como los apartó el que habia calculado tan mal al provocarla, y volvámoslos hácia el emperador mas feliz en Italia.

En el tiempo de las desavenencias entre las familias de Lancastre y Yorck, habia en Inglaterra un ministro á quien llamaban el distribuidor de coronas, nombre que con mas justa razon se le hubiera podido dar á Napoleon Bonaparte. Este habia hecho rey de España á su hermano José, despues de haberle quitado el trono de Nápoles para darlo á su hermano político el príncipe Murat; presente fatal que preparaba á su posesor una catástrofe no menos

espantosa que la que sufrió su mismo donatario. Al menos Murat pereció de otro modo; pero nuestro héroe cual nuevo Prometheo encadenado á una desierta roca fue devorado lentamente por un buitre insaciable: el aislamiento, la tristeza y la inaccion. Mas en el momento en que disponia de los tronos por su poderosa voluntad, todo parecia concurrir á facilitar sus designios.

Para dar la última mano á la consumacion de sus proyectos, atravesó nuevamente una parte de la Alemania, y se dirigió á Erfurt, á donde llegó el 27 de Setiembre del año 1808. Dos horas despues montó á caballo, y fue á recibir al emperador Alejandro que venia de Weymar con el gran duque Constantino. Los dos emperado-

res permanecieron en esta ciudad hasta el dia 14 de Octubre, y emplearon este tiempo en conferencias, en que el emperador Alejandro con sinceridad ó sin ella, se mostró dispuesto á seguir el plan de su hermano el emperador Napoleon.

Hácia principios del año 1809, creyó Napoleon ver alguna irregularidad en la conducta del emperador de Alemania. Para ponerse al abrigo de una sorpresa, se constituyó en Strasburgo, y de este modo se acercó á sus egércitos, á los cuales le hizo reunir un rompimiento ofensivo del Austria. La agresion de esta potencia se supo en Francia al mismo tiempo que la batalla de Ratisbona, en la cual consiguió una victoria casi tan lisongera como la de los campos de

Jena. De este modo comenzó la campaña, en la que despues de batir los egércitos austriacos tantas veces cuantas los atacó, llegó á Viena el 12 de Junio del mismo año. Este hombre, á quien los numerosos egércitos y las combinaciones humanas no podian vencer, peligró que le venciesen los elementos. En Essling, en donde sus sabias disposiciones le daban la certidumbre casi de apoderarse del egército enemigo; no solamente este escapó de sus manos en el momento en que sus gefes habian perdido las esperanzas; sino que las tropas vencedoras y el mismo vencedor, se vieron á pique de ser esterminados. Las aguas del Danubio apacibles hasta alli, aumentaron repentinamente y con una violencia de que no es fácil for-

mar concepto. Todos los puentes de este rio caudaloso fueron arrebatados por la corriente, y el emperador Napoleon con una parte de su egército se vió momentáneamente reducido á una inaccion total, que destruyó el conjunto de sus operaciones.

Apenas se habian restablecido los puentes, cuando el mariscal duque de Montebello se adelantó á reconocer una posicion enemiga, y este rasgo de valor fue el último del intrépido Lannes, á quien una bala de cañon se le llevó una pierna. Al instante se anunció á Napoleon la noticia, éste corrió á ver á su compañero de armas, á quien se creia ya muerto; pero reuniendo sus fuerzas á la vista del emperador, se arrojó á su cuello y le dijo lo siguiente:

«Dentro de una hora habreis perdido al que muere con la gloria de haber sido vuestro mejor amigo.” El emperador sintió esta pérdida irreparable, por que un amigo fiel es un tesoro siempre, pero mucho mas para los soberanos que lo poseen rara vez.

La batalla de Wagram, que tuvo lugar poco despues, templó la amargura de este triste accidente. La estrella de Napoleon aun no parecia eclipsarse, y sus enemigos mismos le llamaban el grande vencedor de las batallas. Ya se creia anonadada la casa de Austria, cuando improvisamente se oyó hablar de un armisticio, al que siguió la paz. Este arreglo era á la verdad muy pronto y tambien inesperado; pero su conclusion se atribuia á la existencia de un artículo secreto

del tratado. Cada uno hizo sus conjeturas, y el artículo si realmente existió, permaneció algun tiempo despues envuelto entre las sombras de un secreto profundo.



Séptima velada.

Divorcio. Segundo casamiento. Nacimiento del rey de Roma. Entrada en Rusia.

Hemos llegado á la ocasion de la escandalosa conducta que Napoleon observó con el Papa, y que le ha hecho mirar por las gentes piadosas como un perseguidor de la Santa Iglesia y de su respetable gefe. Quisiera poder arrancar de la historia del hombre cuyos talentos admiramos, todas las páginas que perjudican á su buena opinion; pero no puedo hacerlo sin faltar á la imparcialidad que os tengo prometida.

El emperador se supuso quejo-

so del Papa como soberano temporal, é intentó apoderarse de sus estados, lo que no fue difícil teniendo en Italia poderosos egércitos. No contento con esto, dió la órden de apoderarse del mismo Soberano Pontífice; le hizo trasladar á Verona, y de alii á Fontainebleau, en donde permaneció hasta que entraron las tropas aliadas en Francia. Unos atentados semejantes no podian dejar de tener funestas consecuencias.

Casi todos los pasos del emperador le hacian perder un considerable número de amigos; Josefina tenia muchos, por razones ventajosas á ella que me serian fáciles de esplicar; pero no quiero entrar en detalles de esta especie que me alejarian de mi obgeto. Solamente diré que Bonaparte, cuyo orgullo

y ambicion habian llegado á ser estremados, concibió el proyecto de enlazarse á una grande princesa, y sacrificó á esta quimera todas las ventajas que le aseguraban sus victorias.

Con este fin ofreció al emperador de Austria restituirle sus estados, y eximirle del pago de ciento y cincuenta millones que debia pagar de contribucion á la Francia, si le concedia en casamiento á su propia hija la archiduquesa María Luisa. Para esto era preciso decidir á Josefina á romper unos vínculos tan sagrados. No obstante, como ella tenia un carácter tan estremadamente dócil y amaba tiernamente á sus hijos; no atreviendo oponerse á los planes del emperador por temor de entibiar el interes que tomaba por

ellos: consintió en el divorcio, aunque con mucho sentimiento y aun á costa de lágrimas. «¿Como, decia ella á una persona de su corte, despues de tantos años de una union tierna y afectuosa venir á ser para él una muger estraña! No puedo acostumbrarme á semejante idea." Napoleon que por su parte la estimaba mas de lo que queria demostrar, declaró altamente que no podia sino alabar la conducta de la que habia tenido tanto tiempo el título de su esposa y emperatriz.

Obtenido este consentimiento, reunió el emperador á toda su familia, en la que no dejaron de figurar el príncipe Eugenio y la reina Hortensia, é hizo leer en presencia de ella el Senatus Consultus de la disolucion del casamiento,

cuya principal razon era que importaba á la salud del estado que Napoleon dejase herederos directos, lo que la emperatriz Josefina no prometia ya. Esta princesa conservó el título de emperatriz coronada, un millon de renta, la Malmaison y la hermosa posesion de Navarra cerca de Evreux. Su falta se sintió en la corte de Napoleon, en la que tenia mucho séquito por la afabilidad de sus modales y generosidad. Al emperador se le acusó de ingratitud, y se llegó á decir que apartando á Josefina, renunciaba á la influencia que tenia esta en su felicidad. Desgraciadamente los resultados acreditaron esta opinion por poco fundada que pareciese entonces.

Inmediatamente despues del divorcio partió el príncipe de Neuf-

chatel á Viena, y el 3 de Marzo obtuvo una audiencia pública del emperador y de la emperatriz, á quienes intimó su peticion despues de entregar las cartas credenciales. El emperador mostró un interes muy vivo, y manifestó la alta satisfaccion que le cabia de que una mision tan importante y tan feliz para dos potencias poderosas y hechas para estimarse, hubiese sido confiada á una persona cuyo valor y sabiduría distinguian á la par. El 6 de Mayo hubo un banquete en la habitacion de la emperatriz, al que fueron convidados todos los archiduques y príncipes de la familia imperial y el príncipe de Neufchatel.

En otra segunda audiencia fue presentado el embajador al emperador Francisco II y á su augusta

princesa, y tuvo el honor de poner en manos de la última una carta de Napoleon, y su retrato guarnecido de ricos diamantes (1).

María Luisa que habia accedido formalmente á la peticion, que como mayor de edad se le habia dirigido, se lo hizo en el acto poner al pecho: en seguida el emperador conducido por el maestro de ceremonias y acompañado de su corte, pasó á la audiencia de S. M. la emperatriz, y desde alli á la habitacion preparada al efecto por el archiduque Carlos, á quien el embajador comunicó el deseo de S. M. el emperador Napoleon de que su alteza imperial representase su persona en la ce-

1 Este retrato estaba guarnecido de diez y seis brillantes evaluados en treinta mil francos cada uno.

remonia, lo que prometió el archiduque despues de haber examinado y reconocido los poderes.

La ceremonia del casamiento por poderes se verificó el 11 en la capilla de los Agustinos y en presencia de la corte. Alli se ostentaron las magníficas tapicerias de Gobelins, las cuales eran parte de los regalos que habia hecho Napoleon á la emperatriz de Alemania. Por la noche hubo iluminacion general, y fue una de las mas hermosas que se han visto en la corte de Alemania.

He entrado en estos detalles para hacer ver la consideracion con que los alemanes tan envanecidos de su nobleza y tan celosos de su dignidad, trataron al embajador de Napoleon. Los miramientos y distinciones que mereció este prin-

cipe igualarán cuando menos á los que obtuvo Mr. de Choiseul de María Teresa de Austria, cuando pidió la mano de María Antonia para Luis XVI. Este es el mismo príncipe de Neufchatel que pereció tan desgraciadamente en Alemania, y este el mismo Napoleon cuyo cadáver yace bajo la tumba que tenemos delante.

Las fiestas del casamiento fueron magníficas en Francia. El séquito del acompañamiento á la entrada de la emperatriz fue aumentado y embellecido por el concurso numeroso del pueblo que se apiñaba para verla; pero nada igualó la suntuosidad del adorno de la capilla que se habia dispuesto en el salon del Loure, en donde se enseñan las pinturas. Alli es donde los esposos se habian de jurar una

fidelidad mútua: el altar cubierto todo de plata maciza sobredorada, estaba enriquecido de alhajas de muchísimo precio, los vasos sagrados eran de oro y de obra esquisita, y finalmente el trage de la emperatriz era de gasa de plata bordado de piedras preciosas. El cardenal Fesch, tio del emperador, y su capellan mayor, dió la bendicion nupcial á los ilustres esposos en presencia de toda la familia imperial, del cuerpo diplomático, de los príncipes de la confederacion del Rhin, de todos los grandes del estado y de todas las autoridades constituidas.

A las 6 de la tarde hubo un banquete, al que asistió toda la familia imperial y los grandes oficiales de la corona. María Luisa, princesa naturalmente piadosa y cari-

tativa, procuró atraer sobre su union la bendicion del cielo dispensando beneficios á las clases menesterosas y afligidas. Se pagaron todos los meses de leche que se debian á las nodrizas desde el mes de Marzo hasta el dia de su casamiento: aceptó la presidencia de la sociedad maternal, y depositó en su caja una suma cuantiosa. Se dió la libertad á un grande número de presos insolventes por deudas y faltas leves. Se casaron seis mil valientes del egército con otras tantas doncellas pobres y virtuosas. En París se contaron sesenta á quienes se dió el dote de mil doscientos francos, y los restantes en las provincias con el dote de seiscientos. Entre los particulares obsequios que se hicieron á

S. M. sobresalió el de la princesa Borghese en Neuilly.

Tanta fiesta, tanta pompa, placeres y espectáculos terminaron por desgracia con una escena harto triste y dolorosa. Del mismo modo que en las fiestas del casamiento de nuestra augusta y desgraciada reina María Antonia, pereció un grande número del concurso; asi tambien el incendio de la sala de baile de la casa del príncipe Schwartzenberg, embajador de Austria, causó una viva sensacion á la emperatriz por la muerte de la princesa Paulina, hermana política del embajador, que pereció en medio de las llamas, á las que se arrojó en busca de su hija que creia envuelta en ellas. La pérdida de esta princesa, madre

de ocho hijos y en cinta de cuatro meses, fue sentida generalmente de todos. Otras veinte señoras sufrieron heridas de mas ó menos gravedad. El emperador libertó á su muger en sus brazos, y despues de dejarla en el coche volvió á casa del embajador, que encontró afligidísimo, y no se retiró hasta las tres de la mañana. Este triste accidente dió fin á las fiestas del casamiento, con tanta mas razon cuanto que la emperatriz declaró abiertamente que no asistiria á ninguna.

El resto del año 1810 discurrió sin otro suceso memorable que la reunion de la Holanda á la Francia. El emperador queria obligar á su hermano Luis, que habia colocado sobre el trono de Holanda, á romper toda relacion comercial

entre sus estados y la Inglaterra. El rey comprometido entre el reconocimiento que debia á su hermano y los intereses de su pueblo, y no queriendo faltar á uno ni á otro, abdicó en su hijo y nombró regenta la reina Hortensia. El emperador que gustaba partir por el medio, reunió los dos estados. Los holandeses echaron menos á su rey é independencia; pero se consolaron con la eleccion que hizo Napoleon del príncipe Lebrun, gran tesorero del imperio, para lugar-teniente general de las provincias unidas. Este hombre estimable, cuyo mérito estaba unido al de una incorruptible probidad y unas costumbres puras, ha atravesado la impetuosa corriente de la revolucion sin perder la estimacion y el aprecio de sus con-

ciudadanos, que le han dado casi siempre un rango distinguido en todos los gobiernos. Derecho en medio de las borrascosas tempestades, ofrece un irrecusable testimonio de que la verdadera virtud prevalece sobre las circunstancias, y de que el hombre de bien lo es siempre cualquiera que sea el puesto y elevacion que ocupe.

Este penúltimo año de la felicidad del héroe se pasó en viajar, cuyo obgeto político no tuvo el deseado éxito. Napoleon con pretesto de inspeccionar sus tropas sobre el Vístula, partió en el mes de Mayo con la emperatriz para Dresde, y le procuró á su augusta esposa el placer de pasar algunos dias en compañía de su padre, que fue á buscarla á esta ciudad. Todo el tiempo que SS. MM.

permanecieron en Sajonia, María Luisa se colocaba en mesa en medio de su esposo y de su padre. Entre los dos monarcas reinaba la mayor cordialidad, y no fue menester sino poco mas de un año para romper bajo un vano pretesto esta buena armonía tan preciosa para las dos naciones. María Luisa volvió á Francia, y poco despues Napoleon. El amor que este profesaba á su virtuosa consorte, se aumentó con la certidumbre de que estaba en vísperas de ser madre, y su embarazo se anunció en el mes de Noviembre.

El invierno de este año hubo grandes inquietudes y agitaciones. Las comunicaciones con los soberanos aliados eran cada dia menos francas: y parecia que la fortuna que iba á abandonar al

que habia sido hasta alli su favorito, retardaba su desgracia hasta que se hubiese dado la última mano á la obra que debia completar su caida. Herido no solo en sus intereses políticos, sino tambien como padre y esposo, lo elevó al colmo de su felicidad para hacer mas sensible su caida. Asi gustó toda la dulzura de estos tiernos sentimientos, y su privacion fue mas amarga y dolorosa.

María Luisa habia pasado los últimos meses de su embarazo en diferentes casas de recreo; volvió á París poco tiempo antes de su parto, y se paseaba por el terraplen próximo á la orilla del Sena. La muchedumbre se apiñaba por verla. S. M. tenia un andar magestuoso, y lejos de que su estado dismi-

nuyese la nobleza de su parte, parecia aumentarla.

Ya se esperaba con impaciencia la succesion que daria á la Francia, y ciento y un cañonazos debian anunciar si era varon. El 19 de Marzo 1811 á las 9 de la noche, sintió la emperatriz sus primeros dolores: se llamó al instante á Dubois, designado para su comadron, y todos los príncipes y princesas de la familia, y las primeras autoridades del estado pasaron la noche en la habitacion de la emperatriz.

A las 6 de la mañana se espuso al Señor Sacramentado en la iglesia de nuestra Señora y en todos los templos de la capital, y la muchedumbre concurrió á ellos con un afan piadoso á implorar la misericordia Divina en favor de esta

princesa, cuyo estado no dejaba de ser alarmante. El emperador no se apartó un momento; templó la amargura de sus dolores con sus tiernos cuidados, y á las 9 de la mañana dió á luz un niño que fue proclamado rey de Roma. Una muchedumbre numerosa acudia á las orillas y puentes del Sena para oir mas distintamente la señal tan vivamente deseada. ¿Quien hubiera dicho entonces?.... Las musas á porfia celebraron su nacimiento, y sus versos respiraban el anuncio de un glorioso porvenir.

Este anuncio mirado entonces como sublime, fue desmentido por los acaecimientos posteriores. Ya el sistema continental esperimentaba muchas dificultades, y ya hacia el Czar infracciones ocultas á á los tratados de alianza. El empe-

rador concibió el osado proyecto de llevar la guerra al centro de la Rusia, apoderarse de San Petersburgo, y forzar á Alejandro á romper enteramente con la Inglaterra. Se hablaba de un armamento formidable: cada cual preguntaba el obgeto de él. ¿A donde va á llevar sus armas cuando el mundo está en paz? ¿No ha ganado bastantes batallas? ¿Los laureles que ciñen su frente no están bastante teñidos de la sangre francesa? El emperador entre tanto los dejaba en el error de que se dirigia á la Persia este egército compuesto de quinientos mil hombres, que por ella se queria abrir el camino de la India, y cual otro Alejandro ir á beber las aguas del caudaloso Ganges. Tan entusiasmada tenia la gente que le creian capaz de reali-

zar este proyecto. Los preparativos eran bastante largos, y era preciso precaver los escesivos frios de estos paises; pero cuando iba á ponerse en egecucion este plan, se supo que por una traicion digna del último suplicio, un oficial de la secretaría de la guerra comunicó los planes á las potencias interesadas. Con este motivo se vió obligado el emperador á cambiarlos enteramente, y en vez de partir en el mes de Marzo se ocasionó un retardo de cerca de tres meses. El egército de cuatrocientos mil hombres con mil doscientas piezas de artillería, sin contar los ausiliares, se encontraron el 22 de Junio en Kenigsberg.

El emperador pasó el Niémen. El 26 y el 27 una diputacion de los principales habitantes de Wilna le

entregó las llaves de la ciudad. Todos huian delante del egército frances; pero lo que era ciertamente sospechoso era que talaban, quemaban y destruian antes todos los recursos que ofrecia el pais. En fin, el 10 de Setiembre dió el emperador á los rusos una de las mas sangrientas batallas, en la que obtuvo la victoria.



Octava velada.

Desastre de Moscou. Victorias de Lutzen y de Vachau. Suceso de Leipsick.

La estacion se adelantaba ya; muchos generales franceses instaron á Napoleon para que estableciese el cuartel general en Wilna; pasase allí el invierno, y no introdugese la guerra en la Rusia hasta que cesaren los rigores del clima. Para apoyar mejor este dictámen, sugerido por la prudencia, le hicieron ver que era demasiado tarde para ir á San Petersburgo, y el emperador convino en ello: pero decidió el ir á Moscou. El 14 de Setiembre del año 1812 llegó á las puertas de esta ciudad, en don-

de esperaba descansar el egército de las fatigas de un viage tan largo. ¿Pero como espresar el horror de su entrada? Los rusos prefirieron la ruina de sus habitaciones á la desgracia de ofrecer al vencedor un retiro seguro; incendiaron esta grande y hermosa ciudad; los franceses entraron en ella al resplandor de las llamas que la abrasaban, é inútilmente intentaron oponerse á los progresos del incendio. Edificada de madera y cubierta casi toda de estuco, ofreció un pábulo demasiado facil á la devoradora llama, para que se pudiera sofocar y estinguir. El emperador que se habia alojado en el Kremlin con su estado mayor, no se encontró seguro, y se trasladó al castillo de Peters-Koé fuera de la ciudad.

Mientras que Napoleon y su egército procuraban tomar algun descanso á 600 leguas de la Francia, la intriga que no reposa nunca urdió una de las mas osadas conspiraciones. Mallet, Lahorie y Gendal difundieron la noticia de la muerte del emperador y de la defeccion del egército, y estraviaron algunos soldados, que á beneficio de una órden supuesta del mismo emperador acometieron la casa del duque de Rovigo, ministro de policía, y le condugeron á la cárcel. Ya iban á hacer otro tanto con el prefecto: despues querian arrojarse á la casa del conde de Hullin, al que querian tambien encarcelar, y de alli á Saint Cloud y á Meudon para prender á Maria Luisa y á su hijo; pero la entereza y presencia de ánimo del comandan-

te de la plaza desbarataron el complot. En el instante que llegó á su noticia, montó á caballo, con un gefe del estado mayor, se constituyeron ambos en los cuarteles, desengañaron á las tropas, y con una firmeza egemplar consiguieron restablecer el órden. Los conspiradores fueron entregados á un consejo de guerra que los condenó á muerte, y al dia siguiente se fusilaron en el llano de Grenelle. Este fue el resultado de los tenebrosos esfuerzos de los enemigos; pero lo que ellos no pudieron verificar lo hicieron los elementos en Moscovia.

Era muy de temer que el egército no pudiese subsistir en un pais en donde los inviernos son tan peligrosos á hombres de unos climas templados; pero engañado el em-

perador por la moderada temperatura que reinó hasta el 7 de Octubre, no pensó en retirarse. Por fin se decide á dejar á Moscou; se da la orden, y el egército avanzaba á grandes jornadas á la Polonia. Pero la noche del 14 al 15 bajó el termómetro á 18 grados bajo hielo; los caminos se cubrieron de un verglas (1) que no permitia adelantar, y los caballos perecian á millares. Fue preciso abandonar los carros con los víveres y municiones que llevaban: y nuestro egército victorioso y bien abastecido el 14, estaba reducido á la última estremidad el dia 16. Sin caballería, sin trasportes, sin artillería, obliga-

1 Nombre propio, que quiere decir vidrio helado. Llaman asi á una especie de lluvia helada de mucha consistencia, que no permite andar.

do á la fuga para no esponerse á una batalla que debia perderse por precision, pues que no podia tirar un cañonazo, tuvo que atravesar desiertos cubiertos de hielo sin encontrar agua para apagar la ardiente sed de que se veia devorado; mientras que para colmo del infortunio se hallaba transido de frio, y no podia encender fuegos que hubiesen descubierto su marcha á los inexorables cosacos. Estos aventureros regimentados, despues de despojar los prisioneros, los llevaban casi desnudos á su campo, en donde los hacian sufrir todos los males imaginables. El emperador asombrado de un desastre tan horroroso no se llegó á abatir. Marchaba frecuentemente á pie en medio de sus compañeros de armas. Los generales y ofi-

ciales de toda graduacion formaron espontáneamente un batallon que llamaron sagrado; hicieron el servicio de simples soldados y le acompañaron y escoltaron durante aquella marcha. ¿Pero que podian hacer contra aquella intemperie? Napoleon soportó esta horrible fatiga, y despues de 50 dias de la marcha mas penosa, el egército, ó mas bien los restos de infortunados de este egército, antes tan lucido y formidable, llegó el 30 de Octubre á Pilnitz, y alli se estableció el cuartel general bajo las órdenes del príncipe Eugenio.

El emperador llegó casi al mismo tiempo á París, en donde á pesar de esta catástrofe horrorosa fue recibido con entusiasmo; y parecia aun que los habitantes de la

capital hubiesen querido consolarle de este primer reves.

El senado puso aun á su disposicion trecientos cincuenta mil hombres el dia 10 de Enero, y ciento ochenta mil el 3 de Abril.

Los que habian creido á Napoleon el favorito de la fortuna, y al abrigo de los reveses, se apresuraron á aprovecharse de la desgracia de Moscou. La Prusia declaró la guerra, y hubiera sido de desear que el Austria, la Sajonia y los demas aliados les hubiesen imitado tambien, porque los enemigos declarados son menos peligrosos que los amigos pérfidos. Bonaparte confiado en su padre político y contando con el reconocimiento de los reyes de Sajonia, Baviera y Wurtemberg que les debian sus coronas, rehusó las condiciones de

una paz que no era ventajosa á la Francia.

Asi es que abrió la campaña del año 1813 con imponentes y numerosas fuerzas. Antes de salir de París hizo reconocer á María Luisa por regenta del reino, y mandó la coronacion del llamado rey de Roma que no se dieron prisa en efectuar. La Rusia y sus egércitos no creian que los franceses hubiesen reparado las pérdidas de la retirada de Moscou. La Prusia habia organizado un alzamiento en masa, cada posicion se defendia á palmos; una batalla general que se dió el 19 de Mayo en los campos de Lutzen hizo conocer á los aliados lo que debian temer de nuestras armas, y segun su política astuta pidieron y obtuvieron un armisticio de la generosidad de Bo-

naparte. El término de él era el 20 de Julio, cuyo tiempo se debia emplear en el ajuste de la paz; pero al emperador le parecieron humillantes las proposiciones que le hicieron los aliados, las rehusó y las hostilidades se rompieron de nuevo.

En la batalla de Wachau triunfaron aun nuestras águilas de los obstáculos, y lucharon contra los mismos que debian sostenerlas. El Austria, la Suecia, la Baviera y Mecklenbourgo, de aliadas se hicieron enemigas; y para llenar los vacios que hacia en las filas esta grande defeccion se vió precisado el emperador á hacer levas continuas. Las esposas y las madres privadas de los obgetos de su ternura, le miraban con aversion, le acusaban altamente de los males

que afligian á la Francia, y suspiraban por la paz que debia restituirlas sus esposos é hijos. Nosotros quedamos dueños del campo de batalla en Wachau, é impediamos el paso de Partha al egército de Silesia; pero en el momento en que se declaró por nosotros la victoria, se pasaron al enemigo los egércitos de Sajonia y Wurtemberg. Esta traicion no solo abrió el paso que guardaban nuestros aliados, sino que estos volvieron tambien contra nosotros sus 40 cañones. El enemigo pasó el Partha y se acercó á media legua de Leipsick; mas el emperador tomó el pueblo inmediato, y le hizo retirar muchas leguas. Bien queria Napoleon seguir el alcance y presentarle la batalla; pero dos generales de artillería le obgeta-

ron que carecian de municiones, y que era indispensable replegarse á Magdebourgo, en donde se podria abastecer. No hubo mas remedio que el de adoptar este partido; pero tampoco era facil de lograr el intento porque desde Leipsick á Lindenau habia un desfiladero de dos leguas atravesado por cinco ó seis puentes. Entonces se le propuso al emperador ocupar á Leipsick por seis mil hombres y quemar los arrabales; mas este no pudo resolverse á pesar de la ingratitud del rey de Sajonia, y pareció que el cielo le recompensó este acto de humanidad. Casi todo el egército habia ya pasado, y habia dado la orden de volar el gran puente entre Leipsick y Lindenau cuando hubiese pasado todo el egército y bagage. Desgraciada-

mente el oficial encargado de la egecucion de esta órden creyó que algunos cañonazos que se oyeron en la vanguardia eran la señal para volar el puente, y lo verificó asi. De este modo nuestro egército se vió separado de su propia retaguardia; para colmo de infortunio se figuró esta que el enemigo se habia hecho dueño del puente, y trató de libertarse de él con la fuga. El duque de Tarento pasó el rio á nado, y el príncipe Poniatowski queriendo hacer lo mismo perdió la vida en las aguas del Elster. Asi se perdió el fruto de tantas fatigas y trabajos; el emperador que se veia arrancar sus laureles, se lastimó de la pérdida de tantos bizarros, cuya sangre habia corrido inútilmente en aquella campaña. ¿Creeria por ventura que

tantas y tan crueles desgracias serían un solo preludio de las que le esperaban en el año siguiente?

Nona velada.

Primera invasion. Bonaparte en la isla de Elba. Suceso del 20 de Marzo.

Despues de este desastre volvió Napoleon á Paris y fue bien recibido aun. No obstante, el entusiasmo se iba debilitando ya; y Bonaparte hubiera podido preveer sus próximas desgracias si algunos pérfidos cortesanos no le hubieran ocultado con esmero la tendencia del espiritu público. Los franceses cansados de 23 años de guerra, cayeron en el desaliento desde el instante en que el amor propio nacional dejó de ser lisongeado con la victoria. El empera-

dor en el momento de partir habia recomendado su esposa y su hijo al estado mayor de la guardia nacional, se separó de estos objetos de su ternura, que no habia de volver á ver mas, y salió de Paris el 14 de Enero de 1814 para oponerse á las tropas estrangeras, cuyas avanzadas se dejaban ver en Saint Dizier.

La facilidad con que los aliados penetraron en Francia se debe atribuir en parte á las mugeres que intrigaron para hacer abrir las puertas de las ciudades. Un accidente raro hizo presentir á un oficial prusiano lo poco que costaria la conquista de la Francia, y ciertamente no se engañó en su cálculo; pues la fortuna habia ya abandonado al hijo de la victoria. La guerra se encendió en todos

los puntos de las fronteras de la Francia, y los pueblos inmediatos á nuestra capital que desde el tiempo de la liga no habian visto los enemigos delante de sus muros, esperimentaron todos los horrores de la guerra. El egército ruso iba precedido de esas hordas de bárbaros, cuya larga lanza, original trage, y cútis atizado, hacen miedo todavia á las mugeres y los niños. Los cosacos de nuestros dias, descendientes de los Scitas, venian como sus antepasados en los egércitos antiguos para difundir por todas partes la muerte y el saqueo; inundaban nuestras provincias, y se señalaban por do quiera con una indisciplina desenfrenada. Bonaparte no podia oir los horrores que cometian sin encenderse en cólera; seguido de su

fiel y valiente guardia mostraba por donde iba aquel pujante brazo que habia vencido en treinta batallas á los egércitos aliados; pero hombres que le debian toda su elevacion entregaron nuestras plazas fronterizas; otros mas traidores y maquiavélicos fingian prepararse á una vigorosa defensa, y cooperaban ocultamente á la entrada de los enemigos en Paris, y el héroe se encontraba muy lejos de la capital para hacer frente á sus diestras maquinaciones. Sin embargo habia meditado y emprendido la egecucion de un plan que si hubiera logrado realizarlo, hubiera hecho perecer al egército enemigo, segun aseguran hombres mas instruidos que yo en el arte de la guerra; porque hubiera cortado sus municiones. Paris es-

taba dispuesto á defenderse; un combate cerca de las puertas de la ciudad que habia costado doce mil hombres á las tropas aliadas habia reanimado el valor de los sitiados, cuando se supo al amanecer que por un tratado concluido durante aquella noche se habia entregado la plaza. Quince horas despues el egército aliado se hubiera retirado vencido ó quedado prisionero de guerra. No se puede negar que la debilidad de la regenta (debilidad muy escusable en una muger rodeada como ella de gentes adheridas á los enemigos de su esposo) y la pusilanimidad inconcebible del principe José, fuesen causa de esta resolucion; pues ambos habian dejado la capital que habian jurado defender.

Maria Luisa, engañada por los

que dirigian su conducta, creia (ó cuando menos se afirma asi) que iria á buscar á Napoleon y entregarle su hijo; pero la fue preciso ceder á la terrible ley de la necesidad, y fue á reunirse á su padre convertido ya en enemigo del que habia reconocido por su yerno.

No se puede dudar que Napoleon hubiera podido todavía disfrutar largo tiempo su trono con ciento cuarenta mil hombres que le quedaban. Sus tropas se componian de la flor del egército, estaban llenas de entusiasmo por él y solicitaban marchar contra los invasores; pero esto era organizar una guerra civil: este pensamiento le horrorizó, y rodeado de sus valientes y habitando uno de los palacios de nuestros reyes, desde donde podia hablar mucho tiem-

po como señor, cedió el trono al que era llamado á él por el órden de succesion legítima, y cuya vuelta acababan de anunciar los aliados. Su abdicacion fue concebida en los términos siguientes.

«Habiendo proclamado las Potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus herederos á los tronos de la Francia y la Italia, y que no hay ningun sacrificio personal, ni el de su vida misma, que no esté pronto á hacer por los intereses de la Francia. Fontainebleau 11 de Abril de 1814.=*Firmado* Napoleon."

Por un tratado concluido el 15 del mismo mes habia pedido y ob-

tenido la isla de Elba para su residencia, y se le concedió con su entera soberanía. Conservó el título de Emperador, tres millones de renta (1); su biblioteca particular, su plata y china. No pienso enumerar los fieles compañeros de armas que quisieron seguirle, porque la historia no los olvidará. Solamente nombraré al mariscal Bertrand, cuyo nombre debe ser apreciable á los hombres sensibles, en razon á que la estimacion y afecto que este gran mariscal ha acreditado al emperador han sido enteramente exentos de toda consideracion é interes, y no han padecido alteracion ninguna.

El 20 de Abril á medio dia salió

1 Se asegura que no tuvo efecto este artículo del tratado.

Napoleon de su habitacion de Fontainebleau para ir al lugar de su destierro. Antes de llegar álas verjas del palacio, se paró, hizo formar el círculo á su tropa, se rodeó por última vez de todos sus oficiales, y con una voz firme, aunque con alguna emocion, pronunció un discurso en el que dijo entre otras cosas lo siguiente.

«Oficiales y soldados de la guardia, me despido de vosotros. Durante 20 años os he conducido á la victoria; durante 20 años me habeis servido con honor y con fidelidad: os doy por ello las mas sinceras gracias."

«Siempre ha sido mi obgeto la dicha y la gloria de la Francia. Las circunstancias han cambiado en el dia. Cuando la Europa entera se ha armado contra mi; cuando to-

dos los príncipes y todas las potencias se han ligado; cuando una gran parte de mi imperio está ocupada é invadida; cuando se ha establecido un órden diferente de cosas: yo soy el que debe ceder."

«Con vosotros, y los valientes que me permanecen adictos, hubiera podido resistir á los esfuerzos de mis enemigos; pero hubiera encendido por mas de tres años la guerra civil en la Francia, en el seno de nuestra cara patria. No tengais pues por mi la mas mínima inquietud. Yo llevo conmigo unos grandes recuerdos; ocuparé mi tiempo noblemente, y escribiré mi historia y la vuestra. Oficiales y soldados que habeis permanecido fieles hasta el último instante, estoy satisfecho de vosotros. No puedo abrazaros á to-

dos, pero abrazaré á vuestro general. A Dios hijos y amigos mios... Venid general."

Entonces se acercó el general Lefevre Desnouetes, y recibió del héroe un beso de despedida.

«Que me traigan el águila, añadió el emperador, la abrazaré tambien." El abanderado se adelantó, inclinó el águila y el emperador la abrazó por tres veces con la emocion mas viva. «¡Ah querida águila, esclamó, que los besos que te doy resuenen en la posteridad! A Dios hijos mios, valientes mios, rodeadme por la última vez."

Escribo con sentimiento y con dolor estas páginas tiernas, y omito la relacion de los sucesos que tuvieron lugar desde Fontainebleau hasta su llegada á Saint Raphau, puerto del mediterráneo

vecino al en que habia desembarcado á su vuelta de Egipto.

Al tiempo de subir á la fragata inglesa que prefirió, recibió el saludo de soberano de 21 cañonazos. La travesia fue feliz; entró el 3 de Mayo en la rada de Porto-Ferrajo, y acercándose á tierra desembarcó con su estado mayor y quinientos hombres de su guardia. Fue recibido con la solemnidad posible en un pais tan pobre, y en donde las artes se conocen á penas. Se le saludó con ciento y un cañonazo de los fuertes, y la fragata inglesa contestó con ochenta. Las autoridades constituidas le cumplimentaron, y comió en público con sus principales oficiales, y las personas mas eminentes de la isla, que no eran de una clase muy elevada.

No se puede negar que el soberano de esta pequeña isla cayó en una especie de estupefaccion al verse rodeado de aquella nueva corte; pero su genio benéfico y activo le inspiró el deseo de hacer la felicidad de los Elbenses, ya que nada podia hacer por la Francia. Visitó el pais, reconoció que no era á propósito para cultivar granos; pero habiendo sabido que Pianosa ofrecia este recurso, visitó esta pequeña isla dependiente de su soberanía: aunque desierta la encontró susceptible para la vegetacion de plantas cereales, y mandó que se redugese á cultivo.

Vuelto á la isla de Elba, que habia examinado exactamente y con particularidad las minas de hierro que constituyen su riqueza principal, se ocupó en hacer edificar

un palacio para él y los de su familia que viniesen á verle. Su madre la princesa Leticia y las princesas Paulina y Elisa llegaron poco tiempo despues. Un número considerable de estrangeros y oficiales del egército se constituyeron tambien en la isla para ver á este hombre que parecia haber renunciado á todos los proyectos políticos. Sin embargo conservaba una grande dignidad en su porte, y era el mismo que cuando emperador y rey. No sufria la menor familiaridad, y conservaba su pequeño egército en una disciplina rigurosa. Antes de su llegada consistia la guarnicion de la isla en 9000 hombres de tropas la mayor parte italianas: dos terceras partes se dispersaron al acercarse él, y no quedó sino un pequeño nú-

mero que se retiró un mes despues de su desembarco.

De alli á poco (y quizás fue una trama urdida por los enemigos de la Francia) supo por el conducto de sus muchos visitadores, que los franceses que nunca están contentos con lo que poseen, se quejaban de su nuevo gobierno. Hombres que despues se han podido facilmente reconocer por agentes del estrangero, exageraban á los ojos de este pueblo facil de seducir, las faltas de un gobierno embarazado sin cesar en su marcha, y sobre todo escitaban tales temores á los que habian adquirido los bienes nacionales, que se creian ya desposeidos de ellos. Por otra maniobra no menos criminal, estos mismos personages sembraban en el partido contrario á Napoleon

las sospechas de su vuelta, y le pintaban como un genio revoltoso que á la hora menos pensada volveria á traer á la Francia la inquietud y la guerra. Las Potencias aliadas celebraban en Viena un congreso. En él se pretendia que se fijase de un modo irrevocable la suerte del emperador Napoleon, y se propagaron rumores siniestros. Ved aqui un hecho cuya certeza puedo yo atestiguar.

El 3 de Marzo del año 1815 hubo en París una reunion muy brillante en el palacio de una persona de muy alta distincion; el embajador de*** que era uno de los convidados, se acercó á unos taburetes en donde habia muchas damas, entre otras la que me ha referido esta anécdota y que es digna de crédito; S. E. se dirigió

á una de ellas, y la dijo: «¿Que haceis del hombrecillo?— El congreso se ocupa de él; se le va á enviar á la isla de Santa Elena para que esté seguro." El hombrecillo se encontraba ya en Francia; pero puede ser que fuese esta la intencion del partido contrario, que Bonaparte la supiese, y que creyéndose perdido lo arriesgase todo y se decidiese á la mas osada de las empresas.

Lo cierto es que los hombres en quienes él tenia su mayor confianza no supieron su designio hasta la misma hora, y que el conde Drouot lo supo tres dias antes de ponerle por obra. La isla de Elba es un pais agradable, templado, saludable, y el general estaba muy á gusto. Habia comprado una hacienda cerca de un lugar llamado

S. Martini, cuya situacion era muy romanesca, y decia á la misma persona que me lo ha referido: «Me encuentro dichoso y tranquilo en este pais, y pienso acabar en él mis dias: solo me falta hacer traer de Francia mi biblioteca; una vez que la tenga nada desearé."

Cuando Bonaparte le anunció su próximo viage, le escuchó con una sorpresa estremada; pero los mismos sentimientos que le habian conducido á la isla de Elba, le hicieron seguir á su antiguo gefe, al que no abandonó mientras pudo necesitar de sus servicios, y despues se retiró enteramente de la escena política. Absuelto por un juicio solemne, se estableció en la antigua provincia de Lorena, en donde lleva una vida tranquila y apacible, en una hacienda propia,

rodeado de su familia, y admirado de cuantos le conocen. Lleno de valor y actividad ha hecho la guerra como un valiente; pero tiene un gusto dominante por el retiro y por las ciencias que cultiva con éxito. Si no llevó el heroismo de la amistad á un grado tan alto como Bertrand, no fue menos exacto en cumplir los deberes de esta. En cuanto desaparecieron los peligros, y no tuvo ocasion de dar pruebas de celo y de reconocimiento á aquel cuyas banderas habia seguido con tan singular entusiasmo, dejó de figurar enteramente en la carrera militar.

Napoleon se embarcó en el puerto de Porto-Ferrajo el 28 de Febrero del año 1815. El capitan Campbell, que mandaba la escuadra inglesa que guardaba la costa

de la isla de Elba para vigilar sobre los designios que pudiera tener el ex-emperador, se alejó el 27 á Capraria sobre la punta de la isla de Córcega. De este modo dejó salir esta débil flotilla que llevaba Cesar y su fortuna, y con una fragata diez veces mas velera que el miserable bergantin que llevaba á Napoleon no trató de cerrarle la entrada del golfo Juan. ¿Estaria sobornado por el príncipe fugitivo? No lo puedo creer. ¿Tendria órden de su gobierno para hacer la vista gorda, y no impedir un paso que iba á legitimar y justificar la trama que se habia urdido de antemano contra este grande hombre? Quizá un dia nos lo dirá la historia. Como quiera que sea, dos dias despues de la invasion de Bonaparte entró en

Porto-Ferrajo el comandante de la escuadra, y se enfureció al saber que habia desaparecido aquel de cuya custodia debia responder á la Europa. Bonaparte desembarcó el 1.º de Marzo á las 5 de la tarde sin el menor obstáculo, dió á sus compañeros el egemplo de arrojar al mar la cucarda de la isla de Elba, y se puso al instante la escarapela tricolor.

No me detendré en hablar de la rapidez de una marcha que podria llamarse triunfal sino hubiese sido seguida de tan grandes desastres. Desde Antibes á París no se disparó un solo tiro de fusil, y el emperador, que habia vuelto á tomar este título, fue recibido en todas partes con entusiasmo y apellidado tambien libertador. La familia Real asombrada de tan inespera-

dos progresos, dejó el palacio de las Tullerías, en donde se la hubiera podido sorprender fácilmente; pero es probable que Napoleon no tuviese semejante designio, y que bastase á sus miras el ahuyentarla.

Paris que habia recibido con gozo al nieto de Enrique IV, prodigó las aclamaciones de viva el emperador cuando vió Napoleon á sus puertas. Acaso se preguntará como puede esplicarse este fenómeno, y creo poderlo hacer de un modo muy fácil y sencillo. Esta ciudad encierra setecientos ú ochocientos mil habitantes, divididos por dos opiniones entonces. Los que eran del partido del rey en número de trecientos ó cuatrocientos mil salieron á recibirle y aclamarle, y los otros enmudecie-

ron contenidos por las tropas aliadas; pero los aliados marcharon, el rey dejó la capital, y los Napoleonistas celebraron la vuelta del emperador, y los otros callaron. El partido vencedor, por menos numeroso que sea, dobla sus fuerzas con el triunfo, y ademas las gentes pacificas del opuesto partido se retiran y dejan de figurar en la balanza. Asi es que no se puede acusar á París de voluble y versátil á pesar de unos hechos tan contrarios entre sí. A escepcion de un corto número de personas que son siempre del partido que vence, son hombres diferentes los que gritan y aclaman en opuestos sentidos.

Napoleon por fin llegó á las Tullerías y se ocupó al instante en organizar un gobierno representa-

tivo, cómo lo habia hecho el rey á su llegada. Se le habia persuadido de que al Austria se separaria de la coalicion, se uniria á él y le restituiria su muger y su hijo, y lo habia anunciado asi en sus mismas proclamas; pero su esperanza no se realizó, y el solo consuelo que recibió fue el retrato de este hijo querido que el famoso pintor Is... le presentó de parte de María Luisa. Sin embargo el Austria, segun su acostumbrada política, trabajó con mucha lentitud en los preparativos de guerra, y es de presumir que esperase el resultado de las primeras acciones para tomar el partido de declararse. Los rusos que estaban ya cerca de las fronteras de su helado pais, no podian retroceder con una celeridad suficiente para inutilizar las medidas

que se apresuró á adoptar Napoleon para oponerse á la entrada de los estrangeros en Francia; pero dos potencias enemigas se encontraban aun á nuestras puertas. La Inglaterra y la Prusia vinieron á frustrar los proyectos del emperador, y á oponerse á los deseos que parecia manifestar una grande parte de la nacion francesa.

Bonaparte habia convocado los representantes á un *campo de Mayo*, por el estilo que lo hacian nuestros abuelos en circunstancias importantes. Los diputados de los departamentos se reunieron en los primeros dias del mes de Junio en el campo de Marte, y alli juraron una constitucion con el nombre de acta adicional á las constituciones del imperio. . . . .

En este acto tan imponente se

mostró Napoleon de un modo muy distinto del de los anteriores. Su melancólica fisonomía parecía presagiar sus desgracias. Se notaba que su corazon estaba afligido profundamente por la negativa de la corte de Viená á entregarle su muger y su hijo. Ademas de esto le mortificaba la precision de reunirse á un partido que habia odiado siempre, y con cuya fidelidad no podia contar, y quizá echaba menos la isla de Elba, si se le hubiese querido dejar tranquilo en ella y educar á su hijo, que era el obgeto de su afecto y ternura. Tambien pensaba con dolor en la ausencia de su hijo adoptivo el príncipe Eugenio, del que la voluntad y poder de sus enemigos le habian separado. Vió á muchos miembros de la familia imperial,

y particularmente á la reina Hortensia, que se lisongeaba de que serian estables las revoluciones imperiales. Pero sus proyectos y esperanzas se desvanecieron bien pronto.



Décima velada.

Desastre de Waterloo. Segunda abdicacion: Bonaparte en Santa Elena.

El emperador habia reunido con bastante facilidad, y con mucha prontitud, un egército de cien mil hombres sobre las fronteras de la Bélgica; y las tropas estaban animadas de un ardor escesivo; pero los abastecimientos y los medios de transporte se habian descuidado algun tanto. Sea por un efecto de la confianza que tenia Napoleon en el valor de sus soldados, y en el amor del pueblo que una primer victoria iba á restituirle; sea que que aunque tan hábil y diestro ge-

fe no pudiese ocurrir á todo; ó sea finalmente por las maniobras de los agentes pérfidos, tanto mas dispuestos á hacerle traicion cuanto se mostraban mas adheridos á su persona: á cualquiera de los motivos que se atribuya semejante imprevision, ella hizo irreparables los inesperados reveses.

El 17 de Junio del año 1815 se verificó en Fleurus, pueblo célebre por nuestras victorias, el primer encuentro de nuestro egército con las tropas aliadas. La victoria quedó por nosotros, aunque es verdad que nos prometíamos entrar en Bruselas sin ninguna resistencia, y nuestras tropas hubieran hallado una buena acogida, porque no tiene duda que los belgas estaban entonces de nuestra parte. El emperador queriendo aprovechar

de esta primera ventaja, hizo marchar sus tropas durante la noche del 17 al 18 para perseguir al enemigo y hallarse en el caso de atacarle al otro dia por la mañana. Con efecto le alcanzó, y el combate volvió á empezar de nuevo al amanecer cerca de la aldea de monte San Juan. La victoria pareció desde luego declararse á favor nuestro, y los ingleses y prusianos batidos en diferentes puntos comenzaban á retirar.

Yo vi á Napoleon colocado sobre una pequeña llanura que domina el camino real encima de monte San Juan; todo anunciaba en su esterior la mayor serenidad, y dirigia los movimientos del egército del mismo modo que si hubiese estado en su gabinete, á pesar de que las balas de cañon labraban

en torno de él el terreno en que se habia colocado. Indiferente al riesgo de su persona anunciaba gozar de la esperanza del triunfo, y estaba tan alegre y jovial que daba palmadas en la megilla sonriéndose á un pagecillo que se llegó á él para hablarle. ¡Ah! pocas horas despues estaba todo cambiado. Napoleon vió ceder algunos cuerpos de sus tropas, montó con presteza á caballo y se dirigió á ellos.

No puedo asegurar si fue este el momento en que engañado por una funesta ilusion tomó un cuerpo prusiano por el del mariscal Grouchi con cuyo socorro debia contar. Lo que puedo afirmar sin temor de ninguna contradiccion, es que nuestras tropas que á las 4 eran dueñas del campo de batalla, huian á las 6 en completo desórden. Pe-

ro si la mayor parte de su guardia ha encontrado su sepulcro en los campos de Warterloo, el que la ha conducido tantas veces á la victoria, y corrió el mismo peligro que ella, no dejó el campo de batalla sino en la última estremidad y testigo de su incomprensible derrota, desmintiendo formalmente á los que han osado poner en duda su valor. Él fue el que viendo la batalla perdida indefectiblemente, dió á la guardia la orden de retirarse; pero esta orden se dirigia á hombres que en este solo caso no sabian obedecer, y la guardia se hizo memorable con la respuesta de Cambroné á los ingleses, cuando le instaban á que cediese á la necesidad. La guardia sabe morir, pero no sabe rendirse. En vano algunas gentes interesadas en debi-

litar la gloria nacional, se atreven á negar tan sublime respuesta; pues es muy cierto que se profirió en aquellas críticas circunstancias, y pasará á la posteridad con el nombre del que la pronunció. No obstante, bien sea por un efecto de la malevolencia ó por la impetuosidad que tienen los franceses, tanto en el ataque como en la fuga, lo cual hace sus retiradas tan funestas, el egército fue enteramente dispersado, y fue tal su desorganizacion que los gefes perdieron la esperanza de reunirlo. El emperador que habia oido la víspera los gritos del entusiasmo, debió oir al dia siguiente las quejas proferidas por hombres que sin duda debian serle los mâs adictos, y asi se llegó á persuadir que le habia abandonado la fortuna que

le habia favorecido tan largo tiempo.

El 19 volví á verle en Charleroi, á donde llegó á las 5 de la mañana, y se leia en su fisonomía el cambio de su situacion. Derecho, con la espalda vuelta al fuego de un vivac, y las manos cruzadas á á la espalda, se hallaba en un estado de inmovilidad que parecia en algun modo á la estupefaccion. Muchos generales se llegaron á hablarle, y no les respondió sino con movimientos de cabeza.

La pérdida de la demasiado funesta batalla de Waterloo fue como una sentencia de muerte de Bonaparte; y tomando el camino de Paris hizo la tácita declaracion de que su poder estaba destruido para siempre.

Dejó á sus generales el cuidado

de reunir los esparcidos restos de su egército; y fue á la capital á pedir otro, y muchos millones. Pero fue inútilmente. Se disimularon las faltas ó la traicion de los generales que habian combatido á sus órdenes, y se le acusó á él solo de las desgracias de esta jornada que costó tan cara á la Francia. Desde entonces Napoleon no trató de luchar contra el infortunio. Los amigos que le quedaban, y en particular la reina Hortensia, le eshortaron á que no se dejase abatir: le aseguraron que podia disputar aun el trono, y que haria muy mal en abdicar; pero él ni siquiera les respondió. Hasta allí habia vivido en el Eliseo; mas despues que se convenció de la inutilidad de su empresa, se retiró á Malmaison que debia ofrecerle tantos recuer-

dos. Si efectivamente los tuvo, los disimuló enteramente, y no hablaba sino de cosas indiferentes. Por fin propuso á las cámaras la abdicacion en favor de su hijo; estas la aceptaron: y algunos dias despues este hombre que poco tiempo antes dictaba leyes á la Europa, partió con los dos fieles amigos los condes de Bertrand y Montholon, acompañados de sus familias, y se fue á la Rochela con la intencion de pasar á los Estados Unidos, del mismo modo que su hermano José. Es cierto que si se hubiese reunido al egército no le hubiese entregado éste á sus enemigos; pero no queria encender una guerra civil. Creia que unos hombres que debian ser generosos respetarian la desgracia; pero ¡como se engañó! Aunque haya dis-

currido poco tiempo desde nuestra primera entrevista, creo, Milord, conoceros bastante para persuadirme que no os ofenderá este modo de ver y de considerar la conducta que ha observado la Inglaterra con Napoleon Bonaparte. Cuando este reconoció la imposibilidad de pasar á América, se entregó á uno de los buques ingleses que bloqueaban la rada de Rochefort, pidiendo por único precio de su noble confianza el ser conducido á Inglaterra, en donde deseaba vivir ignorado. Todavía no he podido concebir que error fue el que le indujo á cometer esta imprudencia. El hecho es que fue admitido en el navio solo, lo que debió ya hacerle presentir una parte de su infortunio. De alli fue conducido á la rada de Plimouth, en donde

permaneció mucho tiempo. La oposicion queria que se recibiese á este ilustre personage; pero el partido ministerial se opuso á ello fuertemente, y de concierto con las otras potencias aliadas se decidió el destino á donde se le debia enviar. Se tomó pues la resolucion de retenerlo prisionero en la isla de Santa Elena, que solo tiene seis leguas de circuito, y dista mas de dos mil de Francia. La mayor parte de los franceses no tienen conocimiento de ella sino por la descripcion que ha hecho el abate Prevost en *Cleveland*, cuya pintura está hermoseada por la ficcion. No es mi ánimo decir que la playa y los valles de la isla no ofrezcan una permanencia agradable; pero no es alli donde los enemigos de Bonaparte le hicieron fijar su man-

sion. No: este hombre que despues de tantas desgracias necesitaba del descanso y del recreo, fue confinado sobre la punta de una roca, en donde se encuentra Longwood, lugar batido fuertemente por los vientos y por las tempestades, y á una elevacion prodigiosa del mar. Su guardia se confió á un hombre duro como Sir Hudson Lowe, y este fue el encargado de egecutar las medidas de seguridad que debian vigilar los comisionados que enviarian las potencias aliadas. Este alcaide llegó á hacer insoportables á su preso los medios que se le habian concedido para hacer egercicio, medios indispensables á la conservacion de su vida; porque es facil de presumir que un hombre que habia hecho la guerra durante treinta años, y que habia

recorrido muchas veces la Europa, no podia vivir largo tiempo en una casi absoluta inaccion. Asi es que engordó mucho y se abandonó á una melancolía profunda.

Sin embargo gustaba de la sociedad de Madama Bertrand y su familia, y como siempre habia amado á los niños, les daba lecciones de italiano y matemáticas á los de su fiel mariscal.

Hacia dos años que se acostaba y se levantaba temprano, y muchas veces dictaba en el baño sus memorias á Mr. de Montholon, y antes al conde de Las-Casas. Se habla de un escrito que el mariscal reconoce por de su mano, y se titula: *Los treinta dias*. Tambien hay otro que se titula: *Historia de mi usurpacion*, porque, añade él, *el éxito no me ha legitimado*. Ra-

ra vez se dejaba ver á los estrangeros que llegaban á la isla llevados de la curiosidad de conocer á este hombre estraordinario.

Los ingleses hicieron edificar en Longwod á mucha costa un palacio hermosísimo que se concluyó dos dias antes de su muerte. Él lo presintió por el estado de su salud, y solia decir algunas veces: «Yo concluiré mis dias al mismo tiempo que concluya la obra de ese palacio espléndido, y esas piedras no cubrirán sino mis insensibles cenizas." Su tio el cardenal Fesch le habia enviado un sacerdote, un médico y un cocinero. ¿El envio de este último sería por ventura dictado por una prudente precaucion? ¿Temeria su Eminencia que quisiesen terminar sus dias por medio de un delito? Deseche-

mos semejante sospecha. Dios no quiere que se consienta una sospecha injusta; pero tal vez lo prematuro de su muerte podrá hacer despertar algunas dudas injuriosas á vuestra gran nacion. En cuanto á mi os declaro con sinceridad y franqueza que las tengo por infundadas, y que estoy muy lejos de atribuir la culpa de su temprana muerte á un pueblo que debia interesarse en la conservacion de su ilustre prisionero.

Napoleon tenia un jardin regular que se entretenia en cultivar por sí mismo: su biblioteca que le habian traido de Francia, le ofrecia algunos ratos de distraccion: pero cuando fijaba los ojos sobre los hermosos grabados de su viage á Egipto ¡cuanto debia pensar en la serie de glorias que habian lle-

nado el espacio entre esta espedicion y la época fatal de *los cien dias!*

Durante su larga detencion no tuvo sino un instante de placer, y este fue cuando á peso de oro consiguió hacer llegar á Longwood el busto de su hijo. ¡ Con que cariño besó y estrechó contra sus labios este mármol insensible ! ¡ Como procuraba leer en la fisonomía de este niño! Si se deben creer los fragmentos que han corrido entre nosotros, y que habreis ya leido sin duda, no deseaba dejarle ni apetecia otra cosa para él que la gloria de su nombre. *Para mi hijo*, hubiera dicho, *nada sino mi nombre.*

Este ilustre desterrado (ya sabeis que le llamaba asi el doctor Mateo Lewingston, uno de los médicos que se llamaron á su última

hora) pasó de este modo los seis años que permaneció en Santa Elena. ¿Conservaria alguna esperanza para sí ó la abandonaria enteramente á su hijo, de quien hablaba sin cesar? Ved lo que no ha atinado ninguna de las personas que mas se acercaban á él. En uno de los fragmentos que se encontraron despues de su muerte, escribia: «Montholon lee muy bien, Madama Bertrand lee mejor. Hector en su boca me produce una nueva sensacion. Lancival tenia mucha habilidad, y Talma tambien. Oyendo nombrar á Astianacte he pensado en mi hijo. Los cobardes me han arrastrado vencido al polvo en donde ellos se ocultaban hacia treinta años. ¡Cuan sensible me es!"

A veces llegaban estrangeros

aqui, y adquiriamos noticias de Europa por el conducto de aquellos habitantes con quienes estábamos mas en comunicacion. Todos convenian en que los amigos de Napoleon, porque habia muchos mas de su persona que de su gobierno, procuraban informarse de todo el que iba de Santa Elena, ó tenia alguna relacion sobre el modo como lo pasaba en esta soledad; pero ellos no podian tener una idea precisa. El interes del oro hacia circular particularmente en Inglaterra y Francia muchos escritos falsos, y en opuestos sentidos, que se desmentian los unos á los otros. Nada de esto era cierto; pero todos convenian en afirmar que Bonaparte, porque se habia convenido en no llamarle sino asi, engordaba muchísimo, que

llevaba una vida solitaria y que dudaba él mismo de su larga duracion.

En esta parte no dejaban de decir la verdad en algun modo; pero por lo demas eran enteramente fabulosos. Nosotros hemos oido frecuentemente hablar á nuestro general de la muerte; él mismo habia señalado ahí cerca de nosotros el parage en donde queria le enterrasen, y ved con que motivo. A su llegada el general Bertrand habitó en el vecindario de Hut's Gate (1), mientras se le edificaba una casa cerca de la del empera-

1 Puerta de la cabaña. Este era efectivamente el nombre del valle antes que se depositasen en él las cenizas de Bonaparte. Despues los habitantes de la isla le llaman *el valle Napoleon*, y es muy probable que la posteridad le conserve.

dor. Este príncipe visitaba con frecuencia la familia de su gran mariscal, y muchas veces venia á pasearse á la orilla de esta fuente, cuya agua es muy buena; la miraba como la mejor de la isla, y hacia le sirviesen un vaso.

Madama Bertrand y su esposo le acompañaban siempre en este paseo, y él les decia: «Si yo llego á morir en esta roca, haced que se me entierre aqui.” Entonces señaló el lugar cerca de la fuente, y á la sombra de estos dos sauces, que efectivamente dan á este sitio una perspectiva romanesca.

Sin embargo no habia nada que hiciese presagiar el próximo fin de nuestro héroe. Se queria decir que el aire de esta isla era muy sano, y que se vivia en ella hasta una edad muy avanzada; y funda-

dos en esta engañosa opinion nos prometíamos verle participar de las ventajas de este clima. Sabíamos que no era este el parecer de los médicos y entre otros el del doctor O'meara', que Sir Hudson Lowe se dió prisa á hacer embarcar cuando advirtió que Bonaparte le concedia una especie de distincion. Pero este arte tan sujeto á equivocaciones, podia engañar á O'meara, como ha engañado á tantos otros que respetados y queridos de sus conciudadanos, gozaban en toda la Europa de una reputacion tan bien cimentada al menos como la suya.

Velada undécima y última.

Varios detalles sobre la muerte del grande hombre.

Aunque nuestras veladas, Milord, hayan sufrido una interrupcion inesperada de tres noches á causa de una indisposicion de mi querida Mariquita, la cual es bastante comun en su estado de embarazo, y menos peligrosa de lo que me hizo temer la ternura que mi muger me inspira: no he olvidado el cargo que me hicisteis al fin de nuestra última entrevista de haber pasado con demasiada rapidez ó ligereza sobre las circunstancias de la rendicion de mi desgraciado general, y de su viage for-

zado á tan ingrato suelo. Creo recordareis que me disculpé de no haberme estendido sobre hechos que no hacen honor á vuestra patria, con el temor de ofender á un ingles que amo ya cual si fuese compatriota mio. Vos me respondisteis que las faltas de un ministro no son las de la nacion ni las del soberano; y que aquel puede alguna vez sacrificar la justicia, la gloria, y aun sus propios sentimientos, al deseo de hacerse necesario y conservar su plaza. Que en este concepto no tendriais razon en ofenderos de algunos pormenores que hacen la sátira amarga del ministerio solo, y que estabais dispuesto á oir cualesquiera declamaciones sobre el abuso de confianza de que se habian hecho culpables Milord C.... y sus cólegas

contra la persona del ex-emperador.

Despues de esta declaracion creo no os debo callar ninguna de aquellas penosas circunstancias; y retrocediendo á este punto de la historia, voy á levantar enteramente el velo que ha podido hasta aqui ocultaros una parte de ellas.

El último acto público de Napoleon Bonaparte fue la declaracion siguiente:

« Franceses: Al comenzar la guerra para sostener la independencia nacional, contaba con la reunion de todas las voluntades, y el concurso de todas las autoridades de la nacion. Con estos datos me prometia el éxito, é hice frente á todas las declaraciones de las potencias aliadas contra mi. Las circunstancias me parecen cam-

biadas, y me ofrezco en sacrificio á los enemigos de la Francia. Puedan estos ser sinceros en sus declaraciones, y no haber atentado si no es á mi persona."

« Mi carrera política ha concluido ya, y proclamo á mi hijo Napoleon II emperador de los franceses. Los ministros actuales formarán pues provisionalmente el consejo del gobierno. El interes que me tomo por mi hijo me hace invitar á las cámaras para que organicen sin demora una regencia por medio de una ley. Unios todos para la salud del estado, y para quedar una nacion independiente. = *Firmado* Napoleon."

Llegado á Rochefort en los primeros dias de Julio, reconoció despues de muchas tentativas inútiles la imposibilidad de pasar á

América, á donde debia precederle su hermano José. Aunque rigurosamente observado por los agentes del gobierno provisional, que habia él dejado en París, le hubiera sido quizá mas facil volver atrás y ponerse á la cabeza de cuerpos numerosos que hubiesen inquietado al público y á los egércitos aliados. Un grande número de oficiales se dice que fue en diputacion cerca de su persona, antes que hubiese tomado el último partido, y le propuso conducirle sin riesgo al centro del egército de la Loire, que por su reunion con el de la Vandee compondria indefectiblemente el número de mas de cien mil combatientes con dos ó trescientas piezas de artillería.

«No, respondió Bonaparte, yo

no espondré á esos valientes á una destruccion cierta. Hubo un tiempo en que con menor número.... Pero la Francia carece hoy dia de nacionalidad; yo no soy mas que un hombre, y la sangre no debe derramarse por mi. Demasiada he hecho derramar por los intereses de la patria. Si yo queria reinar en ella era para que dominase á las otras naciones; pero privado de este obgeto, no solo no organizaré una guerra civil, sino que la quiero evitar con todo mi poder. No se me acusará de temer á los que se me oponen: con un puñado de hombres he probado lo que podia contra ellos."

Despues de esta respuesta, en la que Napoleon se habia negado tan heroicamente á admitir las ofertas del afecto y la fidelidad,

despachó dos veces al conde de Las-Casas al comandante de la escuadrilla inglesa encargada del crucero delante del puerto, y la sola contestacion que recibió de su enviado fue que el héroe y su comitiva podian transferirse á Inglaterra en uno de sus buques, si lo creian conveniente, y que se declaraba autorizado por su gobierno para hacerle esta proposicion. Entonces Bonaparte tomó el partido de escribir lo que sigue al príncipe regente, que la muerte de Jorge III ha colocado despues sobre el trono de Inglaterra.

«Rochefort 13 de Julio de 1815.= Alteza Real.=Hecho el blanco de las facciones que dividen mi patria, y de las hostilidades de la Europa, he debido terminar mi carrera política, y vengo como Te-

mistocles á sentarme en los hogares del pueblo británico. *Me coloco pues bajo la proteccion de sus leyes*, y reclamo la salvaguardia de Vuestra Alteza Real, como del mas poderoso, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos. = *Firmado* Napoleon."

Esta noble confianza le condujo dos dias despues á bordo del *Bellerofonte*. Juzguemos ahora cual sería su furor cuando el dia 31 le comunicó el almirante la resolucion que habia tomado el gabinete de S. James de acuerdo con las Potencias aliadas, por la que era declarado prisionero de la nacion, á la cual habia llegado á pedir hospitalidad. «Yo ofrecia al regente, dijo en el primer momento de su justa indignacion, la mejor página de su historia, y tenia intencion

de establecerme en su pais á treinta leguas de la corte. Podia pedir un asilo á mi suegro, á mi antiguo amigo Alejandro, y he preferido la hospitalidad británica.... No me he rendido como prisionero ó á discrecion, y podia dictar condiciones que hubiesen sido aceptadas ó desechadas cuando menos. No iré voluntariamente á Santa Elena; el clima es contrario á mi salud; si se me conduce á la fuerza, moriré antes de los tres meses, y la responsabilidad pesará siempre sobre la inglaterra."

No limitó sus quejas á una vana declamacion: el 4 del siguiente mes entregó al almirante la protesta que copio.

«A bordo del Bellerofonte en el mar 4 de Agosto de 1815. — Protesto solemnemente á la faz de la

Europa contra la violencia que se egerce con migo, y contra la violacion de mis indisputables derechos. Yo he venido voluntariamente á bordo del Bellerofonte, y no soy prisionero de la Inglaterra, sino su huesped. He venido con motivo de la invitacion que me ha hecho su mismo capitan, el cual me ha dicho que tenia órden de su gobierno para recibirme y transportarme á la Inglaterra, si esto me convenia. Con esta seguridad, y con el fin de ponerme bajo la proteccion de la Gran Bretaña, he aceptado su oferta. Desde el momento en que he subido á bordo, he tenido derecho á la hospitalidad británica. Si la órden del gobierno dada al capitan del Bellerofonte para recibirme á mi y mi comitiva ha tenido el obgeto de

hacerme caer en un lazo: el gobierno ingles ha cometido un delito contra el honor, y ha degradado su pabellon. Permitido este acto por los ingleses, que no hablen mas á la Europa de sus leyes y de su libertad. La hospitalidad que recibo en el Bellerofonte destruye enteramente la confianza en la buena fe de la Inglaterra. Apelo á la historia, y ella dirá algun dia: Un enemigo que durante 20 años ha hecho la guerra al pueblo ingles, viene en medio de su infortunio á reclamar un asilo bajo la proteccion de sus leyes. ¿Que mayor prueba podia dar de su estimacion y de su confianza? ¿Y como ha pagado la Inglaterra una magnanimidad semejante? Ha fingido tenderle una mano protectora, y cuando lo ha tenido en su

poder...! lo ha sacrificado!!! =*Firmado* Napoleon."

¿Pero de que servia la protesta mas fundada y enérgica? El hombre del siglo, como sus amigos pérfidos le trataban, se hallaba ya en poder de sus enemigos, y el *Northumberland* que debia conducirle á esta isla, salió al encuentro del *Bellerofonte*. El conde Bertrand, de órden de aquel que ya no era sino su amigo, se constituyó á borbo del *Tonante*, en el que comió con el almirante Keith, que le mandaba, y el lord Cockburn, encargado del mando del *Northumberland*. Los tres volvieron despues á bordo del *Bellerofonte*, en donde Bonaparte desarmado á pesar de la mas vigorosa oposicion, hizo á los dos ingleses un recibimiento bastante seco. Un sentimiento vi-

vo de indignacion se apoderó de él cuando Sir Georges Cockburn le saludó con el titulo modesto de *general* (pues tales eran las instrucciones de su gobierno), y le preguntó á que hora vendria á buscarle al otro dia para conducirle al Northumberland. «*General!* esclamó el soberano destituido, *general!* olvidais que vuestra nacion me ha reconocido primero en calidad de primer cónsul, despues como monarca al tiempo de las negociaciones de Toy y Landerdal, y finalmente como emperador en 1814 cuando firmamos el tratado de Chatillon-sur-Seine? ¿Pero á donde me llevan mis recuerdos? Estoy á disposicion vuestra : mañana á las diez hareis lo que querais de aquel que antes dictaba leyes á la Europa.»

Con efecto al dia siguiente cerca de medio dia Bonaparte, precedido de su amigo el conde Bertrand, subió con ligereza sobre el Northumberland; algunos instantes hacia habia sentido una opresion de corazon. Su cirujano, cuyo nombre omito, aunque la ingratitud no merezca contemplacion ninguna, se habia negado espresamente á seguirle en su infortunio. Entonces el doctor O'meara que desempeñaba las mismas funciones sobre el Bellerophonte, solicitó y obtuvo del almirante Keith el favor de reemplazar cerca del ex-emperador aquel ingrato personage.

Las tropas y equipage del Nortumberland estaban sobre cubierta á la llegada de Bonaparte, y le hicieron los honores de general. Él contestó quitándose el sombre-

ro y dirigiéndose á Sir Cockburn, le dijo: estoy á vuestras órdenes.

La escuadra salió del canal el 11 de Agosto para la isla de Santa Elena, y como debia atravesar la Mancha, Bonaparte que se encontraba sobre él puente, al llegar al cabo de la Hoque, tendió los brazos hácia aquel punto de la Francia, y aunque con pena, articuló las siguientes palabras en que espresó sus nobles sentimientos: «A Dios patria de los valientes. No alimentaras traidores y serias hoy la señora del mundo." Estas esclamaciones enterneció á los oficiales generales que tenia á su lado, las señoras derramaron muchas lágrimas, y Napoleon cubriéndose el rostro con las manos se metió en su camarote, de donde no salió hasta hallarse en alta mar.

Durante la navegacion pasaba las mañanas en el camarote; á las cinco salia al comedor y jugaba al algedrez; despues comia; hablaba muy poco en la mesa, y aunque su costumbre era permanecer solos diez y ocho ó veinte minutos en ella, duraba entonces mas de dos horas la comida, lo que era para él una mortificacion insufrible. Una hora despues se le servia el café: paseaba luego sobre cubierta, y solia llamar al oficial de guardia ó alguna otra persona con quien solia conversar. Si en este tiempo ocurria alguna maniobra, los marineros mas jóvenes le rodeaban con solicitud y respeto, para preservarle de cualquiera accidente, y por las noches se retiraba al camarote.

Asi discurrieron los dos meses y

dias que se emplearon en la navegacion. El 18 de Octubre llegó Bonaparte á la costa de esta isla: la guarnicion se puso sobre las armas, los insulares corrieron á gozar de tan inesperado espectáculo, y vieron dirigirse tres embarcaciones á tierra. En la primera iba Napoleon acompañado de Lord Cockburn, del capitan y de los dos tenientes del Northumberland; la segunda llevaba á los condes Bertrand, Montholon y Las-Casas, con las esposas de los dos primeros y sus hijos, y la tercera en fin contenia tres hombres y nueve mugeres, todos criados, en cuyo número tenia yo el honor de ser comprendido. El tambor batió marcha, la tropa presentó las armas, Napoleon se quitó el sombrero, saludó al gobernador, habló

unos instantes con él, y la comitiva se dirigió al palacio del gobierno, en donde se sirvió una comida espléndida.

Aquel á quien se habian abierto los palacios mas suntuosos de la Europa, se vió precisado á ocupar parte de la habitacion de un simple comerciante ingles, bien situada á la verdad, pero en la que él, el conde de Las-Casas, su hijo, y un ayuda de cámara, ocupaban solamente tres piezas, una al piso de tierra y la otra á la primera estancia. Napoleon habitaba la del piso de tierra, y su estension era tan corta, que se veia precisado á subir á la estancia superior mientras que se le hacia la cama.

Dos meses tardó á hallarse pronta la habitacion, tambien provisional de Longwood. Ademas del

peligro de habitar una casa cuyas paredes acababan de ser construidas de prisa, ofrecia aquella mansion otros graves inconvenientes, pues no se encuentra en sus cercanías sombra ni agua ninguna. Un cercado de unas treinta yugadas de tierra le rodeaba por todas partes, y alli era en donde sin comunicacion con ningun habitante, se podia pasear, mientras que en un otro circuito algo mas vasto aun, se egercia una vigilancia rigurosa.

Napoleon no usó mucho tiempo de la licencia que se le habia dado. Molestado por la pesquisa contínua de Sir Hudson Lowe, que sucesivamente arrancó de su lado al conde de Las-Casas y al doctor O'meara sin duda porque le parecian muy adheridos á su persona, renunció á los paseos que daba ya

en calesa ó en carruage, y se confinó enteramente en su cuarto.

Creo, Milord, que he llenado el vacío que observasteis en mi última relacion, y no me resta hablaros sino del lamentable suceso que ha cubierto de luto el corazon de aquellos que llevados de una tierna estimacion, de una admiracion profunda por 25 años de gloria, del sentimiento de una justa y debida gratitud, y de la lástima y compasion que inspira el infortunio, se han adherido para siempre, como el grande mariscal, vos y hasta el pobre Felix, á la persona del ex-emperador.

El 17 de Marzo último (1) se dis-

1 Bonaparte en sus primeras campañas habia contraido la costumbre de no dormir por la noche sino muy pocas horas. Este hábito lo habia conservado en Santa Elena:

pertó Napoleon con una desazon repentina, que manifestándose por dos ó tres gritos involuntarios, ocasionó vivas alarmas á sus fieles servidores. Yo me hallaba entonces en mi cabaña, pero he recibido estos detalles de Felipe C*** uno de sus criados, con el cual he conservado íntimas relaciones, aunque hace mucho tiempo que el emperador me ha exonerado del servicio que mi celo me habia hecho tomar cerca de su persona. Felipe advertido por un muchacho negro admitido nuevamente al servicio de Marchand, ayuda de

se acostaba cerca de media noche, se despertaba regularmente á las tres, pedia luz, se levantaba, trabajaba en sus memorias hasta las 6 ó las 7 de la mañana, y se volvia á acostar hasta las 9, que desayunaba, las mas veces en la cama.

cámara de Bonaparte, corrió apresurado al gabinete de vestirse, en donde su desgraciado general, medio desnudo y sentado sobre un taburete, respiraba el ether que su médico el doctor Antormarchi le aplicaba á la nariz. Mr. Marchand le dijo que con motivo de haber enviado su criado á buscar al gran mariscal, cuyo nombre habia pronunciado el emperador muchas veces, que tuviese la bondad de permanecer en la ante-cámara. Temo, añadió Marchand, que el conde Bertrand no esté en casa, porque ayer tarde debió haber ido á la ciudad; pero vendrá su esposa y consolará á nuestro amo. Napoleon oyó que su ayuda de cámara hablaba con alguno, y levantándose bruscamente preguntó quien estaba allí; Marchand nombró á

Felipe, y dijo que habia oido algun ruido y venido á informarse si habia sucedido algo á S. M.

Un suspiro profundo del emperador fue toda su respuesta. Se volvió á sentar sobre el taburete; abrió los vestidos que cubrian su pecho, y aplicando á él fuertemente su mano derecha «aqui" dijo con una voz sombria. El médico le quiso aplicar el frasco nuevamente; pero él le respondió: «No lo entendeis, doctor. No es debilidad; la fuerza es la que me ahoga y me quita la vida." Despues se lanzó con un vigor estraordinario á la ventana, en donde todavía se encontraba Felipe, lo apartó con una especie de violencia, abrió los cristales como por un movimiento convulsivo, y mirando la bóveda azulada: «17 de Marzo, esclamó,

hoy hace seis años (1) el cielo estaba cubierto de nubes!" y se volvió con rapidez y dijo á media voz: «¡Ah! yo curaria si volviese á ver nubes." Dijo esto sin duda aludiendo al cielo de esta isla, que sereno casi siempre no ofrece á la vista sino una inmovilidad monótona. Su médico y su ayuda de cámara le instaron á volver á la cama, y él lo hizo sin oponer ninguna resistencia. Solamente tomó la mano de su médico, la puso sobre su estómago, y le dijo: «Aqui es, doctor, aqui siento el dolor que podria causarme una herida hecha con la cuchilla de un cortante, y cuya hoja rota hubiese quedado en la llaga."

Madama Bertrand llegó, y el

1 El 17 de Marzo del año 1815 pasó á Auxerre de vuelta de la isla de Elba.

médico, Mr. Marchand y Felipe la dejaron con Bonaparte: el primero se retiró para volver á medio dia, y los otros permanecieron en la pieza inmediata para estar prontos si les llamaban ó él ó la condesa.

El médico continuó asistiéndole hasta fines del mes; pero viendo entonces que el mal empeoraba en lugar de ceder á los ligeros medicamentos que habia creido conveniente administrar al general, escribió una nota con urgencia que hizo remitir al gobernador. Probablemente habreis visto una copia en la isla, y solamente os falta observar que la palabra general ha sido reemplazada á las calificaciones de príncipe, emperador y de S. M. que le daba el doctor en el original, como hombre

afecto á Napoleon y pagado de su propio bolsillo.

Sir Hudson Lowe, mas complaciente que de ordinario, autorizó la consulta de los médicos que pedia el doctor; quizá dudaba que produjese ningun resultado saludable: en cuya virtud se unieron cinco facultativos al doctor Antomarchi. Estos fueron Tomas Sorst, primer médico de las fuerzas navales destacadas delante de la isla; Francisco Burton, médico del regimiento 66, que debeis conocer; Arch. Arñott, que desempeñaba las mismas funciones en el 20; Chas. Mitchel, médico del *Vigo*, y Math. Livingstone, médico de la compañía de las Indias, residente en la próxima ciudad.

Estos señores no convinieron sobre la naturaleza del mal mejor

que sus compañeros en las ciudades mas populosas de la Europa, aunque es verdad que uno solo de ellos obtuvo licencia para ver al enfermo, y que los otros cuatro debieron fijar su opinion segun el relato que les hicieron el doctor Antomarchi y Arnott.

No se cual de los cuatro fue el que supuso que no debia sufrir dolores; pero ¿como puede convenir esta opinion con la enfermedad á que se atribuye su muerte? ¿Quien ignora lo doloroso que es un cancer? Los gritos que lanzó involuntariamente en un principio, denotan que sentia un súbito dolor, cuyas quejas no fue dueño de reprimir; y si despues no le escapó ninguna, se debe atribuir á su sufrimiento y á su resignacion, y debe ser mirado su silencio co-

mo el resultado de un esfuerzo sublime. En sus fragmentos se encuentra esta espresion: *mi mal me muerde*, lo que prueba un dolor muy agudo. Despues añadia: «Pienso que los insectos salidos del fango de la contrarevolucion zumban en derredor de mi, ó que cual nuevo Prometeo estoy clavado á una roca, en donde un buitre me roe sin cesar." Pero siempre se han querido disminuir sus buenas cualidades y aumentar sus defectos, y este conato de sus enemigos le persigue hasta despues de su muerte.

Estaba tan persuadido de que su enfermedad era mortal, que rehusaba tomar los remedios que se le propinaban. En uno de los apuntes de donde he sacado algunas citas, decia: « ¡ Que agenjo me ha-

beis dado, Antomarchi! Este italiano con toda la flema de un sajon me dirá que era preciso. ¡Ah! yo no tomaré el resto: para curarme me envenenais: O'meara me trataba mejor. ¡Qué médicos, Dios mio! ¡Como he de curar yo! Y ademas este buen Hudson Lowe. ¡Ay! á mi me enterrarán aqui."

Esta dolorosa situacion duró cerca de cuarenta dias, en los cuales Mr. y Madama Bertrand no abandonaron un instante á su amigo. En este tiempo les dictó muchas cartas, cuyo contenido no ha podido traslucirse, una á su esposa, otra á su hijo, y la tercera á su suegro el emperador de Austria. Esta tenia sin duda por objeto el recomendarle estas dos personas que amó entrañablemente hasta la muerte.

El martes 1.º de Mayo abrieron los ojos sus amigos sobre el resultado probable de aquella enfermedad, y comenzaron á temer que fuese peligrosa. Al otro dia empeoró ya visiblemente, y el jueves se perdieron las esperanzas. El viernes se notó algun tanto de mejoria, lo que se atribuyó á los refrescos que habia convenido en tomar; pero el sábado á las 5 de la mañana se desvaneció toda esperanza, pues habia perdido el conocimiento desde las dos. Durante el dia, y de dos en dos horas se hacian señales en Longwood, que anunciaban estar lo mismo y no esperimentarse cambio alguno; y á las 5 de la tarde indicó la señal que no tenia casi pulso, y que las estremidades se le habian enfriado. Entonces el almirante acom-

pañado del comisario del rey de Francia Mr. de Montchenu, y del edecan de este último, fueron á toda prisa á Longwood para ser testigos de su muerte.

Con efecto, esta se verificó á las 6 y diez minutos de la tarde. Sus últimas palabras fueron: « ¡ Dios mio !... ¡ La nacion francesa !..." Otros dicen: « Cabeza de egército." Puede haber pronunciado las dos cosas, y ademas es dificil dar un sentido determinado á alguna de estas palabras, que pueden ser el resultado de las ideas inconexas que se suelen presentar á la imaginacion de un moribundo.

Antes de perder conocimiento habia estado solo mucho tiempo con el confesor que el cardenal Fesch le habia enviado de Italia.

Sus últimas miradas se fijaron en el busto de su hijo, que habia hecho colocar al pie de su misma cama. En el momento de espirar se le vió repentinamente levantar los brazos con esfuerzo, tenderlos hácia el mármol insensible, y cruzar las manos y dejarlas caer sobre el pecho. Pero hablando con propiedad no padeció agonía, y su alma se exhaló con un leve suspiro. Es verosimil que la gangrena hubiese sucedido á la inflamacion, y que calmase asi sus últimos dolores.

Se habia esparcido en la isla, y tal vez se hará circular fuera de ella, que Napoleon habia querido morir condecorado de sus divisas militares, á egemplo de no sé que guerrero ilustre; pero es un error: Napoleon no necesitaba de imitar á ningun otro, y solo despues de

muerto se le puso su gran uniforme, condecorado con una estrella de plata y la cruz de la legion de honor: tenia un crucifijo de plata sobre el pecho; estaba colocado sobre la cama de campo que le habia servido en sus campañas, y sobre la cual estaba estendida la capa de paño bordada de plata, que llevaba en Marengo, y la pieza estaba enlutada enteramente. Embebido en hablar de un hombre cuyos beneficios estarán siempre grabados en mi memoria, me olvido, milord, de que estais tan enterado como yo de estos últimos detalles. Asi paso en silencio las circunstancias de su anatomía, porque creo que las tendreis presentes, y no me estenderé sobre su entierro, que se hizo por fin con todos los honores militares, y toda la

pompa que fue posible en una isla tan separada del continente.

Su cuerpo fue encerrado en tres cajas, una de madera de encina, otra de pino, y la tercera de caoba. Su corazon, que los señores Bertrand y Montholon deseaban llevar á Francia para entregar á María Luisa, segun las intenciones del héroe difunto, fue colocado en una copa de plata con espíritu de vino. En otra se puso el estómago que queria conservar el doctor Antomarchi, y sus preciosos restos fueron depositados en el sepulcro, que como sospechó el desterrado ilustre, se construyó con piedras del palacio apenas concluido en Longwood. Su tumba está circuida de verjas enormes de hierro, construida de una mampostería sólida, y sin mas adorno que

la gran piedra que lo cubre.

Asi concluyó aquel que llenó el mundo de su nombre, y que segun la espresion de una muger dotada de muchísimo ingenio, ha dejado en él un grandísimo vacío.

RELACION DE LOS MÉDICOS

SOBRE LA DISECCION

del cadáver de Napoleon.

La apariencia de gordura que tenia el cuerpo fue confirmada por la primera incision en el bajo vientre, pues la grasa tenia pulgada y media de espesor en el abdómen.

Penetrando al traves de los cartilagos de las costillas, y examinando la cavidad del thorax, se vió una ligera adhesion de la pleura izquierda á la pleura de las costillas. En la cabidad izquierda se encontraron sobre tres onzas de un fluido rogizo; y cerca de ocho onzas en la cabidad derecha. Los pulmones estaban muy sanos; el pericardio en su estado natural, y

contenia una onza de fluido. El corazon era del tamaño natural, pero muy cubierto de grasa; las oregitas y los ventrículos nada tenian de estraordinario, sino que las partes musculares parecian de un color demasiado caido.

Al abrir el abdómen se encontró que l' omentum ó tegumento que cubre las tripas, estaba demasiado graso, y en el estómago se observó que esta víscera era el asiento de una grave enfermedad. Fuertes adherencias ligaban y unian toda la superficie superior, particularmente hácia la estremidad del pyloro y hasta la superficie cóncaba de la parte izquierda del hígado, y separadas se descubria una úlcera que penetraba los tegumentos del estómago á una pulgada del pyloro, cuya úlcera

era bastante ancha para pasar el dedo meñique por ella.

La superficie interior del estómago en casi toda su estensíon presentaba una masa de afecciones cancerosas, ó de las partes esquirrosas que cambiaban en cáncer, lo cual se observó mas particularmente cerca del pyloro; la estremidad cardiaca, á escepcion de una corta estension hácia el estremo del exófago, era la sola parte que parecia sana: el estómago estaba casi todo lleno de una grande cantidad de fluido semejante á las heces del café.

La superficie convexa del costado izquierdo del higado se adheria al diafragma; y á escepcion de las adherencias ocasionadas por la enfermedad del estómago, el higado no presentaba lesion alguna.

El resto de las vísceras abdominales estaban buenas.

Se observó una ligera diferencia en la formacion del riñon izquierdo.

Firmado Tomas Shorst, primer médico. = Arch. Arnott, médico del regimiento 20. = Francisco Burton, médico del regimiento 66. = Chas. Mitchell, médicod el Vigo. = Mathew Livingstone, médico de la compañía de las Indias.

SIR HUDSON LOWE,

Gobernador de la isla de Santa Elena, á Lord Bathurst, ministro de negocios estrangeros.

Milord: Debo anunciar á V. S. que Napoleon Bonaparte ha muerto el 5 de Mayo á las 6 menos 10 minutos de la tarde, despues de una enfermedad que le ha retenido en la cama desde el 17 de Marzo último.

En el principio de su enfermedad, es decir desde el 17 hasta el 31 de Marzo ha sido asistido por su médico el doctor Antomarchi; y durante los últimos dias, á saber, desde el 1.º de Abril hasta el 5 de Mayo, recibia diariamente las visitas del doctor Arnott, del re-

gimiento 20 de S. M., en union con el profesor Antomarchi.

El doctor Shorts, médico principal, y el doctor Mitchell, primer médico de las fuerzas navales destacadas, cuyos servicios se le habian ofrecido, asi como los de los demas médicos de la isla, han sido llamados en consulta el 3 de Mayo por el profesor Antomarchi, pero no se les invitó á ver el enfermo.

El doctor Arnott le asistió en el momento de morir, y le vió exhalar el último suspiro. El capitan Crokat, oficial de guardia y los doctores Shorts y Mitchell vieron inmediatamente el cuerpo; y el doctor Arnott permanecció junto al cadáver aquella noche.

Esta mañana temprano, y cerca de las 7, me he constituido en el

aposento en donde estaba el cuerpo, acompañado del contra-almirante Lambert, comandante en gefe del destacamento; el marqués de Montchenu, comisario de S. M. el rey de Francia y encargado de las mismas funciones por el emperador de Austria; el brigadier general Coffin, segundo comandante de las tropas; Tomas L. Brooke y Tomas Greentree, escuderos, miembros del consejo de gobierno de la isla, y los capitanes Brow Hendry y Marryal, de la marina real.

Despues de haber visto el cadáver de Napoleon Bonaparte, que tenia el rostro descubierto, nos retiramos.

De concierto con las personas que habian compuesto la familia e Napoleon Bonaparte, se per-

mitió despues la entrada á los oficiales de tierra y demas que deseaban verlo, á los empleados y oficiales civiles de la honorable compañia de las Indias Orientales, y á muchos otros individuos residentes aqui.

Hoy á las 2 ha sido abierto el cuerpo en presencia de los médicos: el doctor Shorst, el doctor Arnott, el doctor Burton, del regimiento 66 de S. M., y Mathew Livingstone, médico al servicio de la compañía de las Indias.

El profesor Antomarchi ha asis- ·do á la diseccion, y el general ertrand y el conde Montholon ıan estado presentes tambien.

Despues de haber examinado cuidadosamente las diferentes partes interiores del cuerpo, todos los médicos presentes han convenido

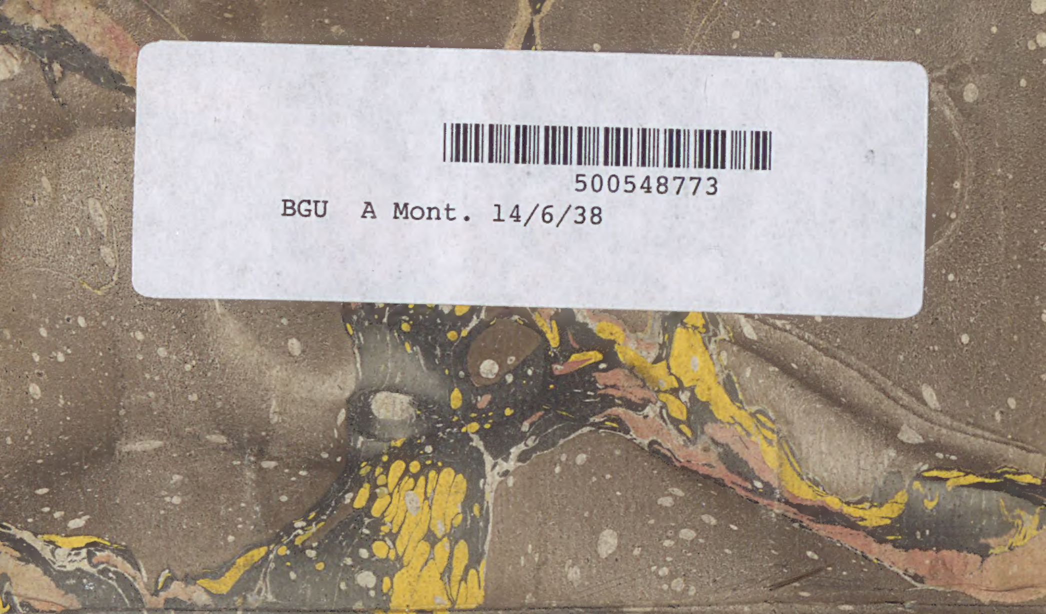
sobre la naturaleza del mal, cuyo parte incluyo adjunto.

Haré enterrar el cuerpo con todos los honores correspondientes á un oficial general del mas alto rango. Confio este despacho al capitan Crokat, del regimiento 20 de S. M., que es el oficial que se hallaba de guardia cerca de Napoleon en el momento de su muerte, y se embarca á bordo de la goleta de S. M. *le Héron*, que el contra-almirante ha destacado de la escuadra de su mando para llevar esta noticia. = Tengo el honor de ser. = *Firmado* H. Lowe, teniente general &c.

FIN.








MONT. 14
6/38



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm